

JAVIER BENEGAS,
LA IDEOLOGÍA
INVISIBLE

**CLAVES DEL NUEVO
TOTALITARISMO QUE
INFECTA A LAS SOCIEDADES
OCCIDENTALES**

DISIDENTIA
PENSAR ESTÁ DE MODA

La ideología invisible
Claves del nuevo totalitarismo
que infecta Occidente

JAVIER BENEGAS

Madrid, enero de 2020
La ideología invisible © Javier Benegas, 2020
Imagen de portada: Elti Meshau
www.disidentia.com
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9781656607874

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[prólogo](#)

[PARTE I](#)

[1. La ideología invisible](#)

[2. El monstruo sigiloso](#)

[3. Medio siglo de ingeniería social](#)

[4. La mutación ideológica](#)

[5. El triunfo del infantilismo](#)

[6. El legado de la generación sociópata](#)

[7. El ecologismo y su nuevo “gran salto adelante”](#)

[8. La naturaleza como dios](#)

[9. La caza de brujas del siglo XXI](#)

[10. El fin de la infancia](#)

[11. La vergüenza de ser occidental](#)

[12. Una crisis de identidad](#)

[13. La era del Burro Volador](#)

[14. La democracia averiada](#)

[PARTE II](#)

[15. Cuando la trampa es el concepto](#)

[16. Miente, miente, que algo queda](#)

[17. La sociedad que no amaba a los hombres](#)

[18. Las víctimas silenciadas del feminismo](#)

[19. LA noche polar de helada oscuridad](#)

[PARTE III](#)

[20. Sobrevivir a la era del “efecto cobra”](#)

[21. Las instituciones tomadas](#)

[22. El gran saqueo](#)

[23. Un Estado en la sombra](#)

[24. Humo en tres colores diferentes](#)

[PARTE IV](#)

[25. El regreso de la sociedad estamental](#)

[26. La trampa de la confrontación](#)

[27. Por una nueva aristocracia](#)

[28. Cuando las élites se vuelven estúpidas](#)

[29. El penúltimo espejismo de la libertad](#)

[PARTE V](#)

[30. Camino a la violencia](#)

[31. La ira de los mansos](#)

[32. Chile nos muestra el futuro](#)

[33. La banalización del mal](#)

[PARTE VI](#)

[34. Recuperar la libertad, recuperar la responsabilidad](#)

[Referencias](#)

[Índice onomástico](#)

[Acerca del autor](#)

DEDICATORIA

A Patricia, por tu bondad infinita. Ojalá el Cielo te devuelva todo el amor que tan generosamente nos diste.

A Juan Manuel, José Luis, Dalmacio, José Carlos, Luis Ignacio, José Antonio, Cuca, Guadalupe, Aurora, Sebastián, Guillermo, John y muchos otros que me dejó en el tintero, por vuestra paciencia y por reconvenirme cuando lo he necesitado.

Toda utopía comienza siendo un enorme paraíso que tiene como anexo un pequeño campo de concentración para rebeldes a tanta felicidad; con el tiempo, el paraíso mengua en bienaventurados y la prisión se abarrota de descontentos, hasta que las magnitudes se invierten.

Milan Kundera

prólogo

Nunca tres generaciones consecutivas fueron tan afortunadas. Desde los llamados Baby boomers, pasando por los Millennials, hasta la emergente Generación Z, en Occidente hemos disfrutado y seguimos disfrutando de un periodo de paz y prosperidad que, con sus altibajos, se ha mantenido en el tiempo y alcanza ya los tres cuartos de siglo. Sin embargo, cada vez parece pesarnos más el sentimiento pesimista que, combinado con un corrosivo y extraño desasosiego está propagando la creencia de que el colofón a tanta dicha sólo puede ser un desenlace apocalíptico. La Organización Mundial de la Salud estima que en breve la pérdida de la autoestima y el sentimiento de culpabilidad, esto es, la depresión moderna, se convertirán en la segunda causa de discapacidad. Llama la atención el término “moderna”, porque incide en una tipología de la depresión que sería, a lo que parece, exclusiva no ya de nuestro tiempo sino de las sociedades más desarrolladas y que tienen un mayor índice de bienestar.

Paradójicamente, en la República Centroafricana, por ejemplo, no hay margen para la depresión. En este país, donde más de 10.000 niños han sido reclutados como niños soldado, trabajadores forzosos o esclavos sexuales, y donde los homicidios, acceso a armas, crímenes violentos, inestabilidad política y número de personas desplazadas lo sitúan en el top 10 de los países más peligrosos del mundo, la depresión sería un lujo tan inaccesible como pudiera serlo disfrutar de un SUV premium mediante un flexible sistema de renting que tan habitual es en nuestro entorno.

La República Centro africana no es el único lugar del mundo donde la depresión no tendría cabida. A vuelapluma, podríamos citar Sudán, Siria, Irak, Venezuela, Libia, Somalia e, incluso, en la propia Europa, Ucrania, que tiene parte de su territorio afectado por un conflicto bélico alentado desde Rusia. Salvo las excepciones de Venezuela y Ucrania, el denominador común de estos territorios, y otros muchos, assolados por la violencia, la inseguridad y los conflictos es en buena medida la impermeabilidad a la civilización Occidental. Mientras que otros, aparentemente mucho más prósperos y desarrollados, pero que sólo han asimilado de Occidente el desarrollo tecnológico y económico, como es el caso de China, ocultan al mundo los abusos de poder de sus sistemas políticos de acceso restringido. De esta forma, mientras los occidentales se sumen en un pesimismo recalcitrante, proyectando furibundas enmiendas a la totalidad de lo que son e, incluso, asumiendo como propios los desmanes de las sociedades más atrasadas, el discurso político que subterráneamente fluye a través de las potencias emergentes es que “Occidente quiere imponer su sistema en el mundo, sus valores. Quiere hacerlo también en China. Por eso pretende imponer su agenda, con el diálogo siempre vinculado a los derechos humanos. Pero nosotros nos preguntamos por qué. Quizá deberíamos mantener nuestros sistemas, porque el sistema occidental está ya caducado”.

De esta forma, quienes aspiran, desde dentro y desde fuera, a convertirse en el nuevo motor de la Historia, legitiman que las principales leyes o constituciones no salvaguarden los derechos individuales, porque esos derechos serían expresiones discutibles de una forma de ser y hacer que toca a su fin. Y aquí cabe preguntarse qué ocurrirá si la tecnología y la economía se convierten no ya en los valores supremos, sino en los únicos valores vigentes en el futuro. Pero también qué podría suceder si el mundo se sumiera en un esencialismo militante. Porque el empeño en acabar con Occidente como referencia universal no es una expresión unívoca, se ha constituido en una combinación de ideas contradictorias, donde la prosperidad económica y el avance tecnológico

sin democracia que abandera China ha de convivir con otras visiones no democráticas antagónicas a cualquier idea de progreso y libertad. Se trata de una alianza de pura necesidad que convierte en compañeros de viaje no sólo a vendedores de crecepelo, sino a países tan distintos como China, Rusia, Turquía o Irán, a los que une el empeño de neutralizar a Occidente, pero que desconfían unos de otros e incluso se tienen por íntimos enemigos. Lo cual hace que, según Occidente se debilita, gravite sobre el futuro de la paz mundial una inquietante incertidumbre.

Entretanto se resuelve el enigma de si nuestra paz será perpetua, estos personajes y potencias, que se muestran convenientemente condescendientes con la ética occidental en los organismos internacionales, pero no la incorporan a sus respectivos dominios, convierten nuestro sentimiento de culpa en un escalpelo con el que agrandan la herida de nuestra autoestima. Así, desde la ONU, por ejemplo, se proyecta una idea de justicia social que adopta diferentes formas y que, curiosamente, hace de los países occidentales su campo de batalla preferente, mientras que las naciones totalitarias quedan sospechosamente al margen. Sin embargo, en este intento de demoler Occidente, y también en el propio milenarismo que hace presa en el ánimo de nuestras sociedades, hay un error de fondo. Nuestra hegemonía civilizatoria ni surgió de forma abrupta, ni se desvanecerá con un sonoro trueno. Es el producto de un espíritu crítico que animó transformaciones laboriosas y complejas, cuyas raíces son más profundas y consistentes de lo que a primera vista parece, incluso a nosotros mismos.

Hasta hace poco los historiadores ordenaban este proceso de transformación en edades, en partes separadas como los capítulos de una novela o las obras que componen una trilogía. Pero, como es el caso de Rodney Stark y su *The Victory of Reason: How Christianity, Freedom, and Capitalism Led to Western Success* (2005), algunos comienzan a sentirse cada vez más disconformes con esta forma de entender nuestra historia y sostienen que la historia medieval europea no es un capítulo; mucho menos un periodo oscuro situado en medio de nada. En realidad, fue el nacimiento de una nueva civilización que tendría una característica insólita: ser dos civilizaciones en una, el Viejo Occidente y el Occidente Moderno. Paradójicamente, el error de calificar la llamada Edad Media como “edad oscura” fue fruto de ese espíritu crítico intrínseco a Occidente... pero más concretamente de la nostalgia de Francesco Petrarca (1304-1374), precursor del humanismo, que, llevado por la añoranza de la grandeza del Impero Romano, intentó armonizar el legado grecolatino con las ideas del cristianismo haciendo una elipsis de mil años.

Es evidente, sin embargo, que Europa no permaneció mil años atrapada en la oscuridad. Al contrario, durante ese largo periodo se forjó el Viejo Occidente cristiano y poco materialista que expresaba una fuerte tensión creadora entre la razón y la fe, y que, al revés de lo que se ha venido sosteniendo, protagonizó grandes avances mediante la razón práctica, pues es en esa llamada edad oscura, y no en el Renacimiento, cuando se plantean por primera vez las grandes cuestiones éticas de la servidumbre y la esclavitud. Y también cuando se crean las primeras universidades, de las que surgirá la ciencia, los primeros parlamentos y otros muchos hallazgos. De ahí emergerá más tarde el Occidente Moderno antitradicionalista, igualitarista, subjetivista y materialista que llega hasta nuestra era. Y aunque pueda parecer contradictorio, cuando rechazamos el legado del Viejo Occidente, por considerarlo equivocadamente contrario a los ideales del racionalismo y la Ilustración, quebramos ese frágil proceso por el que los nuevos descubrimientos se van incorporando paulatinamente al acervo cultural y cada generación toma el legado de la anterior, sus enseñanzas, adaptándolo a los nuevos tiempos.

Quizá fue durante el periodo que va desde el final de la Gran Guerra hasta los años 60 cuando definitivamente disolvimos en el éter una de las principales cualidades de nuestra civilización: la aceptación crítica del pasado, una cultura en permanente evolución, en constante revisión, una

sociedad que tomaba lo existente como punto de partida para incorporar elementos nuevos, superando los obsoletos. Desde el momento en que decidimos que la sociedad se construiría partiendo de cero, creyendo que éramos ya lo suficientemente sabios como para recrear el mundo, nos anclamos en un presente continuo, sin pasado ni futuro, sin trascendencia alguna, y caímos en el adanismo y la depresión que marcan a fuego nuestra época.

Y sobre ese adanismo y esa depresión hacen presa quienes aspiran a repartirse el botín de un mundo libre de los ideales occidentales. Sin embargo, existe margen para el optimismo. La tensión y la polarización que padecemos tienen sin duda una lectura muy negativa, pero también demuestran que aún queda energía para el inconformismo, aunque ciertamente muchos no sepan dónde les aprieta el zapato, circunstancia que los planificadores y también los agitadores de masas aprovechan para promocionar determinadas mutaciones ideológicas.

A ratos, cuando los extremos se hacen demasiado grotescos, y el encono entre el Viejo Occidente y el Moderno se vuelve insoportable, detrás de tanta intransigencia parece despuntar el deseo inconsciente del reencuentro. Quizá lo que nos hace falta sean personas sensatas y valientes, dispuestas a conciliar el pasado y el presente, y convertir este deprimente milenarismo en una mirada esperanzada y serena hacia el futuro.

PARTE I

Transformación

1. La ideología invisible

Resulta cada vez más evidente que la Corrección Política se ha convertido en la mayor amenaza para la libertad desde la eclosión de las ideologías totalitarias en el pasado siglo XX. Sin embargo, se tiende a reducir esta grave amenaza para la sociedad abierta a una convencional confrontación ideológica, donde la Corrección Política sería lo que se ha dado en llamar “marxismo cultural”, estableciéndose así una nítida división izquierda-derecha que tiende a simplificar un fenómeno complejo y entreverado que, como la Hidra, tiene numerosas cabezas. Lo cierto es que el embrión de la Corrección Política no surge de un propósito consciente e ideológico, ni tampoco se puede ubicar su aparición de forma exclusiva entre los años 60 y 70 del anterior siglo, aunque sea a partir de ese periodo cuando se proyecte con fuerza y se convierta — entonces sí— en un fenómeno del que se servirán especialmente determinados agentes políticos para patrimonializar el poder.

La Corrección Política en su forma más primitiva, como antitradicionalismo militante, negación del pasado y entronización del subjetivismo, es producto de un trauma que nos conduce más atrás en el tiempo, concretamente al final de la Primera Guerra Mundial. Desde esta nueva ubicación la Corrección Política se nos presenta como una reacción contracultural desordenada, en la que desde el primer momento la deconstrucción de la sexualidad fue uno de sus principales signos distintivos. Para comprobarlo, podemos recurrir a Max Hastings y su libro *1914. El año de la catástrofe* (2013) y hacernos una idea de cómo eran las sociedades europeas prebélicas en la década de 1910

“Los jóvenes con bigotes y pipas humeantes, tocados con el inevitable sombrero de paja, impulsando bateas en compañía de chicas de cabello de paje y cuello alto, hacen pensar en un idilio antes de la tormenta. En los círculos de la buena sociedad, incluso el lenguaje estaba terriblemente encorsetado: expresiones como «maldita sea» o «puñetero» eran intolerables, y no se oían voces más fuertes entre hombres ni mujeres, salvo en un contexto muy personal. «Decente» era un elogio de primer orden; «desvergonzado» representaba una condena inapelable.”

A continuación, si recurrimos a Stefan Zweig y su libro *El mundo de ayer* (1942), descubriremos el ambiente transgresor en el que se había sumido la juventud vienesa de la posguerra tan sólo una década después. Un ambiente que se reproducía de manera similar en otras ciudades europeas

“Por el simple gusto de rebelarse se rebelaban contra toda norma vigente, incluso contra los designios de la naturaleza, como la eterna polaridad de los sexos. Las muchachas se hacían cortar el pelo hasta el punto de que, con sus peinados a lo garçon, no se distinguían de los chicos; y los chicos, a su vez, se afeitaban la barba para parecer más femeninos; la homosexualidad y el lesbianismo se convirtieron en una gran moda no por instinto natural, sino como protesta contra las formas tradicionales de amor, legales y normales. Todas las formas de expresión de la existencia pugnaban por farolear de radicales y revolucionarias.”

Esta reacción de rechazo a lo tradicional, a las convenciones de un mundo preexistente, no tiene un origen ideológico marxista. Su naturaleza es emocional, psicológica, casi instintiva: incapaces de superar el trauma de la guerra, los jóvenes reusaron asumir cualquier responsabilidad en lo sucedido y decidieron endosarla íntegra a sus mayores. Una decisión controvertida, habida cuenta de que uno de los catalizadores del conflicto fue el exceso de confianza de la juventud acomodada y burguesa que, deseosa de demostrar su valía, alentó el conflicto con exaltadas demostraciones de patriotismo, e incluso amenazó con amotinarse si sus gobiernos se comportaban de forma pusilánime.

La huida de la responsabilidad

Como explica Frank Furedi en *First World War: Still No End in Sight* (2014), una característica única de este conflicto fue el entusiasmo generalizado con el que el público saludó su aparición. Que tantos ciudadanos europeos se sintieran compelidos a impulsar a sus naciones hacia la guerra es algo estrechamente relacionado con el espíritu de la época. Las sociedades europeas estaban impregnadas de la vaga percepción de una vida carente de dirección y propósito. El anhelo de significado por parte de millones de personas distanciadas del mundo que habitaban llevó a muchos a considerar la guerra como un medio a través del cual su vida podría afirmarse. La causa que abrazaron fue la de una "forma de vida", razón por la cual la propaganda alemana se refirió a ella como una "guerra de culturas". Esta necesidad de reafirmación se manifestó con especial intensidad en buena parte de la juventud europea que, llevada por un irreflexivo entusiasmo, vio la guerra como un suceso dinamizador y purificador, el acontecimiento que daría sentido y finalidad a su existencia.

La juventud europea de la década de 1910 era beneficiaria de un periodo de creciente prosperidad y de relativa paz, sólo conocía la guerra por referencias literarias o por noticias sobre escaramuzas fronterizas y conflictos coloniales, donde el poder de los ejércitos europeos resultaba incontestable y sus victorias se celebraban como triunfos deportivos. Demasiado lejanas para ellos las cruentas campañas napoleónicas de principios del siglo XIX, las guerras continentales sobre las que tenían un conocimiento más cercano habían sido enfrentamientos que no llegaron a prolongarse más de un año, como la Guerra franco-prusiana, que se libró del 19 de julio de 1870 al 10 de mayo de 1871, y que careció de los medios para la aniquilación a gran escala que la Revolución Industrial iba a proporcionar a los ejércitos del siglo XX. Los hijos de la pujante burguesía europea tenían una visión romántica y festiva de la guerra. Daban por supuesto que el nuevo conflicto consistiría en un vistoso desfile militar, una oportunidad para demostrar su valía y realizar hazañas dignas de ser noveladas. Pero, sobre todo, estaban convencidos de que la guerra no se prolongaría más allá de unos pocos meses. Cuando se declaró formalmente el 28 de julio de 1914, creían firmemente que estarían de vuelta para celebrar las navidades cuatro meses más tarde. Existen numerosas referencias que así lo atestiguan, como esta del sociólogo y escritor Jean Echenoz, en la que se combina el ambiente festivo en el que se inició la guerra con la creencia de que ésta sería muy breve

“Sombreros, bufandas, ramilletes, pañuelos, se agitaban en todas direcciones, algunos introducían cestas de comida por las ventanillas de los vagones, otros estrechaban en sus brazos a sus retoños, los ancianos y las parejas se abrazaban, las lágrimas inundaban los estribos, como puede apreciarse actualmente en París en el vasto fresco de Albert Herter, en el vestíbulo Alsace de la gare de l’Est. Pero en general la gente sonreía confiada, pues

a todas luces aquello duraría poco, regresarían enseguida”

Pero la Gran guerra ni fue breve ni fue un jubiloso paseo militar. Concluyó, en efecto, a tiempo para celebrar la Navidad, concretamente el 11 de noviembre... pero cuatro años más tarde, en 1918. El músculo desarrollado por las potencias europeas durante el largo periodo de paz y prosperidad que precedió a la guerra, los avances tecnológicos y la nueva capacidad industrial convirtieron aquel conflicto bélico en una larga y colosal matanza. Cuando finalizó, los eufóricos jóvenes que lograron regresar vivos lo hicieron prematuramente envejecidos. Afectados por una profunda depresión, se mostraron incapaces de sobreponerse al trauma de la guerra y concluyeron que habían sido engañados y llevados al matadero por un “mundo viejo” gobernado por ancianos.

Esta perentoria necesidad de encontrar un culpable y tranquilizar sus conciencias está en el origen de la reacción contracultural, embrión de la Corrección Política, que siguió al armisticio. La incapacidad para asimilar lo sucedido se tradujo en estupefacción y amnesia selectiva. Olvidaron la euforia prebélica, la exaltación del patriotismo y de las propias virtudes con las que anticiparon el derroche de valor que, creían, asombraría al mundo. Entonces se habían mostrado dispuestos a pagar cualquier precio con tal de ganarse su lugar en la historia, su momento de gloria. Pero cuando se desencadenó el cataclismo y la realidad se lo cobró puntualmente, hasta la última gota de sangre, olvidaron sus promesas y se erigieron en víctimas. A lo sumo, reconocieron haber pecado de ingenuos, de haberse dejado embaucar por unos gobiernos insaciables, pero rechazaron de plano asumir las consecuencias de su propia vehemencia. De repente, ellos, que se habían postulado como héroes y reclamado su sitio en la mesa de los adultos, que por propia voluntad no sólo se comprometieron al sacrificio, sino que lo instigaron sin medida, lo negaron todo. Esta renuncia a asumir las consecuencias de sus actos y su rechazo de última hora a la amarga madurez que antes habían reclamado con furia constituye el primer episodio de una afección exclusiva de Occidente que es consustancial a la Corrección Política: la infantilización. Décadas más tarde, en los años 60, la infantilización se convertirá en una afección característica de las sociedades desarrolladas que alcanzará niveles críticos en el presente.

Gramsci y la Escuela de Fráncfort

Uno de los mitos que contribuye a ocultar el origen de la Corrección Política es el construido alrededor de la figura de Antonio Gramsci. Un personaje al que tanto los marxistas, necesitados de nuevos referentes, como algunos conservadores, han otorgado una relevancia excesiva. En general, la memoria colectiva tiende a simplificar los grandes sucesos, adjudicando todo el mérito a unos pocos nombres propios. Así, por ejemplo, a lo largo de la historia muchos guerreros y jefes militares han pasado a ser recordados como infalibles estrategas, atribuyendo sólo a sus brillantes planes las más espectaculares victorias. Sin embargo, hasta los más deslumbrantes éxitos tienen un fuerte componente de azar y oportunismo.

Del mismo modo que sucede con estos personajes, se atribuye a Antonio Gramsci el mérito del surgimiento de la Corrección Política entendida como marxismo cultural. Se argumenta para ello que sus ideas penetraron en las universidades durante la década de los 60 y que fue un referente del Eurocomunismo de 1970. Pero el hallazgo relevante de Gramsci, colocar las instituciones culturales en la diana de la agenda revolucionaria, es consecuencia y no causa de una Corrección Política que hunde sus raíces en el trauma de la Primera Guerra Mundial. Gramsci era un marxista esencialmente ortodoxo, siempre estuvo muy lejos de descubrir la verdadera contribución de la Corrección Política a la izquierda: la sustitución de la conciencia de clase por la de la identidad. Lo que sí puso en evidencia el político italiano es el oportunismo marxista, la habilidad de los

ideólogos marxistas para adaptarse a las circunstancias e instrumentalizar los fenómenos sociales del presente para alcanzar el poder, una tradición que inauguró Vladimir Ilyich Lenin con la Revolución Rusa, como explica Paul Johnson en *Tiempos modernos* (1983). En realidad, cuando Gramsci propone la creación de una élite de intelectuales que aúnen la teoría y la práctica, lo que anima, aun sin saberlo, es la constitución de un núcleo de pensadores cuya misión será convertir las contingencias y fenómenos sociales en oportunidades para ganar el poder. Esta estrategia de adaptación al medio será asumida por el Eurocomunismo que, para infiltrarse en las instituciones democráticas, irá arrumbando los viejos dogmas marxistas e incorporando otros nuevos.

Además de Gramsci, otro de los mitos que sirven para reducir la Corrección Política a marxismo cultural es el de la Escuela de Fráncfort, un título que equivocadamente se ha asociado a una línea de pensamiento monolítica. Es cierto que esta institución fue la primera institución académica de Alemania que abrazó sin tapujos las ideas marxistas, pero no menos cierto es que sus miembros provenían de ámbitos y tendencias muy dispares y que las discrepancias entre ellos eran una constante. A la leyenda de la Escuela de Fráncfort contribuye el hecho de que la mayoría de sus miembros de origen judío tuviera que abandonar Alemania y emigrar a los Estados Unidos durante el régimen nazi, circunstancia que ha servido para establecer la idea de que el llamado marxismo cultural fue exportado de Europa a los Estados Unidos y que, más tarde, fue devuelto corregido y aumentado. Sin embargo, la reacción contracultural norteamericana, al igual que la europea, tiene su origen en otro trauma bélico: la Guerra de Vietnam. Este conflicto fue el catalizador de movimientos contestatarios que, en poco tiempo, degeneraron en furiosas reacciones contraculturales.

En la década crítica de los años 60, cuando la Corrección Política se manifiesta en la forma que hoy la conocemos, de los exponentes de la Escuela de Fráncfort fueron Herbert Marcuse y Erich Fromm quienes intentaron dar un sentido profundo al nuevo estado de ánimo que parecía emerger en la sociedad. Tanto *El hombre unidimensional*, de Marcuse, (1964) como *Del tener al ser*, de Fromm, (1976) eran, en efecto, textos en línea con la creciente agitación social, pero no fueron sus guías. Aunque se trataba de teorías brillantes, no eran la génesis de la Corrección Política: surgieron en paralelo, tratando de otorgar sentido y finalidad, de dar fundamento y, quizá, utilidad a fenómenos que en realidad eran preexistentes.

Otros integrantes de la Escuela de Fráncfort, como Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, se mantuvieron alejados de las reivindicaciones juveniles de la época. Como explica Mario Farina en *Adorno Teoría crítica y pensamiento negativo* (2016), para Adorno, el modo violento en que el movimiento estudiantil se enfrentaba a las instituciones universitarias, junto con el carácter frecuentemente liberal y burgués de sus reivindicaciones, era inaceptable. En su opinión, las consignas de los estudiantes remitían a una cultura libertaria, originariamente enraizada en el liberalismo, pero escindida en los años 40, que invocaba la libertad de expresión y perseguía la destrucción de las instituciones. Que Adorno fuera marxista no significaba que fuera estúpido: advirtió que dismantelar la tradición sin sustituirla por algo mejor, sin crear un círculo virtuoso de la cultura, conduciría al caos. No obstante, para algunos el acoso al que sometieron a Adorno las feministas, con acciones como desnudarse de cintura para arriba y mostrar sus senos en sus clases (*Busenaktion*), fue una suerte de justicia poética: la metáfora del creador devorado por su propia criatura. Pero es una interpretación equivocada. La Corrección Política nunca fue una criatura de Adorno, como tampoco lo fue de Gramsci, Marcuse, Fromm o Horkheimer. Ninguno de ellos fue su padre. En algunos casos, a lo sumo, actuaron como oportunistas, animados por los acontecimientos.

Una ideología con vida propia

Además de quienes tienden a reducir la Corrección Política a marxismo cultural, existen también los que relativizan su importancia, afirmando que la Corrección Política siempre ha existido. Aluden al puritanismo y los tabúes del pasado, estableciendo una falsa continuidad histórica con un fenómeno que en realidad es relativamente nuevo y que poco tiene que ver con la forma en que las sociedades occidentales habían venido evolucionando. En el pasado los tabúes y convenciones se construían con el tiempo, de manera lenta y laboriosa. Según las sociedades avanzaban y cambiaban, las reglas desaparecían de forma gradual, dando paso a nuevas convenciones que previamente debían demostrar una cierta utilidad. Estas reglas, mejores o peores, resultaban claras, previsibles y estables. No cambiaban bruscamente ni se desechaban alegremente, tampoco se desdoblaban en nuevas reglas incompatibles unas con otras. Por el contrario, la Corrección Política es intrínsecamente incoherente, genera de manera constante nuevas reglas contradictorias entre sí, cuya utilidad es cuestionable, cuando no inexistente. Estas reglas, lejos de desaparecer gradualmente, se dividen y multiplican en un proceso de mutación sobre el que la sociedad apenas tiene control. Tampoco lo tienen las élites ni los partidos políticos, aunque pueda parecerlo. Estos se limitan o bien a instrumentalizar la Corrección Política, para obtener beneficios y alcanzar el poder o, en su defecto, siguen su estela para sobrevivir a sus vertiginosos cambios y reglas draconianas.

La cualidad de mutación de la Corrección Política se puede apreciar con extraordinaria nitidez en la revolución feminista de principios de la década de 1960, un proceso que rápidamente escapó al control de sus ideólogos. Ya en los años 70 se produjo la primera mutación. El feminismo se dividió en dos grupos antagónicos: el feminismo radical (Radfem) y el feminismo liberal (Libfem), esto es, el feminismo de la igualdad y el de la diferencia. Más tarde surgió el transfeminismo (Transfem), que entiende el género como un sistema de poder que produce, controla y limita los cuerpos. A su vez, este transfeminismo dio lugar a la aparición del feminismo radical y transexclusivista (Terf, en sus siglas en inglés) que es su antagonista. Así, además de la misoginia, aparece también la transmisoginia, es decir, feministas transfóbicas que rechazan a las mujeres transgénero. Así, paso a paso, mutación a mutación, la revolución feminista ha derivado en un proceso caótico, donde las sucesivas identidades se desdoblaron a su vez en otras nuevas que resultan antagónicas.

La deconstrucción de la izquierda

Al identificar la Corrección Política como una criatura creada y dominada por la izquierda lo que se consigue es que los cada vez más numerosos grupos que la promueven puedan asociar su rechazo a la traición ideológica. De esta forma convierten a la izquierda clásica en rehén de sus intereses. Quienes desde la izquierda critiquen cualquiera de los dogmas políticamente correctos son acusados de no ser verdaderos progresistas y, en consecuencia, señalados y perseguidos, lo que disuade cualquier reacción desde la propia izquierda. Lo estamos comprobando con aquellos casos en los que sus víctimas no son personajes conservadores o de derechas, sino de izquierdas.

El fenómeno de la Corrección Política es extremadamente complejo y cada cual puede tener su propia idea sobre su origen y naturaleza, sin embargo, limitarse a etiquetar de marxismo cultural este enrevesado proceso de control social, del que hoy se aprovechan indistintamente el poder económico y el poder político, capitalistas y colectivistas, gobiernos progresistas y conservadores, no parece tener demasiado sentido, incluso puede resultar contraproducente porque coloca el foco exclusivamente en el viejo marxismo, dejando todo lo demás entre tinieblas. Como fenómeno tiene características novedosas e inquietantes, como su cualidad de mutación y la capacidad de distorsionar la realidad. Lo cierto es que la Corrección Política es

como un virus que se propaga por y desde todas partes, también desde posiciones a priori sustitutivas del marxismo, como intentaré demostrar en el siguiente capítulo.

Así pues, nos enfrentamos a un nuevo y temible totalitarismo, una ideología invisible, líquida y polimórfica que desborda las tradicionales fronteras ideológicas. Un monstruo con vida propia que apela a las emociones y no a la razón, a las ensoñaciones y no a la realidad, que promete proporcionar aquello que cada uno desee, aunque sea una identidad imposible. Incrustado dentro del propio poder, compra voluntades, proporciona prebendas a quienes son sus cómplices... y castiga con la muerte civil a quienes lo desafían.

2. El monstruo sigiloso

En 2018 estallaba la polémica en las universidades suecas. Erik Ringmar, profesor en el Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Lund, decidió cancelar su curso sobre la historia moderna del pensamiento conservador después de que el departamento introdujera una regla que obligaba a los maestros a usar cuotas de género en la literatura de los cursos. Según esta norma, al menos el 40 por ciento de las referencias deberían proceder de autoras femeninas. No era una medida particular de la universidad, sino que estaba en línea con la política de género del gobierno sueco, que se implementa en las universidades a través de la Secretaría de Investigación de Género de Suecia.

A pesar de que en el curso propuesto por Ringmar era imposible cumplir la cuota exigida por razones objetivas de falta de referencias femeninas, la universidad le propuso hacer una excepción si prometía incluir a Judith Butler, una escritora feminista radical de tradición postestructuralista. Inicialmente, Ringmar dio su brazo a torcer. Aceptó la imposición. Sin embargo, más adelante Ringmar cambió de opinión y dejó de lado a Butler por considerarla irrelevante. "Ningún comité de literatura del mundo puede obligarme a enseñar a Judith Butler si no quiero", escribió en su blog e intentó seguir adelante. Pero algunos estudiantes acudieron al decano del departamento para denunciar que el curso no seguía la lista de lectura. Tras la denuncia, Ringmar decidió que había tenido suficiente, canceló el curso y declaró: "Por insistir en dar este curso, me he ganado la reputación de antifeminista. Y mi trabajo ha sido señalado y puesto en duda. He decidido no volver a impartir el curso. No quiero ser acosado por los estudiantes, ni que se difundan rumores extraños sobre mí entre colegas."

El paraíso sueco

Este tipo de medidas coercitivas hacia los maestros que se imponen en Suecia son contrarias a las recomendaciones de la UNESCO sobre el personal docente de educación superior (1997)

"El personal docente de educación superior tiene derecho a enseñar sin interferencias, sujeto a los principios profesionales aceptados, incluida la responsabilidad profesional y el rigor intelectual con respecto a las normas y los métodos de enseñanza. El personal docente de educación superior no debe ser obligado a instruir en contra de su mejor conocimiento y conciencia, u obligado a utilizar planes de estudio y métodos contrarios a las normas nacionales e internacionales de derechos humanos."

Pero las recomendaciones de la UNESCO no se aplican en Suecia. A diferencia de la criticada Hungría, por ejemplo, en el país nórdico no existen estatutos legales que garanticen la libertad de enseñanza. Así, el periodista sueco Ivar Arpi, que siguió este episodio muy de cerca, concluyó que el caso del profesor Erik Ringmar revelaba la alarmante precariedad de la libertad académica en Suecia

"Este es solo un ejemplo de cómo la libertad académica se sustituye por una visión específica de la justicia social. Casos similares se están sucediendo por todo el país gracias a la denominada integración de la perspectiva de género, un proceso que pone en

riesgo la libertad académica en las universidades suecas.”

Ivar Arpi no iba descaminado, como demostraría otro caso, el de la profesora estadounidense Linda Gottfredson, que fue invitada a dar una charla magistral en una conferencia en la ciudad sueca de Gotemburgo. Poco antes de que la conferencia tuviera lugar, se le comunicó que su invitación había sido cancelada debido a las protestas de otros investigadores que sostenían que las conclusiones no igualitarias de Gottfredson contravenían las normas éticas del organizador. Después, le llegó el turno a la Universidad de Artes, Artesanía y Diseño de Estocolmo, donde candidatos varones para la cátedra en Comunicación Visual fueron marginados porque su arte se consideró masculino.

Los episodios que conculcan la libertad de cátedra en Suecia se suceden. Lo que empezó afectando a departamentos concretos, se ha extendido a los demás, también a la carrera de medicina, donde se han introducido controles de género, entre ellos, que los maestros usen una terminología de género "correcta". Ya se han producido las primeras denuncias, dando lugar a controvertidas investigaciones y “recomendaciones”.

Como explicaba en el capítulo anterior, se insiste en que el llamado “marxismo cultural” tiene su origen en la Escuela de Fráncfort, una corriente de pensamiento originariamente europea pero que se hizo popular en la década de 1960, cuando algunos de sus principales exponentes emigraron a los Estados Unidos. Esta fijación ha permitido que la transcendencia de Suecia, en lo que se refiere a la propagación de la ingeniería social, elemento fundamental de la Corrección Política, pasara desapercibida. Pero lo cierto es que, mientras algunos integrantes de la Escuela de Fráncfort se dedicaban a desarrollar modelos teóricos con los que rescatar partes del pensamiento marxista, los suecos ya habían pasado a la acción.

Pioneros en ingeniería social

En efecto, en los años 20 del siglo XX el partido socialdemócrata sueco abandonó los postulados marxistas ortodoxos y diseñó una nueva ruta. La sociedad capitalista debía ser erradicada, pero de forma paulatina, sin violencia y utilizando una nueva vía. No se expropiarían los medios de producción, porque era mucho más eficiente que siguieran en manos privadas, se condicionarían los bienes que consumían los ciudadanos. Para ello, era necesario “modernizar” la forma de pensar de las personas, para que llevaran un tipo de vida sana y correcta. Así el capitalismo no se controlaría por el lado de la oferta... sino por la demanda.

Esto supuso la puesta en marcha de un intenso proceso de ingeniería social que dejó a los ciudadanos a merced de las autoridades y de los expertos. Entre estos últimos, destacaron Alva y Gunnar Myrdal, una pareja de intelectuales cuyo libro *Crisis in the Population Question* (1930) inspiró la creación del Estado del bienestar. En su libro, Alva y Gunnar Myrdal, que hicieron de su propia vida un experimento social, establecieron la premisa de que, para permitir la libertad individual —sobre todo de las mujeres— y al mismo tiempo hacerla compatible con la natalidad, las reformas sociales eran imprescindibles.

El salto del modelo sueco al resto del mundo tiene, sin embargo, otro nombre propio: Marquis Childs, un periodista norteamericano que, tras viajar a Suecia en los años 30, escribió varios libros alabando la política y la sociedad del país nórdico. Concretamente, en *Sweden: The Middle Way* (1936), Childs afirmó que los suecos habían logrado combinar lo mejor del capitalismo con lo mejor del socialismo. El libro, que alcanzó un gran éxito en los Estados Unidos, ejerció una enorme influencia sobre el presidente Franklin D. Roosevelt justamente cuando diseñaba su New Deal:

"Me interesé mucho en el desarrollo cooperativo en países extranjeros, especialmente en Suecia. Hace un par de meses salió un libro muy interesante: The Middle Way. Estaba tremendamente interesado en lo que habían hecho en Escandinavia en ese sentido. En Suecia, por ejemplo, tienes una familia real y un gobierno socialista y un sistema capitalista, todos trabajando felizmente uno al lado del otro. Por supuesto, es un país más pequeño que el nuestro; pero han realizado algunos experimentos muy interesantes y, hasta ahora, muy exitosos. Desarrollan iniciativas cooperativas que conviven feliz y exitosamente con la industria privada y distribuciones de varios tipos, ambos haciendo dinero. Pensé que era al menos digno de estudio desde nuestro punto de vista."

Décadas después, el Primer Ministro Olof Palme se encargaría de aplicar pragmáticamente las teorías de Alva y Gunnar Myrdal, esto es, la compatibilidad y complementariedad, entre la igualdad socioeconómica y la eficacia económica, mediante una concepción mecánica de la política social dirigida al desarrollo de las potencialidades individuales de cada sujeto. El precio que pagó la sociedad sueca fue sustituir la dependencia de los lazos familiares y sociales de los individuos por la dependencia del Estado y sus políticas. Resulta pues bastante plausible que los Estados Unidos iniciaran el giro socialdemócrata, que desembocaría en la Corrección Política y el llamado "marxismo cultural", bastante antes de que los representantes de la Escuela de Fráncfort tuvieran alguna influencia en la cultura norteamericana. No cabe duda de que los años 60 del siglo XX supusieron unas cuantas vueltas de tuerca adicionales, pero el germen ya había sido inoculado. Lo mismo cabe decir de una Europa que, en mayor o menor medida, siempre ha mirado a Suecia con admiración. En la actualidad, esto no ha cambiado demasiado. Lo que ha sucedido es que muchos países y organizaciones, como la Unión Europea (UE), han interiorizado buena parte del modelo sueco. Así, el Departamento de Derechos de los Ciudadanos y Asuntos Constitucionales de la UE, cuya misión es asesorar a los comités del Parlamento Europeo para la conformación de la legislación y el ejercicio del control democrático, no solo usa como referencia el modelo feminista sueco, sino que en buena parte lo hace suyo.

De sexo a género

La conferencia de Beijing de 1995 desplazó el concepto "sexo" hacia el concepto "género", reconociéndose de esta forma que toda la estructura de la sociedad debía ser revaluada a la luz del desarrollo de los estudios de género. Este enfoque rápidamente fue asimilado por los representantes suecos, entre otras razones, porque era su propio modelo. Y poco después, el fomento de la igualdad de género y el "empoderamiento de la mujer" (literalmente citado) se convirtieron en ejes preeminentes de las directivas de la UE.

El análisis de las "estructuras de poder basadas en el género", que en Suecia es el enfoque de las políticas para una buena salud sexual y reproductiva, goza hoy de un amplio consenso en la UE. Así, por ejemplo, además de establecerse la convención de que el aborto es un derecho moral, ante el que no es posible ejercer la objeción de conciencia, las políticas suecas de orientación sexual, que incluyen el acceso a la consulta y las medidas preventivas a una edad temprana sin la participación de los padres, son aplaudidas por expertos de Bruselas. En general, en muchas cuestiones controvertidas, donde se cruzan se quiera o no la política y los dilemas éticos, el ámbito público y el ámbito privado, los expertos de la UE suelen seguir la estela sueca. Incluso, en ocasiones, sus informes internos parecen felicitarse por esta simbiosis.

El paradigma sueco de una sociedad feminista, cuyos individuos se independizan unos de otros en lo material, para más tarde desvincularse también en lo emocional, implica que la

interdependencia y la complementariedad dejan de ser valores positivos para percibirse como formas sutiles de esclavitud, imposiciones contra las que políticos y burócratas deben luchar denodadamente. Y, precisamente, en esta lucha denodada faltaba por resolver una función social clave que todavía estaba al albur de las relaciones personales: la reproducción.

La promoción de las familias monoparentales es una de las claves para la completa eliminación de la interdependencia entre sujetos. Pero, para asegurar la reproducción eliminando de la ecuación el binomio hombre-mujer, hacía falta una nueva ley. Hasta 2016, las mujeres solteras suecas que querían recibir tratamiento de fertilidad tenían que viajar a la vecina Dinamarca para someterse a inseminación artificial. Pero esto cambió gracias a una nueva legislación que extendía el derecho a la inseminación artificial, reservado a las parejas que no podían concebir mediante el acto sexual, a las mujeres solteras que deseaban ser madres sin mantener ninguna relación. Así, en abril de 2016, 218 miembros del parlamento sueco votaron a favor de esta iniciativa legislativa, 40 lo hicieron en contra y hubo 13 abstenciones. Solo los demócratas y los demócratacristianos se opusieron a esta ley, alegando que la sociedad no debería ayudar a crear familias con un solo padre.

Sobre este asunto sigue existiendo una gran controversia, aunque el parlamento no la reflejó debido a que la enorme presión política que allí ejercen los lobbies feministas hace que en estas cuestiones laboristas y conservadores vayan de la mano. Para desmontar los persistentes argumentos contrarios, se recurrió a los sesgos de confirmación, como, por ejemplo, los que proporcionaba Susan Golombok, profesora de Investigación Familiar y directora del Centre for Family Research en la Universidad de Cambridge.

Según las investigaciones de Golombok, en las familias monoparentales existen diferencias positivas respecto de las constituidas por dos padres. En las primeras habría una mayor participación emocional de las madres y un menor grado de ansiedad, depresión y hostilidad, lo que contribuiría a que los niños alcanzaran una mayor autoestima. Por lo tanto, la presencia del padre varón no sería necesaria para que los niños se sintieran bien. Es más, la figura del padre sería prescindible o, incluso, perjudicial.

Sin embargo, una importante literatura ha documentado vínculos entre la ausencia del padre en el hogar y una serie de resultados negativos en la adolescencia, incluidos los síntomas depresivos y la delincuencia (Marcia J. Carlson y Mary E. Corcoran, 2001; Brian M. D'Onofrio et al., 2005; Lingxin Hao y Guihua Xie, 2002). Pero estos estudios, que contradicen la afirmación de que la figura del padre no es necesaria, son refutados alegando que, si bien puede deducirse que hay una relación entre la ausencia del padre e hijos problemáticos, no se ha establecido la causalidad. Mientras no se establezca la causalidad, prevalece el enfoque de Golombok... aunque tampoco establece una causalidad, pero resulta más conveniente.

Lo que nos hace personas

La escritora Susan Sontag, en su libro *A Letter from Sweden* (1969) escribía: “más de un sueco me dijo que lo que ocurre aquí se aplica cinco, diez o quince años después en alguna otra parte del mundo desarrollado”. Parece que los ciudadanos suecos eran conscientes de vivir un experimento social con innovaciones exportables. Pero quizá no eran tan conscientes los ciudadanos de los países importadores, más pendientes del marxismo ortodoxo y de sus renovadores. El tiempo y los acontecimientos, sin embargo, han revelado a Suecia como el monstruo sigiloso que ha transformado la sociedad capitalista competitiva, donde primaban las relaciones espontáneas, en una sociedad tecnocrática dirigida, donde se impone la dependencia de las políticas sociales. Una sociedad donde incluso las grandes corporaciones, condicionadas por

una demanda orientada desde la política, actúan como cámara de eco de una ingeniería social incremental que ha convertido la perspectiva de género en una palanca de poder. Es cierto que las relaciones personales y la interdependencia entre individuos siempre son foco de conflictos. En consecuencia, también lo son las relaciones hombre-mujer. Pero al mismo tiempo constituyen una experiencia vital necesaria para la transformación del individuo en persona. Convivir no solo nos humaniza, también es saludable. Las investigaciones sugieren que estar socialmente aislados es malo para las personas. Los sujetos con pocas conexiones sociales presentan patrones de sueño discontinuos, alteraciones del sistema inmunitario y niveles más altos de las hormonas relacionadas con el estrés. Además, el aislamiento aumenta el riesgo de cardiopatías en un 29 por ciento y de infarto en un 32 por ciento.

Nuestra independencia es importante, pero como sostiene el investigador médico Dhruv Khullar, la conexión entre individuos está en el centro del bienestar humano. A pesar de que, como dice el refrán, es mejor estar solo que mal acompañado, quizá depender en alguna medida del otro, en vez de hacerlo intensamente del Estado, no sea una mala idea.

3. Medio siglo de ingeniería social

La “teoría de la individualización” o de la “independencia individual” promovida desde el Estado, de la que Suecia es el máximo exponente, se ha vuelto particularmente influyente y popular en las ciencias sociales. Hasta hace poco muchos expertos se felicitaban por ello, porque a su juicio ha supuesto el debilitamiento de las estructuras sociales tradicionales de clase, género, religión y familia, de tal suerte que las personas ya no tienen trayectorias vitales predefinidas, sino que pueden decidir las por sí mismas. Esta ingeniería social tenía como objetivo desarticular los elementos nucleares de la familia tradicional y promover en su lugar nuevas formas de “familias elegidas” que se situarían bajo el paraguas de lo que se ha dado en llamar “familia democrática”.

En la “familia democrática” todos los asuntos están sujetos a la negociación en la toma de decisiones. La familia tradicional, que se sustenta en la división por género (hombres y mujeres) y la división generacional (padres e hijos) ha sido reemplazada por la “familia negociada”, donde los roles preexistentes deben desaparecer. En la familia democrática no hay normas fijas sobre quién debe hacer qué, cuándo y cómo, según sea el género o la generación a la que se pertenece. Según sostienen los expertos, la familia se ha transformado en un sistema de “relación pura”, donde cada individuo, libre de dependencias e imposiciones, participa libremente como miembro de pleno derecho. Se trata de un nuevo esquema de relación basado en la democracia e igualdad emocional y sexual, que se caracteriza por la apertura, la participación, la reciprocidad y la cercanía. Sin embargo, los expertos apuntan ahora que detrás de esta beneficiosa transformación, y más allá de su aceptación formal, en la sociedad sueca, persisten los “viejos” esquemas. Es decir, paradójicamente, los individuos en sus decisiones prácticas parecen alejarse cada vez más de este consenso sociológico, por lo que las relaciones familiares vuelven a estar en el punto de mira de los expertos.

Ingeniería social intensiva

Antes de la década de 1960, Suecia ya había empezado a aplicar medidas para proporcionar una mayor independencia a la mujer y contrarrestar el rol de ama de casa, poniendo énfasis en los derechos individuales, la autonomía y la igualdad de género. Sin embargo, aún se consideraba que las madres eran insustituibles en la crianza de los niños. Por lo que, según los expertos, la figura masculina como soporte económico permaneció inalterada.

Fue a finales de la década de 1960 cuando el discurso de la “igualdad de oportunidades” entre hombres y mujeres derivó en proceso normativo. Esto significó un cambio crucial, pues el discurso socialdemócrata pivotó de la lucha contra la desigualdad de clases a la lucha contra la desigualdad de género. Fue entonces cuando surgieron toda una serie de investigaciones gubernamentales sobre el problema de la familia y la igualdad de oportunidades. En 1965 se creó el Comité de Política Familiar (Familjepolitiska Kommittén) y en 1969 la Comisión de Expertos Familiares (Familjesakkunniga). Para la década de 1970 había 74 comisiones dedicadas a analizar “familia y género”. Estas comisiones publicaron en 1972 un informe conjunto cuya conclusión fue la necesidad de promover “una sociedad en la que cada individuo adulto pueda hacerse responsable de sí mismo sin depender de sus familiares, y en la que la igualdad entre hombres y mujeres sea una realidad”. Así pues, la igualdad de género también significaría

autonomía individual.

Desde ese momento, las reformas legislativas suecas se sucedieron de manera vertiginosa, todas orientadas a garantizar la autonomía y la independencia financiera, así como promover la responsabilidad mutua de los cónyuges. En 1971 se estableció la tributación separada en el matrimonio; en 1974 se facilitó la tramitación del divorcio, eliminando la cuestión de la culpa; en 1975 el aborto pasó a ser libre, eliminando su limitación a determinados supuestos; en 1976 la cohabitación se reconoció legalmente como equivalente al matrimonio... Todas estas reformas, sumadas a las ayudas públicas en guarderías, a la atención pública especial hacia los niños, al permiso por paternidad y la jornada reducida, transformaron el matrimonio, en términos legales, en la unión voluntaria de dos individuos completamente independientes. Como colofón, en 1982 se modificó la legislación para que la violencia doméstica se convirtiera en un asunto de derecho penal, y en 1993 se creó la Comisión de Violencia contra la Mujer. El trabajo de esta comisión dio lugar en 1998 a una ley penal contundente con supuestos ampliados, en cuyo texto se declara que el "requisito básico y previo para el surgimiento de la violencia de los hombres contra las mujeres es la estructura de la sociedad basada en la dominación de los hombres y la subordinación de las mujeres".

El Estado como "recurso de amor"

Pero la promoción en Suecia del principio de autonomía individual no se ha detenido ahí, se ha extendido también a los niños. Ya en 1972 se constituyó una comisión encargada de demostrar que "la sociedad no puede aceptar que la violencia física se use contra los niños como medio de educación o castigo", lo que dio como resultado la prohibición en 1979 del castigo corporal y su tipificación en 1982 como delito penal. A partir de ese momento, el cuidado público de los niños también se ha concebido en Suecia como un medio para abordar la desigualdad social y brindar a los menores un mejor entorno social y pedagógico, dándose por supuesto que la participación del Estado en el cuidado de los niños reduce las "restricciones estructurales" sobre sus opciones futuras. En consecuencia, se ha establecido la idea de que no es bueno que un niño pase demasiado tiempo con sus padres y se considera que el cuidado público de los niños es un "recurso de amor" para ellos: a través del amor y cuidado público, los niños también deben independizarse de sus padres. De esta forma, la autonomía individual y la familia democrática no sólo ha buscado independizar a las mujeres de los hombres, sino también a los niños de los padres. Tal y como lo expresó la Comisión de 1978 sobre la prohibición de los castigos corporales, "la toma de decisiones independiente y la responsabilidad voluntaria son requisitos cruciales para mantener el orden social democrático".

La naturaleza humana

El Estado sueco ha llevado a cabo un enorme proceso de ingeniería social que, partiendo de las ideas de 1920 descritas en el capítulo anterior, toma su forma definitiva en 1969 mediante reformas legislativas que se intensificarán a lo largo de la década de los 70 y que se consolidarán en los años 80 y 90. A lo largo de más de medio siglo, Suecia ha legislado y creado instituciones sociales de apoyo a la autonomía individual, la igualdad de género, la responsabilidad compartida de los hijos, la paternidad activa, la ciudadanía para los niños, la libertad frente a la violencia y la autoridad negociada.

Sin embargo, si bien la aceptación formal de estas reformas por parte de la sociedad sueca puede parecer unívoca, las elecciones individuales siguen demostrando que prevalecen las viejas

costumbres. Según los expertos, todavía hay una marcada desigualdad de género en la división del trabajo y las responsabilidades familiares. Los roles tradicionales subsisten a pesar de que los sujetos gozan hoy de una libertad individual prácticamente absoluta asegurada por el Estado. Ciertamente, Suecia es uno de los países con índices más altos en tasa de divorcio, participación laboral femenina, mejores ingresos de las mujeres en relación con los hombres, parejas de hecho y nacimientos fuera del matrimonio. Pero, de forma voluntaria, muchos hombres y mujeres, a pesar de que hoy son más cooperativos, siguen organizándose según los viejos roles y sus preferencias individuales, a la hora de escoger una profesión u oficio, expresan una marcada distinción entre sexos. Para los expertos, esta paradoja no es fruto de las elecciones libres y voluntarias de los sujetos. Fieles a la idea de la tabula rasa, según la cual el género es un constructo social, afirman que la negociación familiar continúa siendo asimétrica porque está mediatizada por el entorno y el género predado. En su opinión, detrás de esta paradoja se esconde el espectro de la violencia masculina. Si bien ha habido cambios, estos habrían sido consecuencia de la reproducción y adaptación de las normas familiares preexistentes a las nuevas circunstancias.

En resumen, pese a que el Estado garantiza no ya la independencia material, sino también emocional de los sujetos; que se ha arrogado el derecho a educar a los niños, reduciendo en todo lo posible la influencia de los padres; que incentiva fuertemente no ya modelos de matrimonio alternativos, sino la familia monoparental y la maternidad a la carta, incluso subvencionando la inseminación artificial... pese a todo, digo, las viejas costumbres permanecen. Si todas las barreras, obstáculos, dependencias y discriminaciones han sido minuciosamente eliminadas mediante una ingeniería social intensiva que dura ya más de medio siglo, ¿cómo es posible que muchas personas insistan en organizarse de manera contraria a las directrices del Estado? Ya nada ata a los sujetos, nada les obliga, nada les coacciona. Y, sin embargo, parecen inasequibles a tanta dicha. La explicación que los expertos ofrecen a esta paradoja es que han confundido elección con organismo o, dicho de otra forma, han subestimado las condiciones estructurales y sus efectos en las elecciones personales. Su explicación es que existe una fuerza invisible que somete a las personas. Esta afirmación no se sustenta en evidencias, sólo en hipótesis que nacen y mueren en el hecho de que los sujetos están decidiendo por sí mismos de manera distinta a la esperada. Sin embargo, cualquier justificación parece ser válida, por absurda que resulte, en vez de reconocer que, quizá, esa fuerza invisible no sea una fuerza oscura y maléfica, sino la expresión espontánea de la condición humana. Pero los ingenieros sociales no parecen dispuestos a asumir su fracaso, al contrario, se disponen a doblar la apuesta.

4. La mutación ideológica

“Ver un Telediario es como viajar a un mundo imaginario. Lo que yo veo no tiene nada que ver con eso. Lo que cuentan en la tele no se parece en nada a la realidad”. Esta frase de un estudiante universitario me sorprendió. Y no precisamente porque discrepara, sino porque, siendo tan joven, me llamó la atención una conciencia tan clara sobre la distancia cada vez mayor entre la imagen que proyectan de la realidad los medios de información y la realidad que percibe por sí mismo el ciudadano de a pie. 21 años pueden ser pocos para muchas cosas, si no para la mayoría, pero a esa edad, hoy en día, muchos jóvenes ya han viajado más de lo que la mayoría de los adultos lo hará en toda su vida. La Generación Z es sustancialmente distinta a la de los Baby boomers y la de los Millennials. Uno de sus rasgos característicos, además de ser la primera generación verdaderamente nativa de Internet, es que la Gran recesión no fue para sus integrantes un suceso sobrevenido, como sí lo fue para los Millennials: fue su ecosistema.

Los hijos de la Gran recesión

La Gran recesión marcó la impronta de la Generación Z. Por lo tanto, sus integrantes tienden a distinguir lo que es prioritario de lo que no lo es. Aunque puedan sentir ciertas simpatías hacia algunas “grandes causas”, no encontraremos en ellos el esencialismo militante de los Millennials. Esto no significa que sean insensibles a los conflictos humanos, simplemente son inmunes a los pánicos morales que dominan a Baby boomers y Millennials. Las ideologías, sean clásicas o posmodernas, no van demasiado con ellos y carecen de ese sentimiento de culpa que atenaza a las generaciones precedentes. Desconocen que el antioccidentalismo es una tradición que se extiende desde Michel de Montaigne hasta Jean-Paul Sartre, de hecho, no saben quiénes fueron esos señores, pero cuando escuchan a un orate pregonar el apocalipsis y exigir arrepentimiento esbozan una sonrisa.

Ven poco la televisión. No leen los periódicos de papel y apenas los diarios online. Los medios convencionales no son sus nodos principales de información; tampoco las redes sociales como Twitter o Facebook. De estos entornos virtuales comparten los asuntos que o bien les interesan mucho o bien les resultan divertidos. Son escépticos, selectivos y saben comprar bastante bien. Para ellos, el dinero no da la felicidad, pero saben que sin dinero la felicidad es imposible. Son pragmáticos e inmunes a las utopías. Tal vez esta inmunidad sea la razón por la que, en estos años, exista una mayor presión por parte de los ingenieros sociales para modelar las sociedades, porque la ventana de oportunidad que les ofrecen los Baby boomers y los Millennials se cerrará cuando los Z se hagan adultos y alcancen posiciones de poder. Así pues, cuando el joven que ilustra el comienzo de este capítulo afirma que los telediarios proyectan la falsa realidad de un mundo amenazante, lleno de peligros, dominado por la violencia estructural, está en lo cierto. Lo que quizá no sepa es que las ideologías que atenazan a sus padres y abuelos necesitan recrear la realidad para imponerse. Y estas ideologías no desaparecieron con el pasado siglo XX, simplemente mutaron.

La transformación de las ideologías clásicas

En 1964, el escritor español Gonzalo Fernández de la Mora publicó su famoso ensayo *El*

Crepúsculo de las Ideologías, donde sostenía que la creciente complejidad de la gestión pública exigía formas más racionales de organización política, más pragmáticas, basadas en criterios técnicos, no en la ideología, a la que consideraba un concepto arcaico destinado a desaparecer. En consecuencia, ideólogos y políticos profesionales serían paulatinamente desplazados por técnicos y expertos. El argumento parecía bastante plausible, pero la historia se encargó de quitarle la razón. En este siglo XXI la política se guía por criterios cada vez menos racionales: más ideológicos, emocionales e interesados. Las ideologías no desaparecieron; al contrario, se fragmentaron en formas todavía más agresivas e irracionales. Las ideologías clásicas, generalistas y en cierta medida argumentativas, dieron paso a creencias particularistas, centradas en un activismo con objetivos muy puntuales. Se trata de doctrinas todavía más fanáticas, enemigas de la libertad individual, con una influencia creciente sobre la política; "ismos" o religiones laicas que sistemáticamente neutralizan el debate, censuran, vociferan y arrojan a la hoguera a quien no comulga con ellas. Nuevas sectas que, a diferencia de las tradicionales religiones, establecen reglas que no sólo afectan a sus feligreses, sino que aspiran a ser de general cumplimiento mediante la acción legislativa del Estado.

El marxismo, un ejemplo clásico, fue sustituido por la doctrina de género, según la cual la diferencia sexual no es más que un producto de la cultura, del ambiente. O por el ecologismo radical, la nueva religión laica que pregona el Apocalipsis, el fin de la humanidad por sus pecados contra la naturaleza, salvo que, claro está, haga acto de contrición, asimile el nuevo catecismo y desvíe parte de la riqueza en la dirección oportuna. O por el animalismo, una corriente que pretende colocar a los animales al mismo nivel que las personas. O por el "movimiento okupa", que elimina el insolidario y egoísta derecho de propiedad en favor de la libre disposición para usos sociales de viviendas, locales y solares. Todas ellas son nuevas ideologías, animadas fundamentalmente por impulsos y emociones, que practican una ingeniería social intensiva y abusan de la propaganda, la coacción y los hechos consumados. Ante este asalto a la sociedad abierta, a la libertad individual, la mayoría de los políticos bien sea por interés electoral o por falta de músculo intelectual para elaborar su propio ideario, se limitan a comprar esta mercancía. Incorporan a sus programas cualquier consigna defendida por minorías bien organizadas y ruidosas, por los activistas más vociferantes y fanáticos, por muy absurdos que sean sus postulados. De esta forma, la gestión pública queda más orientada por creencias y supercherías que por criterios objetivos y técnicos. ¿Cómo se explica semejante despropósito?

En *A Theory of Political Parties*, (2012) Kathleen Bawn y sus coautores ofrecen una explicación. La política sufre una fuerte reideologización porque los partidos, en su búsqueda de atajos hacia el poder, han descubierto que ganan votos más rápida y fácilmente incorporando las ideas de los activistas bien organizados que elaborando y defendiendo las suyas propias. Esta estrategia ha obrado un efecto perverso: los programas coinciden cada vez más con los intereses de los activistas y se alejan paulatinamente de las verdaderas preocupaciones de los ciudadanos. El votante habría perdido influencia porque la creciente complejidad de la política le impide conocer bien sus detalles. No es que sea necio, simplemente no tiene tiempo ni incentivos para procesar la ingente cantidad de información necesaria para formarse una opinión fundamentada y votar de manera razonada.

Así pues, los partidos prefieren ganarse el apoyo de los activistas mejor organizados, mucho más conscientes del objetivo que buscan. De esta forma, obtienen los votos de numerosas facciones y sólo pierden el respaldo de los ciudadanos capaces de procesar la información, resistir la abrumadora propaganda y vencer el miedo al qué dirán, un tipo de votante al que los partidos desprecian por creer, erróneamente, que es muy minoritario. Por ello, los colectivos

interesados, entre los que tienen cada vez mayor peso los activistas, acrecientan su influencia, desvirtuando a las democracias liberales. Para Bawn y sus colegas, la ideología de los partidos es el resultado de acuerdos tácitos entre los diferentes grupos de intereses. Y se vende en los medios de información como algo indisociable del progreso. La sociedad, en lugar de evolucionar de forma natural, voluntaria, adaptándose paulatinamente, es obligada a transformarse de forma drástica, en el marco de una ingeniería social que obedece a intereses particulares.

La posibilidad de que los partidos apoyaran posturas de grupos minoritarios, no los de la mayoría, fue contemplada por Anthony Downs en *An Economic Theory of Democracy* (1957): un partido podría ganar las elecciones defendiendo un paquete de políticas minoritarias en las preferencias del electorado, fenómeno que se conoce como coalición de minorías. Esto sucede cuando una parte sustancial de la población vota según el trato que el gobierno concede a su grupo, no en función del que otorga al conjunto de los ciudadanos. Las subvenciones a colectivos concretos son un ejemplo claro: el votante valora el beneficio concentrado en su pequeño grupo, pero desdeña la recaudación requerida, pues, al fin y al cabo, los impuestos se reparten entre toda la sociedad, por lo tanto, su impacto pasa desapercibido.

Fue, sin embargo, Mancur Olson, en *The Logic of Collective Action* (1965) quien explicó por qué los grupos de intereses particulares acaban imponiéndose al de la mayoría. La estructura de incentivos, costes y beneficios fomenta que los sujetos se agrupen buscando intereses concretos, egoístas, en busca de prebendas a costa del resto, pues en su caso las ganancias son sustanciales e inmediatas. Por el contrario, constituir asociaciones que persiguen el interés general conlleva elevados costes y muy pocos beneficios para el individuo porque las posibles ganancias se repartirían entre toda la población. En consecuencia, los grupos de presión minoritarios acaban capturando los partidos, los gobiernos, impulsando medidas que generan graves ineficiencias y que conducen invariablemente a la decadencia de las naciones. El problema añadido es que, una vez formadas, las coaliciones de grupos de intereses raramente desaparecen. Al contrario, crecen sin cesar, alimentadas desde el poder y los medios de información. Y, a su vez, se expanden sin freno ideologías absurdas, particularistas, que perjudican a casi todos, pero benefician a unos pocos. Es normal que los sumos sacerdotes, y los fieles bendecidos por estas nuevas religiones, desarrollen una fe a toda prueba: tienen mucho que ganar. Pero no es admisible que pretendan obligar a comulgar con ruedas de molino al resto de la población.

Este es el drama al que se enfrentan muchos países en Occidente: los partidos políticos tienen un gran incentivo en presentarse a las elecciones con programas más orientados a satisfacer a los diferentes grupos de presión, a recoger sus dogmas e imposiciones, que a defender los intereses del ciudadano común. Es aquí donde debe producirse un cambio crucial, una ruptura, el surgimiento de algún estadista con la suficiente visión para comprender que con esta dinámica no hay salida. El sistema está condenado a agotarse en sí mismo o a desembocar en una suerte de totalitarismo. Por el contrario, un regreso valiente y decidido a la defensa del interés general supondría beneficios incalculables para el conjunto de la sociedad. Y, también, muchos más votos de los que imaginan los políticos con su visión de corto plazo. Tal vez haya que esperar a la Generación Z para que se produzca ese cambio. Pero, hasta que ese momento llegue, aún falta demasiado. Y algo habrá que hacer para que la ventana de oportunidad por la que penetran las mutaciones ideológicas se cierre.

5. El triunfo del infantilismo

Durante el rodaje de la película *Salvar al soldado Ryan*, los publicistas del estudio de cine publicaron una fotografía del protagonista, Tom Hanks, intercambiando opiniones con el director, Steven Spielberg, en el set de rodaje. En la imagen resultante se mostraba a dos hombres con un fuerte contraste en su atuendo. Hanks aparecía vistiendo el uniforme de combate de los Rangers, mientras que Spielberg lucía una desenfadada camiseta y una gorra de béisbol. Al escritor y analista político David Frum, aquella imagen le pareció una síntesis espléndida: los años 90 se reunían con los años 40. De un solo vistazo, uno podía ir adelante y atrás en el tiempo, y saltar en un instante el medio siglo que separaba al hombre vestido de guerrero del hombre con el atuendo infantil. Este fuerte contraste llevaba implícitas algunas preguntas: ¿a dónde se había ido uno y de dónde había venido el otro? ¿Cuándo, cómo y por qué?

En poco más de cuatro décadas, desde mediados del siglo XX a los albores del XXI, Estados Unidos y Europa habían cambiado radicalmente. Esta transformación, reflejo de un largo periodo de progreso y prosperidad, no sólo era externa, también era interior. Las personas trataban de dar sentido a su vida de una forma diferente. Se había pasado de una sociedad de individuos sacrificados, con un profundo sentido del deber, de la lealtad y el compromiso, a otra de individuos egocéntricos, propensos a la queja y poco de fiar, para quienes las convenciones de sus padres se habían convertido en molestos obstáculos.

Para David Frum, Paul Johnson, David Horowitz o Bruce Schulman, entre otros, advertir sobre este cambio poco tenía que ver con la nostalgia y con esa afirmación recurrente de que cualquier tiempo pasado fue mejor, que toda generación en trance de ser reemplazada expresa como reproche en la despedida. Las nuevas generaciones no sólo vivían mejor que las anteriores, también vivían más tiempo. Su calidad y su esperanza de vida se habían visto incrementadas como jamás antes había sucedido a lo largo de la historia. El progreso tecnológico y científico había permitido al ser humano pisar la Luna, convertir en simples contratiempos enfermedades que en el pasado tenían una alta tasa de mortalidad, comunicarse con la otra punta del mundo en tiempo real, recorrer enormes distancias a velocidad de vértigo, tener al alcance de la mano productos no sólo de primera necesidad, sino también lujos, caprichos y entretenimiento. En cuanto alcanzaban la pubertad, los hijos solían ser más altos que sus padres porque su cuidado y alimentación habían sido mucho mejores. Ahora accedían en masa a las universidades, en buena medida gracias al esfuerzo previsor de sus progenitores, pero también porque el progreso y la prosperidad habían democratizado el acceso al conocimiento.

En prácticamente todos los órdenes el mundo occidental había dado un salto hacia delante sin parangón. Para un número creciente de personas la existencia era cada vez más gratificante, a pesar de las inevitables desigualdades. Sin embargo, algo no marchaba bien. El progreso había traído muchas cosas buenas, pero también se había cobrado un precio que pasó desapercibido. El espíritu de sacrificio de las generaciones anteriores, acostumbradas a la lucha por la supervivencia y la procreación, había cedido el paso a la búsqueda de la gratificación inmediata y la autosatisfacción. Visto desde el interior de unas sociedades cada vez más confortables y seguras, el mundo ya no parecía un entorno hostil, era más bien un lujoso y cómodo supermercado donde todo estaba al alcance de la mano, tan cerca que se podía tocar con los dedos. Rápidamente se propagó la creencia de que la sociedad de la abundancia tenía una finalidad: de una forma u otra, de grado o por fuerza, debía satisfacer todas las necesidades, todos los deseos. Lo contrario

era una inmoralidad, una injusticia e, incluso, un crimen. La búsqueda de la igualdad en todos los órdenes se convirtió en un nuevo Santo Grial, mientras que la lucha por la supervivencia y la descendencia ya no daban sentido a la vida. En su lugar lo que el *hombre urbanita* demandaba era bienestar y autoafirmación. Y exactamente eso es lo que los gobiernos prometían proporcionar elección tras elección, a pesar de que, más allá de unos hogares cada vez más confortables, el mundo en su totalidad no terminara de encajar con esa percepción tan halagüeña.

Precisamente, para lidiar con la desagradable dimensión de un mundo todavía peligroso e inestable estaba otra criatura surgida al calor de tanta prosperidad y progreso: el Gran gobierno. Ahora la misión de los cargos electos consistía en salvaguardar a toda costa el hechizo de un mundo bello y bueno. Si acaso, la amenaza de la Guerra Fría permitía a los gobernantes mantener una conveniente tensión existencial, pero más allá de este temor, mientras el “gran supermercado” siguiera proporcionando bienestar a un ritmo creciente, la opinión pública daría por bien empleados el resto de los recursos y no haría demasiadas preguntas. Ese era el acuerdo tácito: una confianza ciega en los gobiernos a cambio de más y más bienestar, de más y más autosatisfacción.

Este mundo de ensueño pareció desvanecerse súbitamente con la Guerra de Vietnam. Un conflicto que comenzó en 1945, con la lucha contra el colonialismo francés, y terminó en 1975, con la conquista comunista de Saigón. El conflicto de Vietnam desencadenó una crisis de confianza de la que, no sólo Estados Unidos, sino en general Occidente jamás se recuperaría. Curiosamente, se trataba de uno de esos asuntos de la Guerra Fría que tácitamente el Gran gobierno debía solventar desde la trastienda sin mayores sobresaltos. Pero no sucedió así. La realidad geopolítica, con su violencia y sus peligros trascendió el control gubernamental y penetró en los hogares. El auge de la televisión y la ausencia de censura permitió que millones de personas contemplaran la guerra en directo, en toda su crudeza. Los jóvenes, que hasta entonces habían vivido en una burbuja, descubrieron con estupor que, más allá de sus confortables hogares, la realidad podía ser pavorosa. Este sentimiento de horror fue exacerbado por una prensa sensacionalista que, rendida a sus jóvenes promesas, no escatimó en detalles truculentos. Las imágenes y secuencias más violentas e impactantes de aquella guerra eran trasladadas al gran público instantáneamente, de forma reiterada y con todo lujo de detalles por los diarios, revistas y televisiones.

Una nueva mentalidad

Mientras la mayoría de los adultos, aún a su pesar, asumía con su acostumbrada resignación el sacrificio de la guerra, los jóvenes universitarios tomaron las calles y protagonizaron protestas que degeneraron en tumultuosos disturbios. A los universitarios no pareció importarles demasiado que otros jóvenes menos afortunados se sacrificaran en su nombre. Al contrario, les insultaban y calificaban de asesinos. Argumentaban que Vietnam, además de ser un país insignificante, estaba demasiado lejos como para suponer una verdadera amenaza. En su opinión, la guerra obedecía a oscuros intereses, lo que explicaría por qué los gobernantes mentían. Pero no existían oscuros intereses, desde luego no más allá de los habituales cambalaches de la Guerra fría y de los inevitables cálculos electorales de los sucesivos presidentes. Sencillamente, Vietnam degeneró en un conflicto extraordinariamente cruento que la prensa elevó a la categoría de apocalipsis, lo que degeneró en una neurosis que se manifestó con virulencia en los jóvenes universitarios, pero no en los adultos, los obreros de la construcción, los estibadores y los jóvenes que habían tenido que ponerse a trabajar o servir en el ejército porque sus familias no habían podido proporcionarles una plaza universitaria.

Los adultos, que habían vivido la Gran Guerra y la Segunda Guerra Mundial, además de la

Guerra de Corea —un último sacrificio de su generación que pasó desapercibido—, sabían que el mundo distaba bastante de ser un lugar idílico. Precisamente por ello, aprovecharon el periodo de paz y prosperidad para trabajar duro, prosperar y mantener a sus hijos a salvo y criarlos entre algodones. La nueva generación creció feliz, libre de guerras, amenazas y sacrificios gracias a la sobreprotección de sus padres.

En cierta forma aquella rebelión juvenil tenía bastante de pataleta, algo que resultaba muy irritante para los que eran menos afortunados. Así, los policías que se emplearon más a fondo a la hora de sofocar las revueltas estudiantiles fueron los policías más jóvenes. Estos sentían una fuerte animadversión hacia los manifestantes porque los veían como a niños malcriados, mientras que ellos realizaban un trabajo duro, peligroso y mal remunerado. Los trabajadores de la construcción y los estibadores tampoco sentían simpatía hacia esos defensores de la paz universal por razones similares, de hecho, llegaron a arremeter violentamente contra los manifestantes. Los obreros, estibadores, policías, agricultores y, en general, los ciudadanos acostumbrados al trabajo duro entendieron que el movimiento juvenil que se oponía a la guerra promovía a su vez una guerra cultural que amenazaba con colapsar las instituciones sobre las que se asentaba la excepcionalidad norteamericana.

La fractura entre estudiantes universitarios y trabajadores no fue exclusiva de los Estados Unidos, también en las revueltas europeas de los años 60, incluida la de mayo del 68 en Francia, los protagonistas no fueron los trabajadores ni la juventud en general, sino los jóvenes de clase media acomodada. Esto irritó a muchos intelectuales que se situaron muy lejos del carácter afirmativo de la reivindicación juvenil. El modo violento en que los universitarios se dirigían a las instituciones, junto con el carácter burgués de sus reivindicaciones, provocaba rechazo. Su revuelta, que invocaba la libertad de expresión, en realidad apuntaba a la destrucción de las instituciones.

Este rechazo no impidió, sin embargo, que desde los turbulentos años 60 se proyectara hacia el futuro una forma de entender el mundo que se convertiría en la forma dominante. Hoy, la cultura de la queja, la autosatisfacción, los ideales etéreos, las identidades a medida y el infantilismo dan forma a una mentalidad egocéntrica que es refractaria a la realidad y aspira a recrear el mundo.

Como expresó el filósofo José Luis González Quirós, “no es que la historia la escriban los vencedores, sino que los que aspiran a reescribirla quieren vencer”. Así, frente a aquellos obreros de la construcción, estibadores, policías y jóvenes reclutas convertidos en carne de cañón, los universitarios llevaban las de ganar en el largo plazo. No en vano de las universidades salen los periodistas, los politólogos, analistas, expertos, jueces, abogados, empresarios, políticos, gobernantes y también directores de cine. Ellos son quienes alcanzan las posiciones de poder y a la larga escriben la historia o, si es preciso, la reescriben. Y pueden situarse en un plano de superioridad, luciendo al lado de la vieja figura del héroe una desenfadada camiseta y una gorra de béisbol.

6. El legado de la generación sociópata

El acceso a las posiciones de poder de la generación Baby boomer empezó a producirse en los años 80 del siglo XX. Sin embargo, mucho antes ya había logrado imponerse culturalmente. En los 80 simplemente el relevo generacional pasó a ser efectivo. Ya en el año 2000, el 70 por ciento de los parlamentos y de las más altas magistraturas del Estado estaba copado por los boomers. Y desde entonces han mantenido este dominio. Antes del relevo formal de las generaciones precedentes, educadas en la cultura del esfuerzo, se habían producido inequívocas señales del agotamiento del modelo de crecimiento económico y prosperidad que había marcado la década de los 60. La más significativa señal fue la primera crisis del petróleo de los años 70, que evidenció que los recursos no eran infinitos y que la energía y las materias primas estaban sujetas a las tensiones de la demanda, los conflictos geopolíticos y la emergencia de una conciencia ecológica que, paradójicamente, no tardaría en ser instrumentalizada por los propios boomers para controlar a las generaciones posteriores.

Cuando tuvo lugar la crisis del petróleo de 1973, aún había tiempo para buscar un equilibrio entre las limitaciones económicas y un Estado de bienestar cuyas demandas de cobertura y confort tendían a infinito. Sin embargo, poco se hizo al respecto. Los boomers optaron por negar la realidad. Dirigieron el grueso de la presión fiscal hacia determinadas capas de la sociedad, manteniendo razonablemente a salvo a una nueva clase media que abogaba por el milagro de los panes y los peces; que exigía nuevas prestaciones, pero era refractaria al aumento de sus impuestos. Más Estado de bienestar... pero que lo paguen otros, parecía ser la consigna. Como consecuencia de esta actitud, el desequilibrio fiscal se tradujo en un déficit creciente y una deuda igualmente creciente. Después de todo, los gobernantes también eran boomers y, en vez de asumir costes políticos con decisiones impopulares, prefirieron tratar a sus coetáneos como clientes. En consecuencia, la deuda siguió aumentando y la solución fue endosarla a las generaciones venideras. Este es el indicador más potente de cómo los boomers dejaron de pensar en el futuro de la sociedad para centrarse en disfrutar de su propio presente. Sin embargo, esto es sólo la punta del iceberg de una transformación más profunda. Pero antes de analizarla, es necesario detenerse en otro hito de los boomers: su derecho a una jubilación larga y placentera.

El retiro dorado

Hasta hace relativamente poco, retirarse para disfrutar plácidamente de las décadas postreras de la vida era un privilegio exclusivo de los más ricos, el resto tenía que trabajar hasta el final de sus días o hasta quedar incapacitado. Cuando ocurría lo segundo, la solución no era disponer de activos financieros, inaccesibles entonces, sino tener descendencia para que, cuando la incapacidad por vejez se manifestara, los hijos se hicieran cargo de los padres. Hasta que ese momento llegara, lo habitual era que los padres no dejaran de trabajar. Esta no fue ya la mentalidad de los Boomers, que ahora empiezan a ejercer su derecho a la jubilación sin que muchos de ellos hayan ahorrado lo suficiente. Asegurarse un retiro suficiente necesita como mínimo una vida laboral de cuarenta años con un ahorro de más del 25 por ciento de los ingresos totales. Lamentablemente, la tasa real de ahorro (y/o cotización) de la generación Baby boomer es inferior a ese cálculo, y en no pocos casos, ridículamente inferior. Por lo tanto, esta diferencia deberá ser compensada por una combinación de subsidios, ayuda de familiares y un fuerte retorno

de inversiones no monetarias. Algo que a todas luces no podrá sostenerse hasta que los últimos miembros de una generación tan numerosa hayan dejado este mundo.

No se dice abiertamente, pero ya se prevén mecanismos para evitar el colapso de los sistemas de pensiones. Sin embargo, no serán el resultado de reformas planeadas con anticipación suficiente, ni tampoco indoloras. Se introducirán por la puerta de atrás, en silencio, transfiriendo gran parte de su coste a terceros, porque los boomers sacralizaron el sistema de salud pública y el sistema de pensiones con toda intención para que no se pudiera debatir sobre ellos libremente, sin tapujos. Hasta que llegue lo inevitable, la consecuencia es que, por ejemplo, en España, donde el riesgo de pobreza es del 15,3 por ciento, en el caso de los mayores de 66 años se reduce hasta el 5,4%. Esto significa que, a partir de la jubilación, los niveles de pobreza disminuyen más de un 60 por ciento, es decir, el riesgo de pobreza es mucho mayor en los jóvenes que en los viejos.

Una visión invertida

Con todo, lo más significativo del legado de los Baby boomers es su legado cultural. Su ascenso al poder en los años 80 significó la institucionalización de una visión invertida de la realidad que ya habían impuesto a mediados del siglo pasado, cuando la generación anterior todavía ostentaba el poder. Para los Baby boomers, los años intermedios del siglo XX no fueron una época de paz y prosperidad, la merecida recompensa por superar la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión, vencer a los nazis y resistir al totalitarismo comunista. Para ellos fue la época del racismo, el sexismo y la homofobia. Una época siniestra de la que sus padres debían ser rescatados. Y así lo hicieron, con su activismo de los años 60.

Lo que sucedió en aquella década fue un suceso único. La edad de oro del patriotismo y el deber desapareció como los dinosaurios: súbitamente. Parafraseando a David Frum, de repente un cometa golpeó la Tierra, los gigantes se volatilizaron y fueron reemplazados por pequeños mamíferos como las ratas. La visión de los hijos se impuso a la de los padres en un abrir y cerrar de ojos, fue el triunfo del mito de la juventud como valor supremo en detrimento de la experiencia y la sabiduría que inevitablemente van aparejadas a la edad. Es cierto que lacras como el racismo, el machismo y la homofobia demandaban cambios de actitud y también reformas legislativas, pero la corrección de estos anacronismos no acabó con el activismo, éste derivó en una enmienda a la totalidad de la cultura occidental y de su historia cuyas consecuencias estamos pagando en el presente.

Boomers y Millenials: desprecio y lealtad

Toda evolución social necesita mantener un cierto equilibrio entre el pasado y el presente, un hilo conductor que conviene no romper si no se quiere perder las referencias. Es importante no olvidar de dónde se viene si se quiere saber a dónde se va. Los Boomers cortaron ese hilo y dejaron a las generaciones siguientes sin brújula. De ahí que los Millenials no cuestionen el orden heredado, sino que simplemente aspiren a subsanar lo que consideran deficiencias añadiendo nuevas coerciones sociales. Maleados por el hedonismo de sus antecesores, parecen incapaces de observar la realidad desde una perspectiva lo suficientemente distinta como para comprender que la sociedad está a expensas de demasiados cambios, azares y contingencias como para que las políticas sociales surtan los efectos pretendidos. Con el relevo de los Baby Boomers por los Millenials, el poder del Estado no está menguando, sigue acrecentándose. Las relaciones de cooperación y dependencia entre individuos, que fueron gradualmente desmanteladas por los boomers y reemplazadas por una intensa dependencia del Estado, no parece que vayan a ser

recompuestas. Ni siquiera existe la posibilidad de recurrir al enemigo externo para que la sociedad reaccione, como Carl Schmitt seguramente habría sugerido, porque el enemigo está dentro... dentro de las cabezas. Desgraciadamente, las políticas sociales no podrán cerrar los boquetes que la liquidación de valores intemporales y valiosos abrieron en el casco de una sociedad que desde hace ya demasiado parece navegar a la deriva. Quizá la Generación Z lo comprenda. O tal vez lo que traiga consigo sea la exacerbación del hedonismo de las generaciones precedentes.

7. El ecologismo y su nuevo “gran salto adelante”

El llamado “Gran salto adelante”, llevado a cabo por el régimen comunista chino a finales de los años 50 y principios de los 60, supuso 45 millones de muertes. Fue una señal muy potente de lo letal que puede llegar a ser la ingeniería social cuando políticos, expertos y activistas alcanzan el poder absoluto. Pero ¿hemos aprendido algo de aquella catástrofe? Esta es la pregunta que deberíamos formularnos ante el auge de un ecologismo radical, entre cuyas propuestas se añade ya la necesidad de des-democratizar Occidente para salvar, no ya a la humanidad —pues, en su opinión, la mayor parte de los seres humanos son prescindibles—, sino al planeta. ¿Es exagerado establecer un paralelismo entre la masacre del “Gran salto adelante” de Mao y el nuevo “Gran salto adelante ecologista”? Quizá no. Cambian los protagonistas y los modelos políticos, pero ambos procesos tienen bastantes similitudes. La mayor diferencia, llegado el caso, estaría en el número de muertes. Ésta cifra podría ser mucho mayor en el gran salto adelante de los ecologistas radicales, porque sus medidas de choque traerían consigo una crisis energética y alimentaria global.

45 millones de muertos

Recientemente se hicieron públicas las conclusiones del historiador Frank Dikötter que durante años se ha dedicado a investigar exhaustivamente la historia rural china en el periodo que va de 1958 hasta 1962, cuando Mao Zedong, fundador de la República Popular de China, impuso el “Gran salto adelante”. Para ello, Dikötter ha tenido un acceso sin precedentes a los archivos oficiales del Partido Comunista Chino. Los datos que ha recopilado son abrumadores: durante ese periodo, la tortura sistemática, la brutalidad, el hambre y el asesinato de los campesinos chinos supusieron al menos 45 millones de muertes. Una cifra cercana al número de muertos en todo el mundo durante la Segunda Guerra Mundial. Antes de la investigación de Frank Dikötter, en el peor de los supuestos se estimaba que las muertes podrían haber alcanzado la cifra de 30 millones. Ahora sabemos que esa cifra, aunque también pavorosa, es mucho más baja que la real. Sorprendentemente, los hallazgos de Frank Dikötter apenas tuvieron difusión más allá de un puñado de artículos en prensa y algunas referencias en las redes sociales. En general, los medios de masas pasaron de puntillas por encima de la revelación de una cifra antológica que convierte el “Gran salto adelante” en la mayor catástrofe humanitaria de la historia, inmediatamente detrás de la Segunda Guerra Mundial. Como sucede en estos casos, habrá quien considere que este silencio se debe a la asimetría moral con la que se suelen juzgar determinados crímenes según sea la ideología responsable. Pero, tal vez, las razones de este silencio no sean sólo ideológicas, sino también “corporativas”, porque el Gran salto adelante es, sobre todo, una demostración palmaria de los efectos desastrosos del gobierno de los “expertos” y la ingeniería social. En realidad, el Gran salto adelante no se planteó como un ataque sistemático contra el derecho a la vida de las personas: se ideó para superar las deficiencias seculares del modelo rural chino, pero degeneró en una catástrofe cuya verdadera magnitud ha permanecido oculta más de medio siglo. Si China hubiera sido una democracia, en vez de un régimen comunista, el “Gran salto adelante” o bien no se hubiera llevado a cabo, o bien, a la vista del inminente desastre, habría sido paralizado. Pero China es un régimen de partido único donde no existe una oposición formal. Si el gobierno se equivoca sólo cabe confiar en que rectifique por sí mismo, y que lo haga, además, con la rapidez

necesaria para evitar grandes males. Pero la capacidad de rectificación y diligencia chocan frontalmente con la propia naturaleza de los sistemas de acceso restringido, donde las pugnas internas por el poder, muchas veces cruentas, son la única vía para reemplazar a unos gobernantes por otros y, ocasionalmente, cambiar las políticas. Si el gobernante quiere sobrevivir en un régimen como el chino, la regla de oro es establecer el principio de infalibilidad, es decir: el gobernante nunca se equivoca. Por lo tanto, rectificar no es de sabios sino de necios. Además, el cuerpo de expertos que se constituye alrededor del poder sabe que su supervivencia está ligada a la supervivencia del gobierno, por lo que los expertos también tenderán a negar la realidad.

Una trampa moral

Ahora, hagamos un ejercicio inverso. Imaginemos una democracia, pero una democracia en tiempos convulsos, cuestionada fuertemente por un activismo bien organizado, intenso y creciente, donde la imposición de un nuevo “Gran salto adelante” estuviera liderada no por personas corrientes, ni por gobernantes, sino por personajes acreditados e influyentes, con posiciones destacadas en las universidades más prestigiosas del mundo. Imaginemos que estos líderes académicos contaran con el apoyo, además de ONG, de los foros internacionales, grupos activistas y medios de información, de tal suerte que sus propuestas, amplificadas por diarios, radios, televisiones y redes sociales, se propagaran con tal intensidad que el disenso resultara imposible, lo que, con el tiempo, alumbraría una opinión pública vehemente, refractaria al debate. Y la pregunta es: ¿podría esta democracia resistirse a la imposición de un nuevo “Gran salto adelante” de consecuencias peores que el liderado por Mao?

Esto no es política ficción sino la situación presente que David Runciman, jefe del Departamento de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de Trinity Hall, Cambridge, expone en toda su crudeza con un artículo inquietante, titulado *Democracy Is the Planet's Biggest Enemy*, por cuanto aprovecha la “crisis climática” para cuestionar ni más ni menos que las salvaguardas democráticas. Runciman, paradigma del experto que aspira a imponer el *bien*, afirma que, en la Gran Bretaña actual, resulta impensable unir a los Conservadores y Laboristas. Sin embargo, afirma que la activista climática Greta Thunberg hizo precisamente eso cuando fue recibida por políticos británicos de todo el espectro político. En su discurso al Parlamento, Thunberg dijo que hablaba por los niños que habían sido traicionados por políticos y votantes que no habían logrado prevenir el cambio climático. También afirmó que hablaba en nombre de los miles de millones de personas aún no nacidas que “sufrirán los peores episodios de un mundo que se calienta rápidamente”. Hubiera sido necesario un político muy valiente, añade Runciman, para minimizar “la fuerza moral de este mensaje”. Ninguno de sus interlocutores, desde el líder laborista Jeremy Corbyn, pasando por el conservador Michael Gove, hasta el orador de la Cámara de los Comunes, John Bercow, se atrevió a hacerlo: “Todos aceptaron los cargos presentados contra ellos” y se declararon culpables.

Como jubilosamente concluye Runciman, la retórica empleada por Greta Thunberg establece una distinción moral entre quienes están del lado del ecologismo radical y quienes lo cuestionan, entre los buenos y los malos. Y para poner rostro al *mal*, remata: “A las generaciones mayores no les importan los intereses de los más jóvenes”. De esta forma, establece dos falsas verdades íntimamente relacionadas. La primera, que la inminencia del apocalipsis climático es un hecho irrefutable. Y la segunda, que sólo los jóvenes son conscientes de esta verdad. Convertir la distinción entre promotores y críticos del ecologismo radical en una cuestión moral tiene muchas ventajas para los expertos como Runciman. La más evidente es que se saca el debate del terreno racional, donde lo que cuenta son las evidencias, y no los juicios morales, reduciéndolo a una

sucesión de titulares de prensa donde se establece una distinción subjetiva entre el Bien y el Mal. Esto permite controlar a la opinión pública mediante el sentimiento de culpa. Se trata de una sencilla estrategia que resulta especialmente eficaz en Europa, porque el colapso moral del Viejo Mundo se articula precisamente mediante el remordimiento y la penitencia, que se refuerzan mutuamente. Los europeos todo lo hicieron mal, por tanto, se sienten culpables y es la penitencia lo único que tranquiliza sus conciencias. Se establece así un control sobre el consumidor total, de tal suerte que Europa ya no puede mantener viva la tensión entre ser y tener que sí mantienen los Estados Unidos y Asia. Por eso los políticos europeos, y no los norteamericanos o asiáticos, son el objetivo de los discursos iluministas de Greta Thunberg.

La vieja utopía oculta tras un rostro juvenil

En cuanto a que serían los jóvenes quienes han puesto en marcha la cruzada de la salvación del planeta, es una evidente manipulación. El motor de esta cruzada no es el pensamiento juvenil, es el pensamiento de los “viejos”. David Runciman no nació ayer, sino en 1967. O, por ejemplo, Dave Foreman, destacado activista del apocalipsis climático, tiene 72 años. Y así sucede con la mayoría de las mentes pensantes que defienden la teoría del apocalipsis climático. De nuevo, son las utopías de los Baby boomers las que están detrás del activismo juvenil. Especialmente, la vieja idea de que un elemento clave del Occidente moderno, su sistema económico capitalista, es responsable de los males que aquejan al planeta. Esta suposición se ha convertido en una verdad pavloviana para muchos académicos y legisladores que los lleva a culpar a sus propios regímenes, a su propia civilización, por la injusticia en el mundo. Y ahora, también, por el apocalipsis climático. Debes dejar de comer carne, debes vivir en una casa mucho más pequeña, debes renunciar al vehículo privado, debes dejar de viajar en avión, debes renunciar a tener hijos... O más aún, debes apoyar iniciativas como las que propone de Dave Foreman: “Mis tres objetivos principales serían reducir la población humana a 100 millones en todo el mundo, destruir la infraestructura industrial y hacer resurgir las zonas silvestres, para que sus especies al completo tomen el mundo.”

Cuando Runciman dice que el gran escollo para combatir el cambio climático es el voto de los viejos, porque no están dispuestos a renunciar a su modo de vida, y que, por lo tanto, hay que buscar la manera de cambiar la democracia para trasladar el poder de los votantes a los expertos, en sus palabras despunta esa utopía que, hace más de medio siglo, capturó a buena parte de la opinión pública, obligándola a dar grandes saltos adelante que terminaron en catástrofes. En realidad, el debate sobre el clima parece importar muy poco a estos académicos y activistas; lo han hecho desaparecer en favor de una religión obligatoria que utilizan como palanca de poder para imponer un nuevo orden cuya esencia es sospechosamente vieja.

8. La naturaleza como dios

“La naturaleza está enfadada y te devuelve el golpe”. Esta es una de las afirmaciones que Antonio Guterres, Secretario General de las Naciones Unidas, hacía en una entrevista al diario español El País. Así dotaba a la Naturaleza de entidad, voluntad y conciencia. No sería un complejo ecosistema, del que aún queda casi todo por comprender, sino un ser sometido a las emociones humanas: si le golpeas devuelve el golpe.

Esta forma de retratar a la naturaleza no es casual; tampoco significa que Guterres tenga una mentalidad infantil. Es una interpretación adulta e intencionada. La ONU quiere promover la idea de la "emergencia climática". Y Guterres es un político curtido, sabe a quién se dirige, a quién habla. Cuando se trata de cautivar a la masa, de engatusarla, una metáfora infantil es mucho más eficaz que la árida y compleja realidad que, además, puede resultar contradictoria. Si quieres convencer, debes explicar; pero si lo que quieres es vencer, debes simplificar.

Un nuevo dios al que temer

Usar el antropomorfismo para dotar a la naturaleza de rasgos y emociones humanas, pero otorgándole un poder de destrucción abrumador, combina elementos muy sugestivos: la venganza y el poder de los dioses. La divinidad de un dios mitológico al albur de emociones humanas, a usanza de los dioses griegos, no emanaría de una racionalidad superior, sino del estado de ánimo, de la ira y la violencia. Es, por tanto, un dios al que conviene temer. Se añade así un ingrediente clave para manipular a la opinión pública: el miedo. “La naturaleza está enfadada” (...) “La última ola de calor en Europa mató a muchas personas, sobre todo mayores”, advierte Guterres. “Hay que hacer comprender a la gente que hay una emergencia climática hoy, que el problema del cambio climático es de hoy, que la salud pública está amenazada hoy, que el mar está subiendo hoy, que las temperaturas ya están provocando problemas muy graves.”

Curiosamente, que el frío mate muchas más personas que el calor parece ser irrelevante, tampoco importa que el nivel del mar esté subiendo desde el final de la última glaciación o que los grandes fenómenos meteorológicos no sean más abundantes en el presente que en el pasado. Todo eso no interesa a Guterres. Simplemente quiere infundir temor.

Pero ¿cómo se apacigua a un dios así? Obviamente, mediante ofrendas y, si es preciso, sacrificios. Alemania marca el camino en lo primero. El gobierno de la canciller Angela Merkel acordó un paquete de políticas climáticas por importe de 53.000 millones de euros, para cumplir con su objetivo de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero en 2030. Pero en el Bundestag inmediatamente dijeron que 53.000 millones es muy poco, una minucia, que había que ampliar esa partida, duplicarla o triplicarla. Los sumos sacerdotes son muy diligentes cuando se trata de saber que los dioses están enojados, pero se muestran sospechosamente remolones a la hora de averiguar cuándo dejan de estarlo porque sus privilegios dependen de que la ira divina se mantenga en el tiempo y, con ella, el incesante flujo de las ofrendas. ¿De qué otra forma, si no, podrían hacer crecer a su parroquia?

La "comunidad científica"

La emergencia climática se fundamenta en una evidencia: que la temperatura del planeta

aumenta. En este punto lo que solemos llamar comunidad científica parece estar de acuerdo. Pero, a partir de ahí, todo se complica. Las investigaciones se multiplican y las teorías apuntan en infinidad de direcciones. Esto significa que no existe un consenso científico que vaya más allá de que la temperatura del planeta aumenta. Se cree que en este proceso está influyendo el ser humano, pero resulta extremadamente complicado averiguar en qué medida. Ni siquiera existe acuerdo sobre si ese aumento de la temperatura es beneficioso o perjudicial, porque los científicos no han definido una temperatura ideal para el planeta y, por supuesto, no abordan este debate en términos de bueno o malo; mucho menos de buenos contra malos.

Pretender trasladar a la opinión pública la existencia de un consenso científico respecto a la idea de que la actividad humana estaría adelantando el fin del mundo es faltar a la verdad. En este extremo, la comunidad científica proporciona abundantes estudios e hipótesis que en no pocas ocasiones resultan contradictorios. Además, sucede que en la comunidad científica se reproducen los mismos fenómenos que en el resto de la sociedad. Esto significa que la lógica de la acción colectiva también aplica en la comunidad científica. Así, mientras la mayoría de los científicos se dedica a trabajar e investigar, una minoría organizada, con fuertes incentivos y potentes altavoces, se arroga la representación del total.

Los científicos no son religiosos, no han hecho voto de pobreza y castidad. Son personas corrientes y como tales son sensibles a los incentivos, en ocasiones, incluso más que el ciudadano de a pie porque su relevancia depende en buena medida de la notoriedad que les otorguen sus pares. Y esta notoriedad parece depender de una minoría bien organizada. No es por tanto nada extraordinario que muchos de los mensajes que llegan al público estén sesgados. Y que otros tengan serias dificultades para ser divulgados. Qué tiempos aquellos en los que se pensaba que la ciencia era la única actividad humana en la que las teorías se sometían a la falsación. Hoy, sin embargo, parece que también se ha ideologizado.

Sea como fuere, para apaciguar a este dios iracundo, los sumos sacerdotes exigen más, mucho más. Y lo tendrán. Rodearán a los gobiernos y agitarán a la masa para que se incluya a la Naturaleza en el Estado de bienestar como sujeto de derecho, con su correspondiente dotación presupuestaria, siempre creciente.

Los asociados

Los sumos sacerdotes saben promover el espíritu de colaboración cuando lo necesitan. No son egoístas, son conscientes de que para vencer necesitan aliados. Este espíritu de asociación se sustancia en iniciativas como Covering Climate Now, una plataforma para medios de información, revistas, boletines académicos y periodistas que hace alarde de una audiencia conjunta de 1.000 millones de personas.

Covering Climate Now echó a nadar en agosto de 2019 y a los pocos meses ya contaba con 300 entidades afiliadas. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo consiguiera un respaldo tan numeroso? Tal vez la generosa donación con la que la fundación Schumann Center for Media and Democracy engrasó la iniciativa tuvo algo que ver. Al fin y al cabo, si hay un gremio necesitado de dinero y notoriedad, de recuperar el sentido de utilidad perdido, ese es el periodismo. Uno de los fundadores de esta iniciativa es el diario The Guardian, al que según el periodista John Müller se le atribuye la creación de la expresión "emergencia climática". Pero Covering Climate Now no busca averiguar la realidad, sino promocionar la verdad preestablecida. Una característica que encaja con las preferencias de la fundación Schumann Center, cuyas donaciones suelen recaer en iniciativas progresistas o de izquierda radical, porque suelen estar más dispuestas a imponer "la verdad" que a debatirla. Prueba de ello es Environmental Working Group (EWG) (Grupo de

Trabajo Ambiental), otra iniciativa patrocinada por la fundación Schumann. Si ha leído un periódico durante los últimos veinte años, lo más probable es que haya encontrado alguna noticia destinada a dejarle sin aliento, a advertirle sobre algún producto que secretamente le está envenenando. Quizá habrá escuchado a algún locutor televisivo decir que el protector solar está causando cáncer o explicando a la audiencia por qué el biberón de su bebé es tóxico. También, posiblemente, se ha topado con la afirmación basada en otro siniestro informe de que las verduras no orgánicas están saturadas de toxinas. Pues bien, muchas de estas advertencias provienen de la misma fuente: Environmental Working Group, un caldero donde se cuecen muchas de las peores campañas de desprestigio de la pseudociencia.

Otra entidad también patrocinada por Schuman Center es Center for Media and Democracy (CMD). CMD se dedica a promover la transparencia de las relaciones institucionales de las grandes corporaciones y se define como organización progresista dedicada a la defensa del “periodismo democrático”. Sin embargo, en los círculos profesionales del periodismo muchos la consideran una organización de extrema izquierda, dedicada a socavar la imagen de las empresas y del capitalismo. Su principio inspirador, “democratizar el periodismo”, parece más bien pretender imponer en los medios de información la práctica de un determinado activismo.

El olor de una despiadada religión

Como apuntaba en un capítulo precedente, las viejas ideologías no desaparecieron, sino que habrían mutado en pseudo ideologías con reglas propias de las religiones. La “emergencia climática” podría ser una de esas mutaciones que se sitúan a medio camino entre la ideología y la religión, combinando un presunto empirismo con una idea irrenunciable del bien. Ya en 1982, Hans Magnus Enzensberger, en su ensayo *Otoño Sueco*, se sorprendía de la aparente falta de egoísmo en la política, de la generosidad de todo el mundo, de la inquietante y silenciosa paz de la sociedad progresista perfecta

“¿Tal concordia, tanta solidaridad y olvido de sí mismos en el seno mismo del capitalismo? Caminaba a lo largo de las enormes ciudadelas de ladrillo, de granito y de piedra de Ostermalm con sus torres color cardenillo, esos monumentos vueltos piedra de la burguesía sueca, y — ¿debo decirlo? — una duda me heló. Me pregunté cuál era el precio de esta paz, el costo político de esta reeducación y me puse a olfatear por todas partes lo rechazado y su retorno, el olor de moho de una omnipresente, dulce y despiadada pedagogía.”

Desde entonces hasta hoy, el progresismo ha dado una vuelta de tuerca adicional a la historia. Hoy el olor a moho que rezuma nuestra civilización es el de una omnipresente, dulce y despiadada nueva religión.

9. La caza de brujas del siglo XXI

Lo que le voy a contar no es amarillismo periodístico sino un suceso real. Originariamente se publicó en el blog Det Goda Samhället, pero el medio que lo dio a conocer al gran público fue el diario británico Daily Mail. Se trata de la historia de una niña acosada por su propia maestra por no querer participar en una de las "huelgas climáticas" promovidas por la activista Greta Thunberg.

Sucedió en Suecia. El colegio en el que estudiaba la niña había decidido adherirse al movimiento contra el cambio climático Fridays for Future. Y todos los estudiantes estaban ansiosos por participar en su primera huelga por el clima. Cuando la niña dijo que no deseaba sumarse a la huelga, la propia maestra se mostró disgustada, la reprendió en clase, delante de sus compañeros, y la instó a reflexionar. Fue entonces cuando, envalentonados por la actitud beligerante de la maestra, los demás estudiantes acusaron a la niña de ser una "negacionista del clima". A partir de ahí, la hostilidad de sus compañeros fue en aumento y acudir a clase se convirtió en un suplicio.

Antes de que el asunto fuera a más y la niña quedara marcada sin remedio, la madre decidió denunciar la actitud de la maestra y buscar el amparo de la dirección del colegio. Sin embargo, durante la entrevista con la directora la situación dio un giro copernicano. No fue la madre la que exigió explicaciones a la directora sino al contrario: la directora criticó severamente a la niña por haberse enfrentado al resto de la clase "al negarse a participar en algo tan positivo". Y acusó a la propia madre de mantener una actitud equivocada. Poco después, la madre, declararí a con toda razón que los centros educativos debían ser neutrales en estos asuntos, sobre todo cuando estaban politizados. Lamentablemente, esa neutralidad resultaba imposible gracias a la presión de los medios de comunicación y de los políticos. En su lugar, lo que se imponía en los colegios y en la sociedad en general era la caza de brujas.

La conversión de la lucha contra el cambio climático en una especie de fanatismo religioso, donde al hereje se le arroja a la hoguera sin miramientos, no es algo nuevo. Existe un claro antecedente: la lucha contra la "violencia de género". Ambas causas, la lucha contra la violencia de género y la lucha contra el cambio climático, han utilizado el mismo recurso para elevarse a la categoría de santa cruzada: el pánico moral. En la actualidad, la violencia de género se ha convertido en el principal pánico moral del siglo XXI. Ahora, al pánico moral de la violencia de género hay que sumar el pánico moral del cambio climático. En ambos casos, quienes ponen en cuestión la doctrina oficial son tachados de herejes y quemados en la vía pública.

La Gran causa

Dado que las arengas políticas actuales dejan mucho que desear, me dediqué a buscar referencias del pasado, con la esperanza de encontrar discursos que, aunque viejos, por su mayor profundidad y calidad arrojaran alguna luz sobre cuestiones actuales. Así me topé con un discurso que trataba determinados asuntos que podrían estar en el origen de las situaciones desconcertantes del presente. El discurso en cuestión fue pronunciado en 1969 por Margaret Thatcher en el Conservative Political Centre. Su título: *What's wrong with politics?* En él Thatcher señalaba ya la creciente pérdida de confianza del público en la política. Sin embargo, lo más interesante no es su anticipación respecto del problema de la confianza, sino su reflexión sobre en qué podría

derivar la democracia si los políticos, para ganarse el favor de los votantes, terminaban instrumentalizándola.

Thatcher advertía de que, en general, no se era consciente de cuán nuevo era el sistema democrático y, por consiguiente, de la escasa experiencia que el efecto del sufragio universal tendría en la política. En su opinión, aún se estaba en las primeras etapas del entendimiento de los problemas y oportunidades que representaba el hecho de que todas las personas tuvieran un voto. De entrada, el sufragio universal había conducido a una estructura política de partidos que dejaba poco espacio para los miembros independientes. Ahora, las controversias que tenían lugar fuera de los partidos debían tener lugar dentro. Por lo tanto, era necesario que, respetando determinados principios generales, el partido dejara espacio para una variedad de opiniones sobre ciertos temas. La necesidad de aglutinar inquietudes diversas tuvo como consecuencia la confección de prolijos programas electorales que, a su vez, animaron a los electores a preguntar al político con demasiada frecuencia "¿qué vas a hacer por mí?", lo que, con el tiempo, reduciría la democracia a una mera competición de promesas a cambio de votos. Esta desnaturalización de la democracia alteró la relación entre elector y elegido, convirtiéndola en una relación extremadamente voluble. Hasta entonces, los principios eran un fuerte vínculo entre el partido y sus simpatizantes, pero la degeneración de la democracia en una transacción de favores reemplazó ese vínculo por otro mucho menos resistente: las listas de promesas. Si el elector sospechaba que el político hacía promesas simplemente para obtener su voto, lo despreciaría, pero si las promesas no se cumplían, podría rechazarlo.

Así pues, para alcanzar el poder y conservarlo, hacía falta algo más que una lista variada de promesas: la clave era proporcionar a los electores una gran causa. Margaret Thatcher lo entendió perfectamente cuando dijo: "Creo que los partidos y las elecciones son algo más que listas rivales de promesas variadas; de hecho, si no lo fueran, la democracia apenas valdría la pena preservarla". Y en lugar de prometer "regalos", proyectó su candidatura sobre una gran causa: romper la alianza entre la oligarquía económica y la izquierda que controlaba el Estado y la economía británica, y devolver la iniciativa a los individuos. De esta forma no sólo ganó las elecciones, sino que su partido se convirtió en la fuerza política hegemónica durante más de una década.

La estrategia que llevó al poder a Margaret Thatcher tenía, sin embargo, un punto débil. Su gran causa era esencialmente racional, es decir, estaba estrechamente relacionada con la realidad. El Reino Unido no podía continuar como estaba, pero los grupos de poder y de presión se oponían a las reformas. En 1975 la situación alcanzó tal gravedad que el país tuvo que solicitar el rescate del Fondo Monetario Internacional (FMI). Y sobre esa realidad Thatcher proyectó la gran causa con la que ganó las elecciones. Una vez en el poder, puso en marcha las reformas que, con el paso del tiempo, darían sus frutos. Cuando esto sucedió, y el país superó la crisis, la misma relación con la realidad que había animado a los electores a apoyar la gran causa de Thatcher, sirvió también para evidenciar sus errores, cuestionar su continuidad en el poder y, finalmente, poner fin a su mandato.

La Santa Cruzada

De la gran causa de Thatcher hoy solo recordamos sus reformas económicas, no todas acertadas, pero que, en conjunto, salvaron a Reino Unido de la quiebra. Sin embargo, de los principios fundamentales que las animaron, es decir, de su "cultura política" muy pocos se acuerdan. De esta experiencia algunos políticos tomaron buena nota. Y a lo que parece, no fueron precisamente los conservadores, sino los situados más a la izquierda. De hecho, estos son los

únicos que, desde entonces, han sabido promover entre los electores grandes causas, mientras que los conservadores se han limitado a argumentar que son buenos gestores.

Pero lo relevante no es quién ha monopolizado la estrategia de la gran causa, sino que se ha perfeccionado. En la búsqueda de una hegemonía permanente, se ha eliminado su punto débil (ciertamente, su virtud): la dependencia de la realidad y, en consecuencia, su exposición a la crítica racional y al disenso. Así hemos llegado hasta el presente, donde, mediante la agitación del pánico moral, las grandes causas, como el Ecologismo, el Feminismo, el Igualitarismo o el Indentitarismo, han alcanzado la categoría de santas cruzadas inasequibles a la crítica. En su defensa, la masa, enardecida y convertida por los políticos y los medios de información en creyente, no se anda con reparos. No importa si el presunto blasfemo es una niña o su madre; tampoco importan los derechos fundamentales. Cuando se trata de combatir al mal, lo importante es situarse en el lado correcto. Todo lo demás son minucias.

10. El fin de la infancia

Imagine una urbanización típica del extrarradio, de planeamiento horizontal, con sus chalets, chalets adosados y edificios de viviendas que no superan las tres alturas distribuidos en un entramado de calles que se conectan a amplias avenidas, y que es circunvalado por un carril bici, cuyo firme pintado de verde vulcanizado le confiere un aspecto moderno y ecológico.

Esta urbanización es la continuación del modelo que proliferó en los Estados Unidos a partir de la década de los 60, y más tarde en Europa, en pleno boom económico y de natalidad. Muchos Baby boomers nacieron y se criaron en lugares así, cuando la familia típica de clase media estaba constituida por un matrimonio de hombre y mujer con al menos dos hijos, dos automóviles y, si el espacio lo permitía, una mascota.

Una característica distintiva de esta urbanización del presente es disponer de espacios públicos destinados a los perros. Tiene lugares específicos para que defequen, convenientemente señalizados, y también parques caninos, donde sus dueños pueden soltar a sus mascotas para que troten alegremente. Estos parques para perros se han convertido en los nuevos entornos de socialización. A su lado, los tradicionales parques infantiles, cuya superficie es sensiblemente inferior, transmiten una sensación de decadencia. El decreciente número de niños que acude con sus padres a los parques infantiles contrasta con el creciente número de propietarios que acude a los parques caninos con sus perros.

En una ocasión me detuve a contar el número de perros que correteaban en uno de estos parques caninos. Conté 38 antes de parar por lo complicado que resultaba seguirlos con la mirada mientras trotaban de un lado a otro, cruzándose entre sí. Fue bastante más sencillo contar a los propietarios. Eran aproximadamente el doble que los perros, 72, porque en su mayoría se trataba de parejas para las que el perro parecía ser el sustituto del hijo que, por el momento, habían decidido no tener. Otro indicio de que la afición a los perros parece ser un sucedáneo de la paternidad es el ruido ambiente de esta urbanización, donde, por encima del rumor del tráfico, no sobresalen los gritos infantiles sino los ladridos de los canes, con respuestas igualmente perrunas que se propagan hasta los confines de la urbanización.

Es evidente que esta introducción al problema demográfico no podría trasladarse a un estudio de ciencias sociales, porque no es, digamos, demasiado empírica. No contiene cifras ni datos. Solo impresiones personales. Sin embargo, es real. Si pudiera calcularse, seguramente se constataría que hoy muchas parejas en edad de procrear no tienen hijos, pero sí un perro o incluso dos. Y aunque un perro no es equiparable a un hijo, tenerlo al corriente de las obligaciones normativas y sanitarias, bien alimentado, cuidado y atendido, requiere de un esfuerzo económico y personal que tampoco es despreciable.

Sea la sobrepoblación de canes una consecuencia relacionada con la escasa natalidad o no, lo cierto es que la tasa de fertilidad en España se encuentra en 1,3 hijos por mujer, muy lejos de la tasa de reposición. En 2018 nacieron 369.302 españoles, 23.879 menos que en 2017, 56.413 menos que en 2012 y 150.447 menos que en 2009, año en que el número de nacimientos era un 40 por ciento mayor que el actual. A este respecto, un diario nacional publicaba un artículo en el que opinaban diferentes expertos sobre el problema de la natalidad, más concretamente, expertas, porque curiosamente en una sociedad a la que se califica de patriarcal, el problema de la natalidad parece ser un asunto cuya competencia es exclusivamente femenina. Sea como fuere, sus conclusiones fueron que el desplome de la natalidad se debía a la dificultad de la conciliación

familiar. Una circunstancia que penalizaría especialmente a la mujer. Y también la precariedad laboral de las generaciones actuales. Ambas circunstancias justificarían el retraso o renuncia a la procreación, especialmente por parte de las mujeres que, además, serían estigmatizadas socialmente por esta decisión. Así pues, la solución consistiría en facilitar la conciliación familiar de las mujeres y proporcionar ayudas a las familias, además de transformar la cultura social para que la mujer sea liberada del rol de la procreación, puesto que este papel sería un estereotipo social, como si la capacidad biológica de la gestación, que es exclusiva de las mujeres, dependiera de la política.

Los problemas sociales, hasta los aparentemente más simples, son por definición bastante complejos. Y las soluciones que parecen obvias, en realidad nunca lo son: sólo lo parecen. Pero a los políticos e ingenieros sociales les conviene que el público crea que para todos los problemas sociales existe siempre una solución política, les va en ello el sueldo. De esta forma, la complejidad de las relaciones humanas suele reducirse a ecuaciones que, como sucede en las llamadas ciencias exactas, se resuelven despejando sus incógnitas.

Un problema complejo y profundo

Desgraciadamente, no es así. Los “problemas sociales” no responden a soluciones supuestamente científicas o matemáticas. De hecho, esas pretendidas soluciones lo que suelen provocar son efectos indeseados que o bien agravan los problemas que pretenden resolver, o bien crean nuevos problemas. Sin embargo, para cuando es posible comprobar la ineficacia de estas medidas, ha transcurrido demasiado tiempo. Y el ciudadano de a pie no asocia las ocurrencias del pasado con los desastres del presente. De esta forma, los políticos e ingenieros sociales, en vez de reconocer su fracaso, pueden argumentar que las medidas no han surtido efecto porque todavía no se han aplicado con la necesaria intensidad y no han dispuesto de recursos suficientes.

Para evitar caer en esta trampa, a veces es posible observar los efectos de estas supuestas panaceas en sociedades que nos llevan cierta delantera. Este es el caso que nos ocupa, en el que podemos anticipar los resultados mirándonos en el espejo de los países nórdicos, que en materia de conciliación familiar e independencia de la mujer son pioneros. Pues bien, después de décadas de implementar medidas para resolver el problema, ninguno de estos países alcanza la tasa de reposición. El que más se acerca, Suecia, tiene una tasa de fertilidad de 1,85 hijos por mujer, que es sensiblemente superior al 1,80 de Islandia, 1,72 de Noruega o 1,71 de Dinamarca. Es más, en todos estos países la tasa de fertilidad, salvo repuntes ocasionales, no ha hecho otra cosa que descender constantemente. En 1964, en Suecia esta tasa era 2,47; en Islandia, 3,88; en Noruega, 2,98; y en Dinamarca, 2,60. Lo que significa que las medidas de conciliación familiar no han revertido la tendencia. A lo sumo, y en el mejor de los supuestos, habrían ralentizado el desplome de la natalidad. Incluso, esta ralentización podría no estar relacionada exclusivamente con las ayudas estatales, sino en parte con una inmigración cuya tasa de fertilidad es significativamente superior a la de los naturales de estos países. En el caso de España, es probable que estas medidas supusieran cierto margen de mejora, puesto que la tasa de fertilidad española es una de las más bajas del mundo. Pero, más allá de ese margen, el problema persistiría, igual que en Suecia, Noruega, Dinamarca o Islandia. En realidad, el problema demográfico es más profundo y complejo. Los estudios más solventes apuntan hacia una drástica transformación cultural como causa de fondo, no a meros problemas económicos o de conciliación familiar. Un hito de esta transformación cultural nos lo proporciona Lyman Stone, economista y experto en demografía.

El punto de inflexión

En 1877, dos defensores de los anticonceptivos llamados Charles Bradlaugh y Annie Besant publicaron el libro *Fruits of Philosophy: A Treatise on the Population Question*, escrito por Charles Knowlton, uno de los primeros defensores estadounidenses del control de la natalidad. Al hacerlo violaron las leyes de censura de Gran Bretaña, que prohibían taxativamente difundir información sobre la anticoncepción, lo que dio lugar a uno de los juicios más polémicos de la Gran Bretaña de finales del siglo XIX. Lo interesante del caso es que un año después de la publicación del libro, y la consiguiente polémica judicial, la tasa de fertilidad de Gran Bretaña empezó a desplomarse. Y lo hizo aun a pesar de que las medidas anticonceptivas propuestas en el libro eran en sí mismas ineficaces. Lo que en realidad sucedió es que, al dar una gran difusión a la controversia, los medios de información de la época convirtieron lo que hasta entonces era un tabú, la anticoncepción, en una conversación normal. De repente, las personas podían hablar sin tapujos sobre el control de la natalidad y la limitación de la fertilidad. Y una cosa llevó a la otra. La procreación, que hasta entonces se había considerado intrínsecamente positiva y necesaria, empezó a ser abordada desde otras perspectivas mucho menos favorables. Para un número creciente de activistas, que las mujeres no tuvieran el derecho moral de ejercer el control sobre su fertilidad, porque simplemente se consideraba una función natural, ordenada por el dios de la naturaleza, o por el dios de la religión, era un abuso que debía ser corregido. Al fin y al cabo, la mujer algo tendría que decir al respecto de quedarse embarazada. Esta controversia marcó un punto de inflexión, sin embargo, fue una más de las muchas que se sucedieron a lo largo de los siglos XIX y XX sobre el control de la natalidad. En todos los casos tuvieron una dinámica similar: los activistas presionaban por un cambio en las normas sociales relacionadas con la fertilidad y el público respondía escandalizado. Pero entre la acción y la reacción, la llamada “ventana de Overton” empezó a cambiar de posición. Poco a poco, la percepción social de la procreación cambió de perspectiva, empezó a no ser percibida como una función beneficiosa y necesaria, sino como una imposición, casi una forma de esclavitud, pues limitaba las aspiraciones vitales, no ya de las mujeres, sino de las personas en general.

El derecho a la felicidad individual ganó preponderancia. Y lo hizo a costa de la función de la procreación, que inevitablemente implicaba compromiso, sacrificios y renunciaciones. Con el tiempo, la perspectiva que se impuso fue que los seres humanos debían aspirar a mucho más que a procrear como conejos. Y la sociedad cambió su criterio respecto de la función de la procreación.

No es una cuestión moral

No se trata de hacer juicios morales, ni de dilucidar hasta dónde es correcto anteponer la felicidad individual a una función social tan necesaria como la procreación. Se trata de reflexionar sobre si no nos habremos pasado de frenada, es decir, si en Occidente no estaremos asociando la procreación a factores exclusivamente negativos que la hacen poco o nada atractiva, o incluso incompatible con los valores dominantes del presente. De hecho, hoy existen científicos que vinculan la procreación a un presunto evento final que arrasará el planeta. El feminismo de tercera ola, por su parte, considera la maternidad como una forma de sometimiento, de esclavitud de la mujer. Y los posmarxistas la consideran una imposición del capitalismo depredador, que necesita un número siempre creciente de consumidores a los que sacrificar en el altar de la demanda. Quizá lo que se hace necesario es un cambio de perspectiva que proporcione un cierto equilibrio para que la sociedad actual no considere la procreación como una obligación pero sí algo positivo, una decisión vital que merezca el respeto y el reconocimiento para quienes asumen tal compromiso. De esta forma, ser padre o madre se convertiría en una aspiración cuya recompensa, más que material, sería emocional y moral, algo que otorgaría un cierto estatus. Para

empezar, no estaría de más preguntarnos si no es un poco inhumano preferir acariciar la cabeza de un rottweiler que mostrarse cariñoso con un niño.

11. La vergüenza de ser occidental

En marzo de 2019, Andrés Manuel López Obrador, presidente de México, exigía al Rey de España que pidiera perdón al pueblo mejicano, en nombre de la Corona, por el descubrimiento de América, como si esa epopeya hubiera sido en realidad una catástrofe intencionada. Poco después, Carmen Calvo Poyato, vicepresidenta y ministra de la Presidencia del Gobierno de España, pedía a un historiador que certificara que la hazaña de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano, la primera circunnavegación de la Tierra de la historia, no fue española. Estos dos casos son los signos más recientes de una corriente antihistoricista empeñada en reinterpretar el pasado desde la perspectiva de los valores éticos y morales que rigen el presente, corriente que tiene una especial fijación con la epopeya del descubrimiento.

La erradicación progresiva de cualquier afirmación positiva sobre el descubrimiento de América se inicia concretamente en 1977, durante la Conferencia Internacional de las Naciones Unidas sobre la Discriminación contra las Poblaciones Indígenas en las Américas. Después de esa conferencia, Berkeley (California), será la primera ciudad de los Estados Unidos en cambiar formalmente el Día de Colón por el Día de los Pueblos Indígenas; su consejo municipal votó el cambio en 1991 y se celebró por primera vez el año siguiente en lugar del Quinto Centenario, que era la celebración del 500 aniversario de la llegada de Colón a las Américas. "No queríamos ser el centro de una celebración nacional del imperialismo, el colonialismo y el genocidio", declaró uno de los activistas que hicieron posible la sustitución de una celebración por otra. Dos años después, Santa Cruz (California), se unió a Berkeley para reemplazar el Día de Colón por el Día de los Pueblos Indígenas. Más tarde, en 2014, se sumaron Seattle y Minneapolis. En 2016 le tocó el turno a Denver, seguida por Los Ángeles, Cincinnati, Atlanta y San Francisco, entre otras. Incluso la ciudad de Columbus (Ohio), se sumó a esta iniciativa en 2018.

En la actualidad, más ciudades van añadiéndose a la lista (suman 50 en el momento que escribo este libro). Sin embargo, no parece ser suficiente. Lo que se propone ahora es remover de los espacios urbanos los símbolos que hagan referencia al descubrimiento de América, como estatuas y obeliscos. Generalmente estas propuestas se someten a la votación de los concejales del municipio correspondiente, pero cuando resultan rechazadas, los activistas recurren al vandalismo para imponer su voluntad. Numerosos monumentos han tenido que ser protegidos o trasladados, mientras que otros muchos han sufrido las iras, en forma de martillazos o pintadas, de los "negacionistas". Esta negación del pasado no se limita al descubrimiento de América. Los propios padres fundadores de la democracia norteamericana están siendo víctimas del ajuste de cuentas con la Historia. En numerosas universidades se promueven iniciativas para eliminar referencias, símbolos o estatuas relacionadas con Thomas Jefferson, James Madison y George Washington, una moda que se propaga sin freno. Diríase que lo que se pretende es que Occidente, lejos de enorgullecerse, se avergüence de su historia e, incluso, pida disculpas por ella, tal y como exigía López Obrador al actual rey de España. Sin embargo, lo interesante es que esta negación del pasado sirve para cuestionar el presente y realizar apocalípticas proyecciones del futuro. Así, la persistencia de una intensa violencia estructural contra la mujer tendría su fundamento en el truculento devenir de Occidente. Lo que exigiría no solo ajustar cuentas con el pasado, sino promover un feminismo de tercera ola para reeducar al ciudadano occidental, o un ecologismo casi religioso, para erradicar el capitalismo, también occidental, al que se hace responsable del cambio climático y de un hipotético fin del mundo. Del mismo modo, el indigenismo vendría a

imponer la idea de que la civilización occidental habría destruido otras culturas que en realidad serían más válidas y positivas.

Visto con perspectiva, el problema no es que Occidente se muestre crítico consigo mismo. La crítica, el propio cuestionamiento forma parte de la tradición occidental. Es lo que ha permitido a Occidente eliminar gradualmente lo que era ineficiente, o injusto, para poder progresar. Sin embargo, durante el siglo XX se produjo un cambio profundo. El trauma de la Primera Guerra Mundial supuso el arranque de transformaciones dramáticas de la sociedad, de la política y de las creencias. Un proceso que culminará en los años 60 y 70, cuando las nuevas élites occidentales abjuraron definitivamente de sus orígenes. Fue entonces cuando el delicado proceso por el que los nuevos descubrimientos se iban incorporando paulatinamente, por el que cada generación tomaba el legado de la anterior, sus enseñanzas, y lo adaptaba a los nuevos tiempos, se quebró. Las cualidades de Occidente, como la aceptación crítica del pasado y la permanente evolución cultural, que servían para tomar lo existente como punto de partida e ir incorporando elementos nuevos, dieron paso a la idea de que la sociedad debía ser construida partiendo de cero. Un adanismo que, como indico en el prólogo de este libro, marcará a fuego el mundo de hoy. De pronto, ya no se trataba de matizar y perfeccionar el conocimiento de los hechos, como hacían los historiadores más rigurosos, sino de reescribir la historia por completo, de establecer la creencia de que nada sucedió como nos lo habían contado. En definitiva, que, desde que se inventó la rueda, Occidente se echó a rodar por el camino equivocado. Todo nuestro pasado habría sido un error, un inmenso error.

Esta percepción del pasado como un completo error es lo que permite a determinadas corrientes proyectar visiones apocalípticas del presente, como el machismo imperante impuesto por el heteropatriarcado mediante su temible violencia estructural, o del futuro, como el cambio climático antropocéntrico, con el que se vaticina el fin del mundo. Para redimirnos y evitar el inminente Apocalipsis, los occidentales debemos romper radicalmente con nuestra historia, pedir perdón por el pasado y entregarnos a quienes prometen liberarnos y purificarnos.

La desconexión democrática

Según sostienen los sociólogos Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk, hoy, como todo acontecimiento incorporado al relato ordenado de la historia, la caída del régimen soviético puede parecernos un hecho predecible, algo que se produjo tras una secuencia lógica de sucesos. Sin embargo, cuando se produjo el hundimiento, cogió por sorpresa a quienes durante mucho tiempo esperaron y desearon que la Unión Soviética se derrumbara.

Tras décadas de aguardar el colapso y no producirse, el mundo occidental había asumido la durabilidad del régimen comunista como un hecho inevitable. Por lo tanto, cuando la Unión Soviética colapsó en 1989, los científicos sociales, los responsables políticos y los periodistas habían descartado esta posibilidad. Hasta los académicos más capacitados y rigurosos habían asumido el pasado reciente como guía confiable que nos asegura que los eventos extremos no van a producirse. Descontaron que la Unión Soviética se mantendría estable. Pero esta suposición se demostró falsa de forma repentina.

Hoy tenemos una confianza aún mayor en la durabilidad de las democracias consolidadas. ¿Pero existen suficientes fundamentos para asegurar esta confianza? A simple vista parece haber motivos de preocupación. Es cierto que si tomamos el número de personas que afirman respaldar la democracia por su valor nominal, ningún otro tipo de régimen ha tenido un atractivo tan universal como la democracia. Sin embargo, la realidad parece mucho menos halagüeña. Esta es la opinión de Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk.

En las últimas tres décadas, la confianza en las instituciones políticas, como los parlamentos o los tribunales, ha disminuido de manera abrupta en las democracias de los Estados Unidos y Europa. También lo ha hecho la participación de los votantes. A medida que la identificación con las formaciones políticas se ha debilitado y la militancia ha disminuido, los ciudadanos parecen menos dispuestos a identificarse con los partidos convencionales. En cambio, votan cada vez más a los candidatos populistas o apoyan a los partidos "antisistema" que afirman oponerse al statu quo. Hasta en las regiones más ricas y estables del mundo parece que la democracia se encuentra muy deteriorada. Los ciudadanos están cada vez menos contentos con sus instituciones, más dispuestos a deshacerse de reglas que tradicionalmente se han considerado como pilares de la democracia, y se sienten cada vez más atraídos por regímenes alternativos. Pero aquí es donde Foa y Munk caen en un error que es ya habitual: limitar el problema de la decadencia democrática al fenómeno populista.

Es cierto que cada vez más ciudadanos parecen estar descontentos con sus instituciones, pero su reacción no consistiría en cuestionar en sí misma a la democracia, sino en denunciar que quienes ocupan las instituciones han cambiado sus cometidos originales por otros. Así, la igualdad ante la ley, la igualdad de oportunidades y el interés general habrían dado paso a una ingeniería social que usaría la democracia como un medio para la legitimación de determinados fines que no serían los originariamente democráticos.

La hipótesis de Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk es de 2016, y contrasta con la de Christopher Lasch, que en 1994 (22 años antes), identificó elementos disfuncionales en el rumbo marcado por las nuevas clases dirigentes. Así, en *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, Lasch apuntaba que “si en un tiempo fue la Rebelión de las Masas la que amenazó el orden social y la cultura de Occidente, hoy día la principal amenaza proviene de aquellos situados en la parte más alta de la jerarquía social”.

Reparar el hilo conductor

Para Foa y Mounk, el grado de consolidación de una democracia depende de tres características clave: el grado de apoyo popular a la democracia como sistema de gobierno; el grado en que los partidos y movimientos de los antisistema son débiles o inexistentes; y el grado de aceptación de las normas democráticas. Pero, quizá, si se cambiara el enfoque, cabría preguntarse si los sucesivos gobernantes de las últimas décadas habrían sido de verdad fieles a los fundamentos democráticos; si los partidos convencionales no se habrían comportado en buena medida como organizaciones antisistema, dañando la confianza en las democracias con sus excesos legislativos; y, por último, si los principios democráticos no habrían sido conculcados directamente desde dentro del propio régimen democrático. No en vano, la mayoría de las formaciones políticas actuales, las que hoy se sienten más amenazadas por la emergencia del populismo, parecen haber asumido que la ruptura del viejo orden occidental era algo consustancial al progreso, y que “ponerse del lado de la historia” consiste precisamente en renegar del Viejo Occidente, sin caer en la cuenta de que era la continuidad de ese viejo orden, como nexo de unión entre el pasado y el presente, lo que consolidaba la democracia y la dotaba de sentido y trascendencia. Después de todo, nos guste o no, lo que somos en el presente tiene su origen en el pasado. Como argumentaban Friedrich Hayek o Hannah Arendt, quien nace lo hace en un “mundo viejo”, en un mundo preexistente. No importa tanto de qué forma, sea ésta mejor o peor, una sucesión de generaciones acabó alumbrando sus convenciones. Lo relevante es que, si estamos hoy aquí y vivimos objetivamente mucho mejor que en el pasado, con más libertad, prosperidad, seguridad y justicia, es gracias a ese devenir, porque el viejo mundo occidental

progresó adecuadamente. Por lo tanto, nuestra historia no sólo debe ser recordada sino celebrada, porque, con sus luces y sus sombras, es una historia de éxito.

12. Una crisis de identidad

Una mujer habla en la televisión, dice estar soltera y no tener hijos. Se queja amargamente, pero no por su soltería ni por no haber podido alumbrar todavía una nueva vida. Su desesperación va por otros derroteros, exactamente en sentido contrario. Dice sentirse presionada por la sociedad para ser madre. Y que, al no serlo, lleva sobre sus hombros la pesada carga del reproche social. Al escucharla, otra mujer que está en el plató se muestra afectada por su testimonio. Decide tomar partido y afirma con gesto circunspecto que ella es madre de dos hijos. Y añade: “La verdad es que ahora me planteo si los tuve por decisión propia o porque fui presionada para tenerlos”. Otra participante en el programa se muestra sorprendida y en desacuerdo con los dos testimonios anteriores: “Yo también soy madre”, dice, “y lo soy porque quise, libremente. No siento nada de lo que decís.”

¿Es cierto que, en la actualidad, la sociedad actúa sobre nosotros imponiéndonos un cometido y coartando nuestras elecciones? Quizá en el pasado fue así, pero ¿en nuestro tiempo? Que alguien se sienta compelido a ser padre o madre es algo estrictamente íntimo, no algo impuesto. Lo mismo que casarse ya no es imprescindible, tampoco lo es ser padre o madre. De hecho, cada vez más sujetos optan por vivir solos, sin asumir compromisos. Y muchos que los asumieron terminan poniendo fin a sus matrimonios con normalidad; en numerosos casos, con la esperanza de realizarse de una manera diferente, buscando no ya rehacer su vida sino construir una vida distinta, radicalmente distinta. Que existan determinadas prevalencias, más mujeres que quieran ser madres que mujeres que no quieran serlo, por ejemplo, no implica la existencia de una presión social. De hecho, en sociedades con una larga tradición en políticas públicas que inciden en la supresión de los roles tradicionales, facilitando a los sujetos la completa independencia personal, estos roles no sólo prevalecen, sino que incluso parecen fortalecerse. Esto no significa que nada haya cambiado. Hoy existen formas distintas de familia que compiten con la familia tradicional, incluso la opción de no formar una familia se ha normalizado. Sin embargo, los ingenieros sociales consideran una anomalía que una gran proporción de personas no elijan estas nuevas alternativas, como si los roles tradicionales fueran perjudiciales, y celebran cualquier avance estadístico en el rechazo de las formas tradicionales de relación.

Identitarismo

Tal vez la mujer que al principio de esta pieza decía sentirse presionada para asumir el rol de madre estaba expresando una falta de identidad. Quiere ser ella misma pero no sabe cómo porque no sabe quién es dentro de ese contexto más amplio que llamamos sociedad. Y para reafirmarse se opone al estereotipo de madre. Así, aunque siga sin saber quién es, puede al menos descartar quién no es.

Esta falta de identidad no es algo que le suceda sólo a la mujer con la que ilustro este capítulo, diríase que muchos sujetos parecen afrontar una crisis existencial que se manifiesta mediante la búsqueda desesperada de identidades alternativas a las que equivocadamente consideran identidades impuestas. Tal actitud puede manifestarse en el rechazo a la maternidad, a la identidad sexual o, incluso, a la identidad de especie (preferir ser un animal en vez de una persona), o también en el rechazo a la identidad relacionada con la edad, porque el sujeto no se siente conforme con la fecha de nacimiento que figura en su carné de identidad. Estas serían las

expresiones más llamativas, pero también podemos añadir, por ejemplo, la emergencia de los particularismos locales, que consisten en convertir una mera demarcación administrativa en una identidad colectiva, esto es, los nacionalismos, que automáticamente conferiría al sujeto unas cualidades deseables y superiores a las del resto.

Sean cuales sean, todos estos ejemplos sirven para apuntar un fenómeno que se manifiesta con intensidad en las sociedades occidentales: el Identitarismo. Cuando el sujeto no es capaz por sí mismo de desarrollar una identidad propia, particular y exclusiva o, en su defecto, no se siente conforme con la que los demás le reconocen, el identitarismo le proporciona una variedad de alternativas, de identidades colectivas, prefabricadas y simplificadas, entre las que puede escoger. De esta forma, una simple característica común como el sexo, la homosexualidad, residir en una demarcación administrativa, ser vegano, etc., puede servir para crear identidades colectivas que suplanten la identidad individual, mucho más compleja, que el sujeto debería construir gradualmente, por sí mismo, a lo largo de su vida, mediante sus acciones y sus relaciones. Pero ¿por qué los sujetos tienen cada vez más problemas para desarrollar una identidad propia? ¿Y por qué lo que debería ser un proceso natural parece estar convirtiéndose en un problema existencial?

La sociedad de masas

Una de las causas podría ser el surgimiento de las sociedades de masas. En este tipo de sociedades, a los sujetos les resulta más complicado entablar relaciones estables y cercanas. El número de personas con las que se convive a diario o se tiene algún tipo de contacto es tan elevado que el cerebro humano no puede memorizar a todos los sujetos y crear un entorno de relación reconocible. Todas las personas, excepto las muy próximas, resultan extrañas y, a su vez, el propio sujeto es un extraño para los demás. Puesto que la identidad es en buena medida lo que los demás reflejan de nosotros mismos, esto supone un problema para el reconocimiento.

Pero las sociedades de masas no son un fenómeno nuevo, tienen ya cierta antigüedad. En cambio, el problema de la identidad es bastante nuevo, o al menos su manifestación como un problema existencial extendido sí lo es. Ocurre que los inconvenientes que suponía la sociedad de masas para establecer entornos de reconocimiento mutuo eran paliados hasta no hace mucho por la existencia de marcos de entendimiento común. Por masificada que estuviera una sociedad, sus miembros compartían convenciones, tenían unas costumbres y cultura comunes y, en definitiva, sentían que formaban parte de una comunidad con unas características fácilmente reconocibles. Pero el proceso de globalización y la creciente burocratización de la política, con su ingeniería social, han ido poco a poco diluyendo ese marco común y sustituyéndolo por nuevas reglas que a muchas personas les resultan extrañas. Reglas que, además, cambian constantemente de forma vertiginosa. Así, la globalización, y la consiguiente necesidad de apertura y agregación, por ejemplo, ha terminado por poner en cuestión una de las instituciones más reconocibles para el ciudadano occidental: el Estado nación. En este sentido, la contradicción más evidente relacionada directamente con la pérdida de la identidad es la que afecta al mismo tiempo a procesos de unificación y agregación, como es el caso de la unidad europea, y de fractura particularista, como la reivindicación de las identidades locales, que reusan pertenecer a contextos más amplios. En consecuencia, a la uniformización general, promocionada a través de unos medios de comunicación que difunden a escala global los mismos modelos, se contraponen particularismos cada vez más beligerantes.

En cuanto al fenómeno de la burocratización, éste ha convertido los asuntos públicos en materia reservada sobre la que sólo una élite convenientemente acreditada parece ser competente. La política ha dejado de ser un asunto público para pasar a ser una actividad exclusiva de un

determinado tipo de expertos, donde la ideología se transmuta en gestión y las reglas cambian de forma caprichosa. De un día para otro, un hábito, una costumbre o una práctica común puede ser identificada como perjudicial o negativa, y decretarse su erradicación desde el poder.

Quizá sea que ambos procesos, la globalización y la burocratización, están generando en los individuos incertidumbre, pero, sobre todo, desconexión y desarraigo. Una pérdida de ubicación, de falta de encaje que se traduce en la sensación de vértigo hacia el futuro. ¿Cómo desarrollar la propia identidad si no es posible comprender el entorno al que uno supuestamente pertenece?

13. La era del Burro Volador

La historia empieza así. El gobierno publica una ley para que los burros vuelen. Pasado un tiempo, se comprueba que los burros, pese a su obligación legal de volar, no lo hacen. Pero el Gobierno, lejos de rectificar, justifica el fracaso de la ley alegando que no se ha gastado lo suficiente para que los burros vuelen y se destinan más recursos para asegurar el éxito de la iniciativa.

La gente sensata protesta alegando que los burros son burros, no águilas. Entonces, el Gobierno pone en marcha una intensa propaganda para denunciar que hay sectores en nuestra sociedad que odian a los burros y quieren negarles su derecho a volar.

Con el paso del tiempo, una parte importante de la población olvida la cuestión clave: que los burros, en efecto, no son águilas. Y el debate deriva hacia un enfoque moral con dos bandos enfrentados. Por un lado, la línea oficialista, que establece la obligación de amar a los burros y defender su inalienable derecho a volar como las águilas. Por otro, los críticos, que consideran la iniciativa un disparate.

Para neutralizar a los críticos, el Gobierno establece el delito de odio al burro volador. Y para reeducar a los que consideran que los burros voladores son una patraña, se crea la figura del agente experto en perspectiva de burros voladores. Además, a las nuevas generaciones se las orienta hacia la devoción al burro volador. El burro volador y la Democracia son inseparables. Negar la existencia del burro volador significa negar la democracia.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos y después de miles de millones de euros gastados, los burros, que son muy suyos, no ejercen su derecho a volar. Y lógicamente afloran las críticas por la disparidad de los recursos empleados y los resultados obtenidos. Pero el Gobierno de nuevo recurre a la propaganda y neutraliza el debate lanzando una consigna: "¡Ni un paso atrás en la defensa de los burros voladores!". Los importantes avances conseguidos en materia de derechos para el burro volador marcan un antes y un después, son la diferencia entre una sociedad egoísta e insensible y una sociedad diversa y plena de empatía.

Décadas más tarde, los burros siguen sin volar. Nadie ha visto a ninguno hacerlo. Pero el burro volador se ha convertido en un símbolo. Las evidencias ya no importan. Se trata de estar del lado de la historia, promover un mañana mejor en el que los burros puedan surcar los cielos libres y gráciles como palomas. Hasta que ese día llegue, el burro volador es algo aspiracional, una lucha alrededor de la que florecen políticas, observatorios, subvenciones, asociaciones, agencias internacionales, incluso nuevas carreras universitarias. También las multinacionales colocan al lado de sus marcas el sello normalizado del burro alado para demostrar al público que están a favor de la gran causa.

Hay un Día Mundial del Burro Volador, un *doodle* de Google y huelgas estudiantiles, y de las otras, en defensa del burro volador, porque el burro volador, como símbolo del Bien, siempre estará amenazado por el Mal. La mejor prueba de ello es que los burros siguen sin ejercer su derecho a volar, no porque sean inasequibles a los deseos del legislador, sino porque subyace una opresión estructural que se lo impide. El mundo académico hace tiempo que se sumó a la causa, y los científicos sociales amontonan estudios con datos agregados sobre la población de burros y la aplicación del derecho a volar. La conclusión es unánime: hay mucho margen de mejora, pero son necesarias nuevas leyes y más recursos. El burro volador goza de un gran protagonismo en las citas electorales. Años de campañas de sensibilización logran que muchas personas consideren

que la intención debe prevalecer sobre la evidencia. La intención es legítima y buena; la evidencia, limitante y malvada. Así pues, el burro no debe depender de sus capacidades reales sino de las aspiraciones que se le reconozcan. ¡Por un burro volador digno!

Estar a favor o en contra del burro volador puede marcar la diferencia entre sumar votos o restarlos. Y lo que es más importante: acceder o no al generoso presupuesto al que se ha hecho acreedora la gran causa. Por lo tanto, los partidos que antes consideraban al burro volador como un disparate legislativo, moderan su discurso. Todavía no reconocen el derecho del burro a volar, pero sí su derecho a saltar como una gacela. Entonces, el burrismo se desdobra en dos corrientes: un burrismo radical y un burrismo moderado. Pero el burrismo es ya una corriente dominante.

La Ley del deseo

Es probable que usted, querido lector, asocie esta delirante metáfora con algún caso concreto. Pero, en realidad, no hay un burro volador sino muchos. Encontrará parecidos razonables no en una sino en numerosas iniciativas legislativas. Esas iniciativas que, inicialmente, polarizan la política y la opinión pública, para después constituirse en corrientes dominantes. También puede considerar que este texto es una explicación práctica y pretendidamente amena de la ventana de Overton, una teoría que pretende explicar cómo es que se legitiman ciertas ideas ante la opinión pública, y cómo a partir de ahí, muchos ciudadanos se adecuan a estas ideas por disparatadas que sean. Se trata de una metáfora desarrollada por Joseph Overton, que fue vicepresidente de Mackinac Center for Public Policy, en Michigan, uno de los centros de política pública más importante en los Estados Unidos.

Overton utilizó la metáfora de la ventana para transmitir la idea de un espacio reducido y delimitado, a través del cual se pueden ver unas cosas, pero no otras. Como toda ventana, su ubicación ha sido determinada por alguien. Dependiendo de esta ubicación, la ventana puede ser, por ejemplo, exterior y ofrecer amplias vistas panorámicas o, por el contrario, ser interior y proporcionar un campo de visión bastante reducido. Así, cuando se trata de iniciativas legislativas y políticas públicas, y las opiniones que se generan en torno a ellas, quienes construyen la ventana a través de la que se dirigirán y limitarán las miradas son los grupos que o bien tienen una determinada autoridad o bien pueden influir en el poder político. Estos agentes definen y colocan en determinadas posiciones las ventanas a través de las que observamos lo que ocurre a nuestro alrededor.

Esta teoría, que puede estar presente en la metáfora, debería sin embargo complementarse con otra. Por ejemplo, con la teoría de la lógica de la acción colectiva, desarrollada por el economista y sociólogo Mancur Olson. Al fin y al cabo, los grupos que pueden influir para colocar las ventanas en unos lugares y no otros lo hacen movidos por determinados incentivos. Como he explicado en un capítulo anterior, esta teoría sostiene, que, dado que organizarse implica costes, el individuo sólo se movilizará si prevé que sus ganancias compensarán el esfuerzo. Esto significa que sólo un fuerte incentivo individual y selectivo estimularía a una persona racional a cooperar con el grupo. Por eso, toda gran causa va acompañada invariablemente de un generoso presupuesto que tenderá a incrementarse con el tiempo.

Por último, también podría formar parte de esta historia la teoría de la elección pública, que analiza las decisiones colectivas o públicas de los agentes políticos, y busca definir un marco institucional óptimo que limite el poder político frente a la sociedad civil para que la democracia no degenera en clientelismo.

Sean pertinentes o no estas teorías, el caso es que en la política actual los burros voladores abundan. Sin embargo, seamos sinceros, nadie ha visto volar a un burro. Aunque esté prohibido

decirlo, la inmensa mayoría de las personas sabe en su fuero interno que jamás ninguno lo hará, ni hoy ni dentro de mil años... ni cien mil millones de euros después. La política del burro volador es una política tan endeble e insostenible que no hace falta derribar a los burros voladores a cañonazos, bastaría un leve cambio en la orientación de la mirada de la sociedad para que se desvaneciera de un día para otro. Si no sucede así es porque cada vez que asoma la cabeza la prosaica realidad, alguien oportunamente exclama: “¡Mirad, un burro volando!”. Y volvemos la mirada.

14. La democracia averiada

Asistimos a un potente proceso de crispación, un diálogo de sordos entre políticos y ciudadanos, identidades e individuos, científicos sociales y sociedad civil que está llevando al límite un sistema de gobierno que hasta ayer parecía incuestionable: la democracia. Así lo advierte Jonathan Haidt en una conferencia titulada *The Age of Outrage* (La era del ultraje), y que arranca de manera inquietante: “¿Qué está pasando con nuestro país y nuestras universidades? A veces parece que todo se viene abajo”.

Que surgiera la democracia liberal, explica Haidt, es un milagro tan improbable como el de la vida. Argumenta que los seres humanos somos originariamente primates tribales: “Estamos exquisitamente diseñados y adaptados por la evolución para la vida en sociedades pequeñas con una religión intensa y animista y un conflicto intergrupalo violento sobre el territorio”. En consecuencia, no seríamos aptos para la vida en grandes democracias seculares... a menos que estas democracias estuvieran exquisitamente ajustadas.

El gran reloj

Por esta razón, continúa Haidt, los padres fundadores de la democracia norteamericana confeccionaron una constitución como si se tratara de un reloj gigante, un reloj que podría funcionar para siempre si sus resortes y engranajes estaban bien diseñados y eran mantenidos de forma adecuada. Thomas Jefferson y James Madison sabían que los seres humanos no eran ángeles, y tenían los suficientes conocimientos de historia para estar al corriente de la creencia de Platón de que la democracia es la segunda peor forma de gobierno porque inevitablemente decae en tiranía. Así que dotaron a la nueva democracia de separación de poderes y de un delicado sistema de equilibrios y contrapesos. Y también pusieron mucho empeño en educar correctamente a la siguiente generación de “relojeros”, para que cuidaran la delicada maquinaria en el futuro.

A partir de aquí, Haidt nos advierte que desde hace ya tiempo no estamos manteniendo el reloj adecuadamente, que en los delicados engranajes y resortes de la democracia liberal hay cada vez más cuerpos extraños que impiden su correcto funcionamiento. La maquinaria chirría. Las fuerzas centrípetas languidecen, mientras que las centrífugas amenazan con hacer que los resortes salten por los aires. Las fuerzas centrífugas serían las injusticias, como el racismo; el partido republicano dominado por la Fox News y el ecosistema de medios de derecha; las políticas de identidad promovidas desde los entornos académicos; y, por supuesto, las redes sociales. Estas fuerzas serían responsables de una polarización cada vez más intensa, cuyo inicio Haidt sitúa en la década de los 90, ateniéndose a los datos de Gallup y Pew.

El origen de la polarización

A pesar de que el discurso de Haidt es brillante, comete un error muy común en el mundo anglosajón: olvida que la polarización es un fenómeno que no sólo afecta a los Estados Unidos, sino también a buena parte de Europa y de América. Esto indica que estamos ante un suceso sociológico de gran calado, cuyas causas no pueden comprenderse desde una perspectiva meramente local y cuyo verdadero origen se sitúa más allá de los 90. Pero si nos atenemos a su visión de lo sucedido en los Estados Unidos, trasladar la responsabilidad de la polarización a la

radicalización del partido republicano resulta discutible: dos no se polarizan si uno no quiere. Esto lo sabemos muy bien en España, donde los políticos se muestran muy cooperativos a la hora de alimentar polémicas estériles. No se puede obviar que previamente, durante décadas, la política norteamericana estuvo dominada por el Partido Demócrata, es decir, sus representantes fueron los relojeros encargados del mantenimiento de la maquinaria democrática. Sin embargo, en vez de mantener en buen estado los engranajes originales, como entusiastas del Gran gobierno se dedicaron a añadir nuevas piezas y resortes que, a la postre, irían trabando la maquinaria. Suyas fueron las décadas de la súper producción legislativa, de la transformación de los tribunales de justicia en una especie de cámara de representantes de última instancia, del establecimiento de las políticas de identidad y del nada liberal concepto de discriminación positiva; del estrechamiento de relaciones entre la prensa y el poder político, y de la transformación de la política en algo complejo y alejado de la comprensión del público. Todos estos cambios, y otros muchos, contribuyeron notablemente al progresivo desajuste de la delicada maquinaria. Así pues, por mucho que los datos proporcionados por Gallup y Pew lo certifiquen, situar el inicio de la polarización en la década de los 90 es una interpretación de muy corto recorrido. Tal vez esta polarización comienza a manifestarse intensamente en esos años, pero parece evidente que las causas que la han alimentado son de muy larga trayectoria.

El colapso del “Gran gobierno”

Que Haidt señale la década de los 90 como el momento de inicio de una creciente crispación no parece una casualidad. Este periodo coincide con el mito del renacimiento liberal protagonizado por el neoliberalismo. Pero tal renacimiento fue un espejismo meramente economicista. Lo que motivó el giro de la opinión pública no fue la teoría o la filosofía liberales, sino el debilitamiento de los defensores del Gran gobierno y la planificación. En realidad, los neoliberales se mostraron incapaces de elaborar una narración profunda y amplia de su visión de la sociedad. Más que contribuir a la polarización, lo que hicieron fue dejar un enorme vacío.

Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta la década colectivista por excelencia, la de los años 70, las democracias liberales se rindieron a la pujanza del Gran gobierno y la planificación. La socialdemocracia se propagó por Europa y los Demócratas dominaron la política en los Estados Unidos. Pero en el abrupto final de este largo e idílico ciclo poco tuvo que ver el resurgir de los principios liberales. Fue la Crisis del petróleo de 1973 lo que hizo tocar techo a la euforia intervencionista. De pronto, los recursos naturales se demostraron finitos, las economías occidentales dejaron de nadar en la abundancia, el desempleo se disparó y, en consecuencia, la idea de que el Estado podía resolverlo todo y que, para tal fin, debía crecer de manera ilimitada, nutriéndose de una prosperidad igualmente ilimitada, empezó a desmoronarse. La sociedad se mostró súbitamente crítica, cundió el desencanto y muchos ciudadanos que habían ido acumulando agravios, empezaron a mostrar su malestar con unas democracias que de liberales ya sólo conservaban el apellido. Lamentablemente, para entonces ya no había nadie capaz de restaurar la maquinaria original que Jefferson y Madison habían diseñado. Muy al contrario, las universidades, donde debían formarse los futuros relojeros, lejos de cumplir los deseos de los padres fundadores, enseñaban a sus alumnos que Thomas Jefferson fue un esclavista y un proxeneta. Y que su ofensiva figura debía ser erradicada de los campus. Para entonces el Gran gobierno era ya intratable, se había imbricado en amplias capas de la sociedad, promovido un nuevo tribalismo mediante las políticas de la identidad, generado infinidad de conflictos de interés entre las élites y convertido a millones de personas en seres dependientes de su prodigalidad.

El hundimiento del comunismo, que Francis Fukuyama interpretó en 1989 como “El fin de la Historia”, en realidad resultó ser un suceso engañoso. Durante las décadas que duró la Guerra Fría, nuevas fuerzas centrífugas que Haidt olvida en su discurso no hicieron sino acumular energía, muchas de ellas dentro del propio poder político. Así, como escribiría Claudio Magris en *Utopía y desencanto* (2001), “el Ochenta y nueve lo que hizo fue descongelar la Historia, que había permanecido durante decenios en el frigorífico, y ésta se desentumeció dando lugar a una maraña de emancipación y regresión”. Esta maraña de emancipación y regresión a la que alude Magris no se gestó de un día para otro, sino durante decenios. Pero había permanecido oculta. La Guerra Fría y su apocalipsis nuclear dejó en segundo plano transformaciones profundas que habrían de manifestarse en cuanto la amenaza de la destrucción mutua asegurada desapareciera. En realidad, la división del mundo en dos bloques había sido la fuerza centrípeta más poderosa de todas.

Cuando en 1989 el muro de Berlín cayó, empezaron a aflorar todos estos cambios. El modelo del Gran gobierno que se había institucionalizado en las democracias, y que había sobrevivido al espejismo liberal de los 90, parecía dominado por élites enclavadas, un fenómeno que ya había detectado en 1972 el sociólogo Daniel Bell en *On Meritocracy and Equality*, y que, mucho más tarde, Helen Andrews constataría en *The New Ruling Class* (2016). Esta reducción de la movilidad social suponía en buena medida un regreso a la vieja sociedad estamental, una cuña que se incrustaba en medio de los principales engranajes del reloj. Simultáneamente, las sociedades parecieron sucumbir a una nueva ética donde el sacrificio y el compromiso eran reemplazados por la autosatisfacción y el culto al yo, como sostiene David Frum en *How We Got Here: The 70's: The Decade that Brought You Modern Life* (2000). Difícil imaginar a individuos egocéntricos preocupándose por el estado en que iban a dejar a los que vinieran detrás la delicada maquinaria del reloj. Muy al contrario, la democracia fue deslizándose hacia un sistema utilitarista y clientelar, donde los diferentes grupos de interés pugnaban por una parte del pastel y donde el fin justificaba los medios.

La reactancia social

El fenómeno de élites enclavadas, siempre dispuestas a conservar e incrementar su poder, combinado con individuos egocéntricos e infantilizados, renuentes a asumir responsabilidades, desencadenó un cambio crucial: la moral se transfirió de la sociedad al Estado. Esto supuso la progresiva liquidación del espacio privado de las personas. Los legisladores ya no sólo estaban legitimados para redistribuir la riqueza, ahora también podían regular las relaciones humanas. La democracia definitivamente había devenido en una temible maquinaria que, aun formalmente liberal, invadía el espacio privado, legitimaba abusos de poder y generaba inseguridad jurídica, hiper legislación, agravios comparativos y privilegios.

Cuando las convenciones individuales más íntimas pasaron a ser materia legislativa, la reactancia social comenzó a acumularse. Al principio esta reactancia se manifestó con dificultad, puesto que los intereses de los medios de información estaban estrechamente ligados al modelo de Gran gobierno y a su intervencionismo político. Fue con la expansión de Internet y la creación de nuevos medios online que afloraron perspectivas críticas hasta entonces invisibles. Pero el suceso que definitivamente hizo saltar por los aires el consenso informativo que había durado décadas fue la aparición de las redes sociales. Para Haidt y muchos otros expertos, las redes sociales son un suceso negativo, una nueva y poderosa fuerza centrífuga. Y sugieren que esta nueva herramienta de comunicación debe ser filtrada por la administración, una idea que no resulta demasiado liberal. Sin embargo, vuelven a confundir causa y efecto. Las redes sociales no son por sí mismas una

peligrosa fuerza centrífuga, sino el entorno donde todas las fuerzas centrífugas, pero también las centrípetas, por fin se han hecho visibles. Y ocultarlas no las hará desaparecer.

PARTE II

Feminismo

15. Cuando la trampa es el concepto

“Acabar con la asimetría penal por cuestiones de sexo”. Esta frase, pronunciada durante la campaña electoral de 2016, desató una enorme tormenta. Todos los partidos, de izquierda o derecha, excepto la formación que la había incluido de manera disimulada en su programa, se rasgaron las vestiduras y tacharon la ocurrencia de barbaridad. Como una manada de lobos al olor de la sangre, se lanzaron de inmediato sobre su presa. Fue entonces cuando el socialista Antonio Hernando sentenció: “Si ustedes no son conscientes de que las mujeres mueren y son asesinadas precisamente por ser mujeres, es que no han entendido nada”. Con estas palabras, Hernando había dejado al descubierto la mentira nuclear de la Violencia de Género.

Se abunda, y con razón, en lo que es obvio, que las leyes de violencia de género suponen un atentado contra el principio fundamental de la democracia: la igualdad ante la ley. De hecho, este error jurídico se ha convertido en una realidad gracias a que se han impuesto a este principio otros aspectos muy poco fiables, como el estado de opinión del momento o una alarma social generada de forma artificial. El principio de igualdad ante la ley constituye el pilar básico de la democracia moderna. Y una de sus consecuencias lógicas es que los delitos deben quedar definidos por la propia naturaleza del acto y no por el grupo social al que pertenece quien lo comete. La LIVG viola este principio al establecer el delito de autor, una aberración que se suponía extinguida con la caída de los regímenes totalitarios del pasado siglo XX. Contempla determinadas conductas que constituyen delito si las lleva a cabo un hombre, pero no lo son si las comete una mujer, al igual que en la Alemania Nazi determinados actos eran punibles si los cometía un judío, pero no si los llevaba a cabo un ario. Lo mismo sucedía en la Sudáfrica del apartheid racial. Entonces, tal como hoy, sus promotores inventaron justificaciones absurdas que, desgraciadamente, convencieron a buena parte del público. Por si esto no fuera suficiente, la LIVG ha provocado que el derecho penal sea utilizado de forma abusiva. En lugar de reservarlo para lo que fue ideado, para casos graves, introduce el delito, de forma sesgada y discriminatoria, en cualquier discusión de pareja que suba de tono y emplee palabras vulgares. Cualquier actitud como insultos, comportamientos poco educados o menosprecios de un hombre a una mujer, nunca al revés, se convierten en delitos, cuando frecuentemente no son más que meras manifestaciones de grosería o, a lo sumo, faltas. Cualquier conflicto en una relación hombre-mujer ahora puede ser judicializado.

Que una característica biológica que no es elegible, como el sexo, sirva para adjudicar derechos diferentes a las personas y constituir las de manera forzada en identidades y colectivos segregados es mucho más que un error. No solo se conculca el principio de igualdad ante la ley, sino que, además, al clasificar a las personas en grupos según su sexo, estableciendo derechos diferentes para cada grupo, se regresa a la vieja sociedad estamental, algo que las democracias liberales habían dejado atrás. Los defensores de esta regresión argumentan que la asimetría legal tiene el loable fin de proteger a las mujeres de los hombres. Y para que este loable fin justifique los medios empleados, construyen una imagen distorsionada de la sociedad, estableciendo el principio de que toda relación hombre-mujer es en esencia una relación de poder, donde el varón sometería sistemáticamente a la mujer. Es el llamado heteropatriarcado. En esta recreación de la realidad, la imposición del concepto de Violencia de Género es la clave de bóveda. Sirve para establecer el principio indiscutible (que luego derivará en leyes) de que las mujeres son agredidas sistemáticamente por el hecho de ser mujeres (violencia-de-género). Así, los conflictos no se

analizarán de manera individualizada, como es la norma con cualquier delito o falta. Todo homicidio, agresión, vejación, menosprecio o desconsideración de una persona varón hacia una persona mujer se juzgará desde la perspectiva del machismo imperante (perspectiva-de-genero). Este sesgo llega a derivar en la afirmación de que existe un “terrorismo machista”. Los homicidas formarían parte de un conciliábulo, aunque no exista ninguna relación, ni siquiera indirecta, entre ellos. La expresión “nos están matando”, que las activistas repiten, pretende establecer la idea de que, en efecto, existe un “colectivo hombres” que se dedica a atentar sistemáticamente contra las mujeres... por el simple hecho de ser mujeres.

La “violencia estructural”

En todo mal hay un umbral mínimo a partir del cual es cada vez más difícil reducir la siniestralidad y en España, según las cifras de la OCDE, parece que en la llamada violencia de género lo alcanzamos hace tiempo o, en su defecto, estamos muy próximos a alcanzarlo. Llevamos gastadas decenas de miles de millones de euros, adoptadas cientos de medidas y redactadas numerosas leyes y, sin embargo, la media de mujeres asesinadas permanece invariable, antes y después de la aprobación de la LIVG: media 1999-2003: 58,4 / media 2005-2018: 59,4. Lo cierto es que, desde prácticamente cualquier perspectiva estadística, España es uno de los mejores países del mundo para nacer mujer. En un importante estudio de la FRA-Agencia de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, se preguntó a las mujeres si habían sufrido violencia física o sexual. Los países miembros que encabezaron la lista por número de casos fueron Dinamarca (52%), Finlandia (47%), Suecia (46%) y Francia y Reino Unido (44%). Porcentualmente, España tiene uno de los más bajos: el 22%. Merece además una consideración a parte el matiz de que estos porcentajes son fruto de las percepciones de las encuestadas, no de hechos verificados. Sin embargo, todas estas evidencias positivas rara vez son reflejadas por los medios de información o por los partidos políticos. Al contrario, se difunde la idea de que la sociedad española es extremadamente machista, que subyace en ella una intensa “violencia estructural”. Y cada muerte de una mujer a manos de un hombre es publicitada con abundancia de detalles a través de los medios de información, creándose una especie de marcador deportivo donde se va anotando y publicitando el siniestro tanteo. Pero los hechos son tozudos. Que medie un varón no parece ser condición indispensable para que exista violencia doméstica. Su incidencia es igual, o incluso levemente superior, en las parejas homosexuales y lesbianas que en las heterosexuales. En toda relación afectiva, donde median las emociones y los sentimientos, la interdependencia emocional y material, los conflictos son inevitables. Y en determinados casos estos conflictos, lejos de canalizarse correctamente, pueden degenerar en violencia psicológica y física. Esta circunstancia que tiene que ver con diferentes factores de riesgo, no solo el sexo. No es cierto, por otro lado, que la mujer no ejerza violencia. También se producen intentos de homicidio de mujeres a sus parejas o exparejas, pero no se estima conveniente realizar estadísticas agregadas de estos sucesos mediante el mismo enfoque utilizado en el caso de los varones. Lo mismo sucede con las agresiones flagrantes, como golpear a la pareja de forma reiterada con un objeto contundente o punzante causando graves lesiones, que no se contabilizan de forma segregada. A estos sucesos habría que sumar las agresiones a hijos y ancianos por parte de mujeres, en algunos casos, con resultado de muerte. De hecho, las mujeres son responsables de una elevada proporción de infanticidios, lo que seguramente tenga una explicación no relacionada con la identidad sexual sino con la concurrencia de diferentes factores, porque el sexo no predetermina a los homicidas.

Es evidente que la violencia femenina no goza de la misma publicidad que la masculina; mucho menos es analizada desde la “perspectiva de género”, sino que estos casos son tratados como

sucesos aleatorios, inconexos entre sí, sin convertir el sexo del autor en la clave de su violencia, como debe ser. Sin embargo, si todos estos sucesos se agruparan bajo el paraguas de la perspectiva de género, aplicando la misma vara de medir que se aplica a los varones, se podría concluir que, en España, existe también una violencia estructural femenina. Pero eso sería reproducir la falacia de la violencia de género, solo que a la inversa, y tal vez se estimularía el surgimiento de algún tipo de movimiento masculinista que no haría sino cooperar en la consecución del mismo fin: la despersonalización del sujeto y su segregación en una única identidad según el sexo. La realidad es que el mundo no siempre es bello ni bueno. En ocasiones, resulta violento... pero para todos. En él se asesinan mujeres, se asesinan hombres y se asesinan niños. Pero a pesar de las evidencias, en vez de rectificar, se abunda en el error. De igual forma que ocurre con los adultos, se ponen de relieve los comportamientos sexistas y violentos que anidan en los varones adolescentes, ignorándose estos mismos comportamientos cuando los protagonizan las chicas. El sentimiento de posesión y los celos incontrolados que dan lugar a actos como sustraer el móvil a la pareja para controlar sus contactos y mensajes, degradar su dignidad, descalificarla, silenciarla o someterla, bien mediante la violencia física o bien mediante la violencia psicológica, serían comportamientos prevalentes en los jóvenes varones. La realidad, sin embargo, es diferente. Estas conductas están equitativamente repartidas entre chicos y chicas. De hecho, en algunos aspectos, las chicas resultarían algo más agresivas, como muestran las siguientes tablas:

Tabla 1. Prevalencia de violencia física

	Agresión			Victimización		
	Chicas (%)	Chicos (%)	χ^2	Chicas (%)	Chicos (%)	χ^2
Arañar	7,2	3,0	4,94 [*]	6,9	9,5	1,59
Dar una bofetada	22,1	1,5	54,95 [*]	5,7	10,6	5,03 [*]
Relanzar brazo o dedos	7,5	2,7	7,34 [*]	8,1	4,9	2,29
Empujar o golpear contra la pared	6,6	3,4	2,96	8,1	4,2	3,77
Dar una patada	9,6	1,5	16,74 [*]	4,2	5,3	0,43
Morder	16,7	6,0	10,01 [*]	15,8	11,8	1,98
Tratar de ahogar	0,3	0	0,78	0,9	0,4	0,58
Empujar o agarrar con fuerza	8,1	7,6	0,42	10,7	5,0	1,38
Lanzar un objeto que no golpea	13,7	6,5	8,25 [*]	9,0	6,5	1,26
Lanzar un objeto que sí golpea	5,4	2,3	3,65	5,1	3,4	0,96
Golpear con el puño o algo duro	6,0	1,1	9,29 [*]	2,7	2,3	0,09
Dar una paliza	0,0	0,0	--	0,3	0,0	0,78
Amenazar con un cuchillo u otro objeto similar	0,3	0,0	0,78	0,9	0,0	2,34
Algún tipo de violencia física	37,0	17,9	26,44 [*]	29,9	25,9	1,6
Algún tipo de violencia física (eliminando arañar y morder)	34,3	14,4	23,73 [*]	23,0	22,8	2,35

* p < .05

Tabla 2. Prevalencia de violencia psicológica

	Agresión			Victimización		
	Chicas (%)	Chicos (%)	χ^2	Chicas (%)	Chicos (%)	χ^2
Dañar algo que pertenecía a la pareja	25,1	23,2	0,28	24,8	34,6	6,89*
Decir algo a propósito para herir los sentimientos	45,7	32,7	10,33*	45,4	38,0	3,26
Insultar delante de otras personas	41,9	11,2	36,67*	27,3	14,8	15,74*
Insultar estando a solas	20,9	8,0	18,55*	17,0	12,9	1,91
Prohibir hacer cosas o hablar con otras personas	29,6	18,6	9,43*	37,3	32,3	1,61
Amenazar comenzar a salir con otra persona	11,9	8,1	2,02	13,1	9,5	1,90
Prohibido hablar con alguien del sexo opuesto	23,6	11,1	14,65*	28,0	23,6	1,55
Decir algo para poner celoso/a	72,8	54,4	21,99*	71,9	60,1	9,34*
Culpar por cosas	24,3	20,5	2,67	29,3	27,0	0,37
Amenazar con hacer daño	3,1	3,1	0,28	6,3	4,9	0,48
Hacer que cuente dónde ha estado durante todo el día	21,8	15,6	5,67*	20,0	22,1	3,66
Recordar algo del pasado para hacer daño	31,9	21,7	7,80*	33,7	24,0*	6,78
Críticas al aspecto físico	6,3	4,6	0,82	8,1	7,6	0,11
Algún tipo de violencia psicológica	87,2	71,9	21,91*	86,9	81,0	3,84*

* $p < .05$

Fuente: *Violencia en parejas jóvenes: estudio preliminar sobre su prevalencia y motivos (2015)*

La paradoja estadística

Durante los últimos años se ha hecho evidente una paradoja: cuanto más se avanza en materia de violencia de género, más alarmantes son las estadísticas. La explicación para algunos es que según se sensibiliza a la sociedad para que no tolere conductas machistas, más mujeres deciden pasar a la acción y denunciar estas conductas. Lo que se reflejaría en las estadísticas de manera negativa.

Sin embargo, existiría otra explicación más realista. A medida que se hace aumentar la sensibilidad social, los umbrales que delimitan lo que es aceptable tienden a ser cada vez más restrictivos. Es decir, la progresión estadística se volvería negativa porque acciones que antes no se consideraban denunciadas, ahora sí lo son. Si se decidiera, por ejemplo, rebajar el límite de velocidad de las autovías de 120 a 70 km/h, y fuera delito superar en 30 km/h este límite, las estadísticas que miden la tasa de delincuencia experimentarían súbitamente un fuerte repunte. Para los conductores, acostumbrados a circular a 120 km/h, resultaría muy difícil circular por amplias y modernas autovías respetando la nueva velocidad máxima. Y muchos, aunque reducirían su velocidad, tenderían a superar puntualmente el margen que la nueva ley establece como delito. En el caso de la Violencia de Género ocurre algo similar. El umbral de tolerancia ha descendido de manera muy acusada en un espacio breve de tiempo. La violación, que antes tenía unas características concretas, hoy pretende ampliarse a otros supuestos. Lo mismo sucede con la agresión sexual. Y actos que antes eran considerados a lo sumo como faltas, ahora han pasado a ser tipificados como delitos, mientras que otros que no eran faltas ahora sí lo son. Como anécdota, cabe señalar que en algunas universidades ya se considera agresión sexual “mirar fijamente” a una mujer. Parece evidente que el concepto de violencia de género está promoviendo una rebaja del umbral de tolerancia en las relaciones hombre-mujer. De ahí que las estadísticas parezcan evolucionar en dirección contraria a los “avances”. Una circunstancia que es aprovechada para estimular la alarma social, generándose un círculo vicioso que se retroalimenta: cuanta más intolerancia, más delitos. Y cuantos más delitos, más intolerancia.

El concepto de Violencia de Género constituye una entrada trasera por la que políticos,

expertos y activistas penetran en el ámbito privado de las personas, manipulando sus relaciones y vínculos. La secuencia es simple: una vez se da por cierto que las raíces del problema anidan en la sociedad (violencia estructural), no hay más remedio que invadir la intimidad de los sujetos para erradicarlo. Pero el impulso definitivo es la histeria colectiva.

Para explicar estos fenómenos, el sociólogo Stanley Cohen acuñó en 1972 un término: Pánico Moral. En su libro *Folks Devils and Moral Panics*, Cohen explica la dinámica: las fuerzas vivas señalan un comportamiento, o un grupo, como encarnación de la maldad, provocando preocupación y miedo, sentimientos que son exacerbados hasta desembocar en hostilidad hacia determinadas actitudes o colectivos. De esta forma, se instiga a la masa a lanzarse ciegamente contra el supuesto mal, anulando el debate racional, obstaculizando la búsqueda de soluciones correctas y desviando la atención de la imprescindible crítica al poder político.

La violencia de género es en buena medida el pánico moral de la España del siglo XXI, un fenómeno de histeria colectiva desencadenado y alimentado desde el poder. La “posesión diabólica”, que desencadenó episodios similares en el pasado, ha sido sustituida por el “machismo imperante” y el nuevo vocablo, “violencia de género”, posee una carga emocional similar a la que tuvo la palabra “brujería” siglos atrás. Así, igual que en Salem se justificaba la persecución de las brujas para proteger a víctimas indefensas y librar del mal a la comunidad, hoy se vulneran derechos fundamentales con el pretexto de redimir a la sociedad de una violencia estructural imaginaria. Afortunadamente, parece que el tabú que impedía cuestionar la LIVG se ha roto. Y afloran críticas que recomiendan modificaciones técnicas de esta ley. Pero el verdadero problema no está en la letra de la ley sino en su espíritu. Y es este espíritu lo que debe cambiar.

Promover un enfoque radicalmente diferente no implica desentenderse de las personas que sufren violencia por parte de sus parejas o exparejas, tampoco renunciar a la igualdad efectiva entre hombres y mujeres. Sin embargo, ayudar a las víctimas implica conceder nuestra simpatía y apoyo incondicional, afirmar con contundencia que hombres y mujeres somos iguales ante la ley, ciudadanos con los mismos derechos, y ser consecuentes con estos principios. No promulgar leyes injustas, segregar a la sociedad en colectivos o criminalizar a la mitad de la población para obtener réditos políticos. No hay un sexo bueno y otro malo: la bondad y la maldad, lo mismo que el buen juicio y la estupidez, están repartidos de forma muy equitativa entre hombres y mujeres.

16. Miente, mente, que algo queda

“Mucha gente piensa que las mujeres no valemos para ser científicas de alto nivel”, esta afirmación la hacía Mara Dierssen, neurobióloga e investigadora del Síndrome de Down, en un vídeo del diario El País patrocinado por el banco BBVA. Mientras Dressen habla, se intercalan imágenes de un público absorto, entre las que sobresale la de una niña con expresión circunspecta, quizá indignada por la verdad que le ha sido revelada. El vídeo en cuestión forma parte de una serie titulada “Aprendemos juntos”, cuyo subtítulo es “Un proyecto de educación para una vida mejor”.

La afirmación de Dressen llamó mi atención. Intrigado, quise averiguar en qué se basaba para hacerla. No tuve que indagar mucho, en el minuto cuatro del vídeo está la clave: la referencia a un estudio según el cual el 63 por ciento de los varones piensa que las mujeres no valen para ser científicos de alto nivel. Esta aseveración y su porcentaje me resultaron muy familiares, lo que me hizo cometer un error que, por pura casualidad, desembocaría en una revelación interesante. Ocurre que cuando leemos, o vemos un vídeo, hay dos formas de decodificar la información: comprensiva o mecánica. La comprensiva trata de capturar los elementos que consideramos clave con una cierta economía del esfuerzo, porque nuestro tiempo es limitado. Coloquialmente se suele llamar “lectura en diagonal”. Por el contrario, la lectura mecánica es la que empleamos cuando repasamos un texto en busca de erratas, fallos o incoherencias.

Así pues, la lectura comprensiva me llevó a centrarme en la cifra citada por Dierssen, porque sólo podía provenir del estudio encargado por la Fundación L'Oréal a la empresa Opinion Way. Esto me hizo pasar por alto una incoherencia de Mara Dierssen que, como digo, a la postre sería clave.

La encuesta encargada por la Fundación L'Oréal y titulada Women in Science, fue hecha pública en 2015. Y rápidamente dio lugar a lapidarios contenidos periodísticos, muchos de los cuales fueron encabezados directamente con su hallazgo principal. Este fue el caso de un artículo del diario El País, que tituló “El 63% de los españoles cree que las mujeres no valen para científicas de alto nivel”, pero sin entrecomillar y sin indicar que el título, lejos de tratarse de una verdad incuestionable, surgía de una encuesta que había sido puesta en duda por la metodología empleada. En efecto, la encuesta de L'Oréal establecía un sesgo. Y lo hacía desde el principio:

In your opinion, is a woman who does everything in her power to advance in her career

- *A woman with something to prove*
- *A woman who puts her work before her family*
- *A woman who loves money*
- *A woman who is prepared to walk all over other people*
- *A woman who thinks she's a man*

El sesgo se establecía desde el inicio no por la pregunta que reproduzco arriba, sino por la ausencia de la pregunta equivalente, es decir, el encuestador no preguntaba también a los

encuestados qué pensaban sobre los hombres que hacen algo para avanzar en sus carreras. Al no formular la pregunta equivalente la ambición de las mujeres se destacaba desde el principio como algo que ha de ser cuestionado.

Una vez marcado el sesgo con la cuestión inicial, o más exactamente, con la ausencia de la pregunta equivalente, se restringían las opciones de los encuestados a una imagen estereotipada, forzándoles a tener que elegir entre opciones sexistas y estereotipos, sin proporcionarles alternativas neutrales o fuera de ese sesgo. En definitiva, se pedía al encuestado que comenzara con la suposición de que las mujeres no pueden convertirse en científicos de alto nivel por falta de habilidades... y luego se preguntaba qué habilidades les faltaban a las mujeres. De esta forma, los resultados concluirían que las mujeres científicas estaban sometidas a prejuicios y estereotipos.

La encuesta estaba diseñada para producir determinadas respuestas, no para averiguar lo que realmente pensaban los encuestados. Por lo tanto, no ayudaba a desentrañar la verdad. En el mejor de los casos generaba confusión. Y en el peor establecía conclusiones inciertas que, con la reiteración y el paso del tiempo, acabarían siendo asumidas como ciertas por gran parte del público. De hecho, desde que se publicó esa encuesta, el cuestionable 63 por ciento se ha convertido en un argumento de peso en infinidad de noticias.

Como en materia de género todo es susceptible de empeorar, poco después de la publicación de este estudio tuvo lugar en París un debate organizado por el diario *The New York Times*, (patrocinado también por la Fundación L'Oréal) con varias rondas de ponencias enfrentadas a favor y en contra de la siguiente moción: “¿Deberían existir cuotas para hombres en las instituciones científicas?” La moción fue aprobada por el público —en gran parte compuesto por científicas y periodistas— entre vítores y aplausos.

Un hallazgo... o dos

Pero, volviendo a la incoherencia que pasé por alto, la fuente a la que Mara Dierssen adjudicaba el dato del 63 por ciento de hombres que no considera a las mujeres válidas para ser científicas no era la Fundación L'Oréal, sino la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT). Dierssen había mezclado el dato proporcionado por la encuesta de la Fundación L'Oréal con los estudios de FECYT. Por mi parte, había identificado correctamente la fuente a pesar de que Dierssen la había confundido. Fue un golpe de suerte, desde luego, sin embargo, al contrario de lo que solemos pensar, la suerte es un factor importante en cualquier hallazgo. Si no me hubiera tomado la molestia de ir más allá de la mera noticia, no habría podido distinguir si la afirmación de Dierssen procedía de una fuente fiable o de la tendenciosa encuesta de L'Oréal. Sea como fuere, el caso es que en ninguno de los estudios de FECYT (nueve hasta la fecha) aparece el dato del 63 por ciento esgrimido por Dierssen. Y no puede aparecer porque los estudios de FECYT tienen un enfoque radicalmente distinto: analizan cómo los hombres y las mujeres perciben la ciencia, no cómo los hombres perciben a las mujeres científicas. Cualquiera que se tome la molestia de revisarlos lo puede comprobar.

Medios de información y mercancías averiadas

¿Y cuál es la revelación de toda esta historia? Bueno, tal vez no sea sólo una. Para empezar, el error de Mara Dierssen demostraría que basta con que los medios de información difundan intensamente un dato sesgado para sembrar la confusión. De esta forma, mezclando estudios solventes e intelectualmente honestos con encuestas tendenciosas, logran que no distingamos una cosa de otra y asumamos como ciertas conclusiones que son falsas, pues descontamos que son el

corolario de un gran cuerpo de estudio.

Si una reputada científica como Dierssen, acostumbrada a manejar fuentes y datos, puede caer en esta trampa, parece lógico pensar que cualquiera puede caer. No debería extrañarnos, por tanto, que al público cada vez le resulte más difícil distinguir lo cierto de lo que no lo es. Y que muchas personas acaben comprando mercancías averiadas, especialmente cuando van acompañadas de supuestas buenas intenciones. Al fin y al cabo, ¿quién tiene tiempo de analizar todos los estudios que aparecen referenciados en los medios, a menudo, presentados como verdades reveladas por lo que califican como comunidad científica? Y aquí surge otra revelación: el papel que los medios de información juegan a la hora de manipular a la opinión pública para que asuma como ciertas conclusiones más que cuestionables. En este caso concreto, por ejemplo, se trataría de asociar prejuicios, estereotipos y, en definitiva, machismo al hecho de que haya menos mujeres dedicadas a la ciencia y la investigación que hombres, lo que permitiría promover soluciones simples, fácilmente etiquetables, a un asunto complejo.

Por último, tal vez cabría preguntarse si Mara Dierssen habría sido seleccionada como protagonista de este vídeo si, en vez de asumir las tesis de El País, New York Times y L'Oréal, se hubiera mostrado razonablemente crítica, como quizá cabría esperar de una mente científica. No pretendo juzgar a Dierssen, sino señalar los fuertes incentivos que los medios de información bien apadrinados (en este caso, por un gran banco y una multinacional de la cosmética) ponen en juego. Entiendo que debe ser difícil resistirse a la notoriedad, la fama e, incluso, el dinero, sobre todo cuando el precio que debemos pagar por tanta dicha queda oculto bajo la sombra que proyecta una “gran causa”. ¿Realmente “aprendemos juntos”? ¿O más bien se trata de poner en práctica la máxima “miente, miente, que algo queda”?

17. La sociedad que no amaba a los hombres

Fue una casualidad, quizá un guiño malicioso propio del signo de los tiempos. Dos vecinos sufrieron la misma contingencia el mismo día y prácticamente a la misma hora. Ambos, casados y con hijos, vivían en el extrarradio. Sus lugares de trabajo estaban muy distantes de los de sus parejas, un problema logístico que los colegios de los críos y sus horarios complicaba todavía más. Por eso cada matrimonio tenía dos coches, uno para la mujer y otro para el hombre.

Una mañana los automóviles que usaban las respectivas esposas de estos dos vecinos se pusieron de acuerdo para averiarse de forma simultánea. Tras intentar arrancar los vehículos infructuosamente, las mujeres regresaron a sus casas para comunicar la buena nueva a sus maridos. Ellos, solícitos, fueron a revisar los automóviles. Ahí coincidieron los dos, a pie de calle, cumpliendo el ritual de levantar el capó, contemplar con gesto ceñudo el inescrutable motor y asumir lo inevitable: tocaba llamar a la grúa.

Para salir del paso, en los dos casos, la solución fue intercambiar los vehículos con sus respectivas parejas. Los hombres se quedaron a cargo de los coches que no arrancaban, mientras que sus esposas cogieron los que funcionaban, subieron a bordo a los críos y salieron zumbando. Y ahí se quedaron ambos, esperando al servicio de asistencia. Aunque sólo se conocían de saludarse ocasionalmente, al poco los dos hombres estaban charlando de forma animada. Más que disgustados, se mostraron divertidos por aquella avería simultánea.

Al cabo de un rato, uno de ellos formuló una pregunta: “Oye, ¿y por qué nos hemos quedado aquí nosotros y no ellas?”. El otro dudó y finalmente acertó a decir: “Imagino que porque se supone que estos asuntos son de nuestra competencia. Ellas se encargan de otras cosas”. “Ya”, asintió el que había formulado la pregunta, “pero tengo la sensación de que asumo cada vez más competencias. ¿No te sucede a ti lo mismo?”. De nuevo su interlocutor se tomó su tiempo. Antes de responder debía reflexionar sobre cómo se repartían las tareas en su casa. ¿Tenía demasiadas tareas? Desde luego muchas más que las que recordaba asumir a su padre, y ni qué decir tiene que a su abuelo. No solo se trataba de tareas domésticas que en otros tiempos se habrían considerado propias de las “amas de casa”, como poner la lavadora, llevar a los niños al médico o a actividades extraescolares, hacer la compra o cocinar, sino trabajos como vestir armarios, instalar apliques de luz y lámparas de techo, montar camas y muebles, reparar fugas de los codos de desagüe de los lavabos, ajustar cisternas que no cerraban herméticamente, purgar radiadores, limpiar el sensor del calentador del agua sanitaria, hacer taladros, colgar baldas y cuadros, reparar tiradores de puertas, mantener los ordenadores personales al día, arreglar las bicicletas de los niños, encargarse de los coches...

Llegado a este punto, recordó divertido cómo, hace muchos años, su padre tuvo que hacer un taladro en la pared para colgar un espejo que su madre había comprado. Su padre no paró de refunfuñar mientras llenaba la pared de agujeros, hasta que, por fin, acertó a hacer uno donde el taco quedó debidamente sujeto. Su abuelo directamente habría contratado a alguien para hacerlo. De hecho, su suegro, que era bastante más joven que su abuelo, solía recurrir a él para estas tareas. Además de la alergia al bricolaje, su suegro, su padre y su abuelo no sabían freír un huevo, mucho menos programar una lavadora. Pero las cosas habían cambiado. En su generación, los hombres no sólo estaban asumiendo parte del trabajo que antes se consideraba propio de las mujeres; también otras tareas que, por alguna razón, seguían siendo exclusivas de los varones.

Entonces su pensamiento le llevo de vuelta a la primera pregunta: ¿por qué se había quedado él

a cargo del coche averiado? Al fin y al cabo, su trabajo y el de su mujer eran equivalentes. Sin embargo, su mujer le había pedido las llaves del otro automóvil, y él se las había dado sin dudar. Le había parecido normal quedarse a cargo del coche estropeado mientras ella se iba al trabajo con el otro. Lo contrario, dejar a su mujer a pie de calle esperando una grúa, le resultaba extraño. “La verdad es que tienes razón”, respondió al fin. “Tengo bastantes tareas. Pero es lo que se espera de nosotros hoy en día, ¿no? En los periódicos insisten mucho a este respecto. Según las estadísticas que publican, todavía ponemos pocas lavadoras”. Y se encogió de hombros. Su charla se interrumpió cuando una grúa se detuvo junto a ellos. Tal vez podrían continuarla en otra ocasión. Hasta entonces sus impresiones se las guardarían para sí mismos, como hacen la mayoría de los hombres que intentan cumplir con lo que se espera de ellos sin mostrar signos de desaliento.

Esta historia me la contó uno de sus protagonistas, como una anécdota más de su fallido matrimonio. Entonces, recién divorciado, andaba bastante deprimido, a pesar de que sus amigos le intentábamos animar como es la costumbre diciéndole que había recuperado la libertad perdida. Ahora, años después, está más animoso. Sin embargo, cuando le preguntan si estaría dispuesto a casarse otra vez, afirma tajante que de ningún modo. En su opinión, para el hombre el matrimonio es hoy un pésimo negocio. Por supuesto, podemos dudar de su palabra, después de todo es la palabra de un hombre, o peor, de un hombre divorciado y, por lo tanto, resentido. Resentido... pero, sobre todo, perdedor.

En *The End of Men and the Rise of Women* (2012), la escritora y feminista Hanna Rosin afirma que las mujeres han superado a los hombres porque son mucho más flexibles y capaces de compatibilizar familia y trabajo. Para Rosin, la mujer de hoy es la "mujer plástica", un ser capaz de desdoblarse y hacerlo todo. Los hombres que como mi amigo se ven superados por esta “mujer plástica” (¿quién puede competir con una *super woman* capaz de resolverlo todo?) son los perdedores. Hanna Rosin también les pone nombre, son los "hombres de cartón", seres inflexibles, incapaces de adaptarse al nuevo orden mundial. Sin embargo, como apunta la psicóloga forense Helen Smith, lo que Rosin no dice es que este nuevo orden mundial es un lugar donde los hombres son discriminados, forzados a entrar en un ambiente hostil en la escuela y más tarde en la universidad, y despreciados por la sociedad. De ellos se espera que se adapten a un mundo nuevo pensado para las mujeres.

Hoy, a los hombres se les acusa de haberse infantilizado y negarse a madurar, a preferir las consolas de videojuegos en lugar de asumir compromisos como casarse y formar una familia. Y en parte es verdad. Las estadísticas muestran que los hombres son cada vez más contrarios al matrimonio, incluso muy reticentes a emparejarse si intuyen que se les quiere conducir hasta el matrimonio. Esta actitud no se reproduce de igual manera en las mujeres. Al contrario, la mayoría se muestran bastante más dispuestas. Al fin y al cabo, el sistema legal tiende a favorecerlas en las disoluciones matrimoniales. Y el divorcio, más allá del fracaso emocional, entraña pocos costes para ellas en la mayoría de los casos. En cambio, para el hombre no es así. Permanecer soltero o, en su defecto, convivir con una mujer sin firmar un contrato matrimonial resulta bastante más aconsejable. Así pues, la infantilización del hombre y su renuencia a asumir compromisos podría no ser gratuita, sino su respuesta a ese nuevo orden mundial al que alude Hanna Rosin. Y lo que ella califica de inflexibilidad podría ser más bien el rechazo de los hombres a parecerse cada vez más a las mujeres... pero sin los mismos derechos.

Antes, ser un hombre adulto y responsable era recompensado con reconocimiento, poder y respeto. Hoy los jóvenes varones observan como estas recompensas han desaparecido. Crecen en una sociedad que tiende a calificarlos de seres inferiores, incluso de seres estúpidos. Solo

aventajan a las chicas en las pulsiones violentas. En todo lo demás, socialización, sensibilidad, empatía, asertividad, inteligencia emocional, dominio del lenguaje y disciplina académica, ganan ellas. La única virtud que les otorga su virilidad es la de ser violadores en potencia. La testosterona, presente en infinidad de llamativos titulares periodísticos, es la sustancia principal de su naturaleza. Con ella se les deshumaniza, se les tacha de máquinas biológicas defectuosas, mal programadas y peligrosas; androides sin latido, sin sensibilidad ni sentimientos. Por el contrario, a la mujer se le reconocen infinidad de virtudes. El hombre es en esencia un error. Y la mujer es la subsanación de ese error.

Todo empeora cuando el hombre joven se hace adulto. No importan sus logros ni sus características individuales. Es adscrito al "colectivo hombre" para que los medios de comunicación le retraten de payaso, de potencial pervertido, de padre incompetente. De esta forma, los jóvenes descubren que el adulto que cumple con lo que la sociedad ahora espera del hombre casado es un idiota. No tiene derechos ni dignidad. ¿Qué incentivo hay, pues, para casarse, formar una familia y tener hijos? Como explica Smith, nuestra sociedad se ha convertido en la sociedad de la mujer irritada y enojada que no le importa que los hombres puedan construir edificios o hacer cosas asombrosas, además de ser buenos padres, esposos e hijos. En su lugar, se centra en sus defectos y en los desmanes de algunos sujetos y los extrapola al resto; "Todos ellos son perros, violadores, pervertidos, desechos sin ningún valor. ¿Quién los necesita?"

Afortunadamente, la escritora Camille Paglia se resiste a entender la virilidad como una enfermedad. Defiende que la agresividad masculina y la competitividad son los motores de la creatividad

“La masculinidad es agresiva, inestable y combustible. Pero también es la fuerza cultural más creativa de la historia. El desdén de moda por la sociedad patriarcal olvida que es la sociedad patriarcal la que me ha liberado como mujer. Es el capitalismo el que me ha dado la oportunidad de sentarme en este escritorio y escribir mis libros. Dejemos de ser ruines con los hombres y reconozcamos libremente los tesoros que su obsesividad ha derramado en la cultura. Los Hombres crearon el mundo en el que vivimos y los lujos que disfrutamos. Cuando cruzo cualquiera de los grandes puentes de Estados Unidos pienso: los hombres han hecho esto. La construcción es una sublime poesía masculina.”

Ojalá la sociedad lo viera así.

18. Las víctimas silenciadas del feminismo

“Querido Javier: quería contarte que después de tres años y medio, la causa penal que me habían iniciado por "violencia de género" finalmente fue sobreseída. En ese tiempo, perdí mi trabajo en la universidad, cualquier oportunidad laboral y mi reputación, pero se hizo justicia... tarde, pero justicia al fin. Quería compartirlo contigo porque me escuchaste. No quiero hacer público este desenlace porque estoy muy dañado física y psíquicamente. Sólo quiero desaparecer.”

Estas líneas no son una dramatización, corresponden a un hecho real del que en su día tuve noticia. No es el único. Conozco otros casos de primera mano, uno de ellos especialmente grave, por cuanto su protagonista, un adolescente, a punto estuvo de quitarse la vida. Sólo el azar evitó que sucediera lo peor. Lamentablemente, que el azar evite la consumación del suicidio nunca sale gratis: en el caso de los adolescentes, menos aún. Tras el “milagro” llegan las secuelas: la introspección y el miedo a vivir.

“Quería compartirlo contigo porque me escuchaste”, escribe lleno de gratitud el autor del primer párrafo que reproduzco en este texto... ¡Se muestra agradecido por algo que es elemental! Al fin y al cabo, es imposible aproximarse a la verdad cuando se impone la ley del silencio. Pero ¿a quién le importa la verdad cuando la gran causa no depende de la Justicia, sino del ajusticiamiento?

Tres años de muerte social, sin mediar un juez o un tribunal, sin evidencia alguna sino incluso, al contrario, indicios claros de acusación fraudulenta fruto del resentimiento, de una venganza sentimental. Algo que, por otro lado, es bastante habitual, pero está prohibido decirlo. En su entorno todos sabían que se estaba cometiendo un atropello. Sin embargo, callaron. Pero sí dedicaron sonoros elogios a la visibilización de los logros femeninos, pasados y presentes, que se difunden sin cesar. “Lo uno no quita lo otro, no nos confundamos”, se suele alegar en determinados ambientes académicos, “la historia ha sido injusta y ahora toca equilibrar la balanza”. Supongo que cuando se trata de una gran causa, que algunos inocentes paguen con su vida, es un precio asumible. El progreso tiene estos peajes. Así pues, no confundamos el ominoso silencio que regalamos a estas víctimas con el sonoro reconocimiento de nuestra culpa tras siglos de desigualdad, ¿o es que no somos capaces de separar ambas cosas? No, no somos capaces porque no son separables. La marea del reconocimiento femenino en la que estamos inmersos no tiene un lado bueno y otro malo. Una marea es por definición una fuerza ciega, arrolladora. Pretender separar el trigo de la paja en medio de un tornado es inútil. La agitación febril en la que estamos incurso anula la posibilidad del gradualismo, si es que en algún momento fue posible.

El feminismo posmoderno es un feminismo desquiciado porque exige resarcimiento. Y el resarcimiento no tiene que ver con la igualdad, sino con ajustar cuentas. Así pues, pretender compensar siglos de injusticias implica ejercer una presión correctora de tal magnitud que por fuerza generará efectos perversos. Para promover la igualdad, ya existen leyes, principios y, por mucho que se pretenda negar, conciencia social. Occidente no es la India, Irán o Somalia. Y cabe preguntarse si en las sociedades desarrolladas y democráticas, donde impera el Estado de derecho, es necesario recurrir todavía al feminismo para defender lo que es obvio. ¿No basta con ser liberal, sin más? ¿Qué extraño liberalismo es aquel que divide la causa de libertad en causas diferentes y luego adjudica un nombre a cada una de ellas?

Aunque esté prohibido decirlo, lo cierto es que este feminismo está asesinando socialmente a inocentes, muchos más de los que cabe imaginar. Y puesto que los humanos somos criaturas sociales, el asesinato social a veces conduce a la muerte real. Si no hay más desgracias es porque los familiares acuden al rescate de estas víctimas, pero quienes están solos es muy probable que acaben mal. En cualquier caso, todas las víctimas coinciden en una percepción: no están seguras de estar vivas. Muchas siguen adelante por una sola razón: siempre puedes matarte mañana. Los pensamientos suicidas no les parecen irracionales porque su identidad ha sido aniquilada. Y cuando tu identidad es aniquilada, ¿quién eres? Nadie. Tu yo ha sido asesinado. Lo apuntaba muy bien Emily Jofee citando al personaje John Proctor de la obra *The Crucible*, sobre los juicios de brujas de Salem. Proctor es acusado de brujería y se niega a salvar su vida confesando públicamente. Antes de su ejecución, explica su negativa: "¡Porque es mi nombre! ¡Porque no puedo tener otro en mi vida!... ¿Cómo puedo vivir sin mi nombre?"

La persona que me escribió agradecida seguramente salvó su vida gracias al apoyo de su familia. También gracias a ésta evitó acabar en la indigencia. Pero aún a pesar del apoyo familiar y de la sentencia a favor de la justicia ordinaria, sólo desea una cosa: desaparecer. Lo mismo sucede con el adolescente que trató de quitarse la vida tras la denuncia falsa de una compañera de estudios y el tormento que vivió a continuación. La casualidad quiso que un familiar apareciera de manera proverbial para encontrarle aún con vida. Unos minutos más tarde y estaría fuera de este mundo. Sólo su familia habría sabido el motivo de su muerte. Hoy, transcurridos años de aquello, el calvario continúa: sólo quiere desaparecer. Lo mismo le sucedió a otro varón acusado de acoso sexual al que también, tras años de tormento, la justicia no sólo le declaró inocente, sino que concluyó que el acosado fue él. Ganó el juicio en los tribunales, pero perdió su identidad. Y con ella, su propio juicio: su equilibrio emocional. La prensa también ha dado a conocer varios suicidios #MeToo, pero han recibido poca atención. Y no puedo evitar preguntarme cuántos más suceden en silencio. Sin buscarlos, me he topado de primera mano con tres casos dramáticos. No me parece por tanto descabellado intuir que tenemos entre manos una emergencia de la que está prohibido hablar.

Demasiadas identidades aniquiladas como para pensar que es posible separar las cosas, que hay un feminismo liberal y otro iliberal que no forman parte del mismo fenómeno. La defensa de la igualdad es algo que la persona liberal debe demostrar con sus actos cotidianos y privados, en el día a día. No con "ismos" que sustituyan los principios que individualmente no somos capaces de defender.

19. LA noche polar de helada oscuridad

Sucedió a colación de la entrevista que en *Disidentia* hicimos a la abogada Guadalupe Sánchez Baena, donde la entrevistada hacía una fundamentada defensa de la igualdad ante la ley, en oposición a un feminismo de tercera ola que aboga por la igualdad de resultados y, en consecuencia, del privilegio. Fue un episodio inquietante. La profesora de Derecho Constitucional, Argelia Queralt, calificó a Guadalupe Sánchez Baena de ignorante y la acusó de no entender que el principio de igualdad ante la ley es poco menos que un fraude, puesto que oculta la existencia de un “pacto sexual”. En otras palabras, el principio fundamental del Estado de derecho democrático y liberal, la igualdad ante la ley serviría para ocultar la opresión estructural que sufren las mujeres.

Para sostener este argumento, Queralt se remitía a Carole Pateman y más concretamente a su libro *The Sexual Contract* (1988), donde muy someramente explicado, Pateman sostiene que la democracia liberal es la reorganización del patriarcado en la modernidad. Y si bien en la esfera pública la igualdad de derechos entre hombres y mujeres estaría reconocida, en la esfera privada tales derechos serían inexistentes. En buena medida, esta tesis de Pateman es la traslación de la idea de Herbert Marcuse, la democracia liberal como sistema de "tolerancia represiva", a la esfera sexual. En resumen, pese a los derechos que la democracia liberal reconoce y salvaguarda, los individuos estarían sometidos a estructuras sociales de poder que les someten. Y muy especialmente las mujeres, que es lo que Pateman sostiene.

Sin embargo, en el caso de España, los datos desmienten esta hipótesis. Sí, es cierto, como apuntaba Guadalupe Sánchez Baena, que aún persisten tics machistas, pero de igual manera que persisten otras conductas incívicas minoritarias que apuntan a la orientación sexual, la raza, la religión o la procedencia. Pero los datos desmienten que España sea un país donde exista una opresión estructural contra las mujeres, de hecho, todos los estudios sitúan a España como uno de los mejores países para nacer mujer, incluso, como el mejor país del mundo para viajar si se es mujer. También, cuando nos sumergimos en el embrollo de la brecha de género, y contrastamos los datos, ésta se reduce a poco más de un cinco por ciento. Y dentro de ese estrecho margen, los sociólogos aún tienen pendiente la tarea de segregar la parte que corresponde a las preferencias personales.

Si estas son las evidencias, entonces, ¿qué hacer para que lo que no es cierto se convierta en verdad? La solución es sencilla: se convierte la mentira en verdad política. De lo que se trata es de desmitificar la democracia liberal y anteponer una idea particular del Bien, es decir, una ideología. No es la primera vez que sucede, ni seguramente será la última.

El lisenkismo

Trofim Denísovich Lysenko (1898-1976) fue un ingeniero agrónomo de origen ucraniano que ideó un conjunto de estafalarias teorías agrícolas durante la década de 1930, las cuales, agrupadas bajo la denominación de lisenkismo, fueron promovidas por el régimen soviético y elevadas a la categoría de doctrina oficial, permaneciendo plenamente vigentes para desgracia de los rusos hasta bien entrada la década de 1960.

Lysenko renegaba de la teoría cromosómica, a la que calificaba de “desviación fascista de la

genética” y rechazaba incluso la existencia de los genes. Por el contrario, defendía lo que él denominaba la “vernalización”, que no era otra cosa que la transformación espontánea del trigo en centeno, de los pinos en abetos, de los naranjos en limoneros, y así, en general, que cualquier especie vegetal podía mutar en otra. También, y como remate a su delirio, afirmaba sin rubor que los abonos eran inútiles y que bastaba con remover la tierra para que ésta se regenerara por sí misma. En resumen, el lysenkismo era un compendio de teorías absurdas sin ningún rigor científico.

En realidad, es muy improbable que Lysenko se creyera sus propias patrañas. No era un tipo brillante, pero sí lo suficientemente listo como para ver la oportunidad de mejorar su posición. Por disparatadas que fueran sus teorías, sabía que podrían ser útiles para un régimen comunista muy necesitado de logros que oponer al evidente progreso occidental. Y así fue. Las ideas de Lysenko resultaron extraordinariamente útiles para el régimen comunista, no por su inexistente valor científico, desde luego, sino por aquello que de verdad interesaba a la nomenklatura: su utilidad política. Sirvieron para recrear la realidad y contrarrestar la incontestable superioridad de la “ciencia burguesa”, es decir, para que el régimen soviético ganara en la imaginación del pueblo ruso una batalla que tenía perdida. El propio Iósif Stalin introdujo el discurso presidencial de Lysenko ante la Academia de Ciencias Agrícolas el 31 de julio de 1948. Un gesto que anticipó la cacería de brujas que vendría a continuación. A partir de esa fecha, los biólogos que no abrazaron el lysenkismo fueron detenidos, encarcelados, deportados o fusilados. Aquellos más reconocidos a nivel internacional fueron, no obstante, internados en impostados sanatorios psiquiátricos, para no alarmar a la comunidad internacional, alegando que su resistencia a tan grandes hallazgos científicos sólo podía entenderse desde la pérdida de la razón. También se eliminó de los libros de texto y de las universidades, con la meticulosidad típica de los regímenes totalitarios, cualquier referencia a la “ciencia burguesa”.

El nuevo lysenkismo

En la actualidad, más allá de ciertas minorías, que abogan por la homeopatía en detrimento de la medicina y farmacología modernas, que entienden las vacunas como dañinas y no beneficiosas, o que ven en la agricultura transgénica una amenaza biológica, en vez de un avance que asegura la provisión mundial de alimentos, convertir en doctrina que las especies vegetales mutan unas en otras de manera espontánea, de tal suerte que lo que al anochecer es un manzano amanezca siendo un naranjo, o que los guisantes “aprendan” por sí mismos a sobrevivir en el clima siberiano, sería imposible. La difusión global de los avances científicos impide que prosperen hipótesis absurdas. Sin embargo, en otros ámbitos donde la ciencia cede el terreno a las más dúctiles ciencias sociales, el lysenkismo sigue estando vigente. Este es el caso no sólo de las teorías de Carole Pateman, sino de todos aquellos científicos sociales que ven en la diferencia entre sujetos y su libertad de escoger una opresión estructural a la que señalar cuando las cosas no suceden como las han planificado.

Fue Jean-François Revel quien dijo que el lysenkismo fue un éxito del poder más que del charlatanismo embaucador, de la fuerza más que de la impostura. Pero por encima de todo fue el triunfo de la mentira. Durante más de tres décadas, los gobernantes soviéticos mantuvieron a los rusos en la ignorancia, y aplicaron métodos de cultivo absurdos que los llevaron al hambre y a la desesperación sin que pudieran entender lo que estaba sucediendo. Hubo que esperar hasta 1964 para que el físico Andréi Sájarov desmontara la farsa. Pero para entonces el atraso soviético en biología y genética era ya insalvable.

Hay demasiados paralelismos entre la lamentable historia de Lysenko y las teorías feministas de

Carole Pateman, que algunos pretenden establecer como doctrina. La historia se repite, de nuevo la mentira recreada como verdad política amenaza con recluir al individuo en lo que Max Weber definió como la Jaula de hierro: la burocratización del orden social y su noche polar de helada oscuridad.

PARTE III

Estatismo

20. Sobrevivir a la era del “efecto cobra”

La historia está repleta de medidas públicas que consiguieron efectos contrarios a los pretendidos. En la India colonial, por ejemplo, las autoridades intentaron resolver el peligro de la gran abundancia de cobras en una ciudad ofreciendo una recompensa a cada ciudadano que entregase una serpiente muerta. Y la medida funcionó hasta que algunos descubrieron la rentabilidad de establecer criaderos de cobras, favoreciendo su reproducción. Al descubrir la trampa, las autoridades retiraron el pago y los criadores liberaron todas sus serpientes. El gasto había dado lugar a más serpientes venenosas sueltas que al principio. Es lo que se conoce como efecto cobra. Resultados más graves, por su mayor ambición, tuvo la Ley Seca, o Volstead Act, promulgada en los Estados Unidos en 1920, en un clima de fuerte rectitud moral. "Esta noche, un minuto después de las 12, surgirá una nueva nación. Morirá el demonio del alcohol. De los barrios miserables no quedará más que el recuerdo. Convertiremos las cárceles en fábricas, las celdas en almacenes y silos. Los hombres caminarán erguidos, las mujeres sonreirán y los niños reirán. El infierno se habrá cerrado para siempre", proclamaba uno de los impulsores de la prohibición. Pero los efectos no fueron precisamente los perseguidos: tuvieron que construir nuevas cárceles para encerrar a quienes violaban la prohibición, no se redujo el consumo de alcohol, pero sí su calidad, con frecuentes intoxicaciones. Y, alrededor del tráfico ilegal, proliferaron mafias que corrompieron a muchos servidores de la ley, provocando una mayor degradación moral.

Cualquier cosa puede suceder

Jack Belden, corresponsal de guerra, explicaba que, básicamente, el combate no es más que un ejercicio matemático, una ecuación de movimientos, tiempos, trayectorias y ángulos, que los estrategas resuelven previamente sobre el papel. Sin embargo, tras cubrir la invasión japonesa de China en 1937, la II Guerra Mundial y la guerra civil china de 1949, comprobó que, invariablemente, todos los planes, por minuciosos que fueran, degeneraban en el caos, en un juego de azar donde cualquier resultado, por insólito que pareciera, era posible.

Para Belden, la explicación consistía en que toda acción produce otra acción de respuesta. Por tanto, miles de acciones relacionadas generan su vez miles de pequeñas reacciones: fricciones, contingencias y azares que, sumados, constituyen una niebla de incertidumbre que lo oscurece todo, incluso cuando los planes se restringen a soldados sumamente entrenados para cumplir órdenes y responder de forma óptima ante cualquier contingencia. Es en el combate, por su inmediatez, dónde mejor y más rápidamente se constata este fenómeno de dislocación entre planificación y desenlace, entre objetivos pretendidos y resultados imprevistos. Pero puede extrapolarse, con mayores desviaciones todavía, a la planificación política, a esa ingeniería social que afecta a individuos con un albedrío mucho mayor que el permitido a los militares. Si en el reducido universo del combate, algo tan simple como atarse mal el cordón de una bota puede derivar en una cadena de sucesos con consecuencias desastrosas, los imponderables de las políticas públicas, incluso las bienintencionadas, darán lugar a muchos más efectos perversos puesto que afectan no ya a grupos reducidos de soldados, sino a millones de individuos, a sociedades enteras.

Millones de fricciones

La diferencia es que, en la vida civil, las consecuencias no son observables nítidamente en cuestión de horas o días. Hay que esperar años, incluso décadas y, aun así, resulta muy difícil establecer la relación de causalidad. Además, es habitual que los políticos atribuyan el eventual fracaso de una medida a que no se aplicó con suficiente intensidad —el acostumbrado "hay que incrementar los medios"—, generando un círculo vicioso de aumento del gasto y agravamiento de los problemas.

Gracias a esta niebla impenetrable, los gobernantes pueden desarrollar y aplicar políticas para ayudar supuestamente a grupos desfavorecidos comprobando, décadas después, que su situación no ha mejorado; al contrario, los problemas se han enquistado y agravado. Pero, para entonces, ya no hay a quien reclamar responsabilidades, porque el gobernante de turno hace tiempo que se retiró.

En resumen, al igual que la planificación militar, la planificación civil genera millones de fricciones, cambios de incentivos, accidentes y azares que, acumulados, constituyen una niebla de incertidumbre donde todo puede suceder. Todo... menos lo inicialmente previsto. De ahí que la conocida frase de Groucho Marx, según la cual la política es el arte de crear un problema para poder buscar la solución equivocada, aun siendo broma, encierre algo de verdad.

Intereses propios

En *The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action* el sociólogo norteamericano Robert King Merton, analizó los motivos que daban lugar a resultados imprevistos. Apuntó en primer lugar a la ignorancia y al error. Dado que las interacciones sociales son extremadamente complejas, obtener y procesar toda la información implica costes enormes, que se convierten en estratosféricos si además se pretende prever todos los resultados posibles y asignar una probabilidad a cada uno de ellos.

Pero Merton también señaló con el dedo otro factor hasta entonces ignorado: la imperiosa inmediatez de los intereses. Los gobernantes están frecuentemente más interesados por los efectos a corto plazo, rentables para ellos o sus aliados, que por las consecuencias a largo plazo. Y a veces ni tan siquiera eso: lo que les importa es el efecto propagandístico de una política, vender su buena voluntad para resolver el problema, aunque en el fondo no solucionen nada, sólo empeoren las cosas.

Cuando resulta evidente que la medida falla a corto o medio plazo, lejos de reconocer el error, los políticos suelen argumentar que no se aplicó con suficiente rigor, que es necesario ajustarla, intensificarla o destinar más recursos. Se desencadena así un fenómeno de inconsistencia temporal: las decisiones tomadas paso a paso, en una sucesión de cortos plazos, acaban siendo incompatibles con los intereses de largo plazo de la sociedad.

Si ya es complicado determinar los resultados de una medida aislada, mucho más las de un gobierno que planifica y legisla sin descanso, disparando leyes como una ametralladora, introduciendo alegremente todo tipo de complejas regulaciones o medidas arbitrarias que cambian indiscriminadamente sin ponderación. No sólo es imposible para los votantes determinar las consecuencias a largo plazo de tal maremágnum; tampoco para los gobernantes. Y extremadamente difícil incluso para los expertos en cada materia. Así, cualquier medida que suene bien suele resultar aceptable, aunque no tenga precisamente una intención altruista.

Esto ha permitido colar de rondón miles de leyes y normas que se inmiscuyen cada vez más en el ámbito privado de las personas, establecen infinidad de obstáculos administrativos que, por ejemplo, dificultan a la gente abrir una empresa, mejorar su estatus o, simplemente, tener un mínimo de certidumbre. Para colmo, los políticos también introdujeron de forma solapada una

amplia legislación basada en lo que llamaron derechos colectivos, que han derivado en las llamadas "políticas de la identidad", y consisten básicamente en la discriminación de unos grupos respecto a otros. Una ingeniería social que tiende a imponer a la población una nueva ideología, la corrección política, con sus códigos y tabúes lingüísticos basados en el principio orwelliano de que aquello que no se puede decir, tampoco puede ser pensado.

El hombre de paja

A consecuencia de la Gran recesión, han ido aflorando movimientos de descontento que, en algunos países, alcanzan proporciones preocupantes. Los investigadores tratan de desentrañar los motivos, asociándolos siempre con algún tipo de populismo, sea de derecha o de izquierda. Y atribuyen el fenómeno a la manipulación que practican líderes oportunistas, cuya táctica es pregonar aquello que la masa quiere oír, prometer soluciones simples, atractivas, pero falaces, para resolver problemas complejos. Sin embargo, más allá de ese "hombre de paja" —el cajón de sastre en que no pocos investigadores han convertido el populismo— existe un caldo de cultivo real para el enojo de la gente: la inflación de caóticas acciones administrativas que muchas personas no ya rechazan, sino que no alcanzan a comprender.

Que el populismo se nutra de esta reactividad social, de la respuesta emocional, casi inconsciente, contra reglas censoras, no significa que el descontento sea exclusivamente un fenómeno populista o que la manipulación y la mentira sean el origen único de la reacción. Ante la ausencia de otros cauces más apropiados, los populismos se han constituido en la vía para que muchas personas reaccionen a esa niebla de incertidumbre que genera la intervención indiscriminada y sin sentido. Millones de personas no caen en el error sólo por discursos oportunistas sino también por la verdad que en ese error se encierra. En definitiva, no arremeterían contra el statu quo si no existiera una causa de fondo.

Quizá la solución óptima fuera atajar las causas, es decir, sanear ese terreno que fue insistentemente abonado, muchas veces inconscientemente, hasta convertirlo en un estúpido caldo de cultivo para demagogos. En lugar de promulgar una ley para cada problema, casi siempre empeorándolo y expandiendo la jungla legislativa, sería más eficaz la simplificación: retrotraerse a normas sencillas, estables, comprensibles e iguales para todos, un marco legal claro, con reglas del juego bien definidas, sin discriminación entre grupos, con libertad para el ciudadano y exigencia de responsabilidad individual. La prudencia aconseja alejarse del optimismo de quienes se creen capaces de determinar todos los efectos finales de la planificación. Quizá fuera factible, aunque tampoco sencillo, calibrar un puñado de medidas. Pero no infinidad de leyes en una política errática y arbitraria que regula los más ínfimos detalles de la vida, generando fricciones, reacciones, pequeñas tragedias, sufrimientos y agravios que las estadísticas agregadas no pueden reflejar. Tal política da lugar inevitablemente a obligaciones y prohibiciones arbitrarias y cambiantes, que transmiten a los individuos la sensación de que han perdido el control de sus vidas, que se experimenta constantemente con ellos, que la política da constantes palos de ciego sin saber exactamente hacia dónde se dirige. Acaso haya que buscar aquí, y no en otros lugares, las causas del cada vez mayor disgusto y desencanto de muchos ciudadanos.

21. Las instituciones tomadas

No hace mucho una persona que se calificaba de liberal afirmaba que le parecía muy bien que del balcón del Ayuntamiento de Madrid pendiera una bandera arcoíris o bandera LGBT. Repliqué que no estaba de acuerdo, que en los edificios de las instituciones sólo debían estar presentes los símbolos estrictamente constitucionales, aquellos que representan a todos los ciudadanos sin hacer referencia a preferencias particulares de ninguna clase, por legítimas que sean.

Seguramente esta persona pensaría que, con mi parecer, evidenciaba algún tipo de animadversión contra las personas homosexuales. Y es más que probable que en su fuero interno automáticamente me etiquetara como conservador y homófobo, cuando en realidad no es mi caso. La igualdad de derechos es algo que, afortunadamente, ya contemplan las leyes. Y quienes conculcan esa igualdad de derechos, por ejemplo, agrediendo o faltando a una persona homosexual, pueden ser severamente castigados. Por otro lado, las personas que simplemente tengan una opinión desfavorable respecto de la homosexualidad no van a cambiar porque las instituciones se engalanan con banderas arcoíris. De hecho, seguramente provoquen en ellas el efecto contrario, porque lo verán como un reproche moral y se reafirmarán en su posición.

Sin embargo, la utilización de las instituciones como escaparates de una determinada concepción del bien es algo que viene siendo habitual desde hace tiempo. No solo los ayuntamientos, también otros organismos públicos, incluidos ministerios, a menudo se posicionan respecto de determinadas cuestiones luciendo los símbolos oportunos. Así, también llamativos iconos feministas engalanan regularmente los edificios públicos. Este tipo de prácticas pueden parecer inocuas, pero no es exactamente así; tienen una intención transformadora, de imposición moral, como si el Estado convirtiera en obligatoria una determinada religión. Lo cual poco tiene que ver con ser liberal, al menos no en la acepción europea y clásica del término. Por ejemplo, ¿sería pertinente que de la fachada de un ministerio pendiera una pancarta con una imagen de una familia convencional, con un padre, una madre y dos niños? Al fin y al cabo, podría argumentarse que promover este tipo de familia ayudaría a incentivar la natalidad, algo que buena falta nos hace. Además, la imagen no podría calificarse de ofensiva. Pero no, tampoco sería pertinente.

En una democracia verdaderamente liberal, las instituciones no están para proyectar sobre las personas lo que en cada momento se considere el ideal del bien, ni tampoco para privilegiar unos estereotipos u otros según soplen los vientos de la Historia. Las instituciones deben ser escrupulosamente neutrales. Para garantizar la igualdad de derechos, la convivencia y el orden ya están las leyes. Y para todo lo demás, las personas son perfectamente libres de asociarse y celebrar lo que consideren oportuno, incluso pueden pedir permiso al Ayuntamiento para organizar un desfile. No hay problema.

La búsqueda del bien

La polarización que padecemos, además de ser consecuencia de unos partidos que parecen buscar su exclusivo beneficio, es consecuencia en buena medida de esta imposición del bien a través de unas instituciones que deberían ser neutrales. Hay quienes consideran que de la polarización son responsables a partes iguales la izquierda y la derecha o, incluso, puesto que la reacción más potente parece provenir ahora de la derecha, sería esta última la que está poniendo

en riesgo la paz social y, en consecuencia, el propio orden democrático. De ahí que muchas personas que se definen liberales parezcan tanto o más irritadas con determinadas actitudes de esa derecha renacida que las que se definen de izquierda.

Sin embargo, esa posición presuntamente liberal, a la que una proporción importante de individuos afirma pertenecer, es en buena medida responsable de la polarización actual, pues se habría dejado seducir por una visión particular del progreso, convirtiéndose en cooperadora necesaria de un proceso de confusión que ha terminado por convertir la democracia en un medio para un fin: la búsqueda del bien, en vez de aquello para lo que fue pensada, el control y el relevo de los gobiernos de forma pacífica.

La democracia no debe entenderse como un medio para la consecución de un fin, por loable que ese fin pudiera parecer. Es un sistema de representación basado en el sufragio universal, pero sobre todo es un sistema de control del poder pensado para salvaguardar al ciudadano de cualquier tipo de dictadura, incluida la dictadura de la mayoría. Así, por ejemplo, la democracia no consiste en que el voto mayoritario se convierta automáticamente en ley, porque entonces cualquier disparate podría ser impuesto si se consiguen los votos suficientes. Podría votarse, por ejemplo, que la Tierra es plana o que la vida de una persona y un perro tienen el mismo valor y que, por lo tanto, matar a un perro debe ser castigado con la misma dureza que asesinar a un ser humano. Lamentablemente, a lo largo de las últimas décadas esa salvaguarda fundamental, el control del poder, ha ido cediendo terreno en favor de una democracia de corte exclusivamente sufragista, donde se da por supuesto que la victoria electoral legítima cualquier imposición legislativa. Esto, sumado a esta irrenunciable búsqueda del bien, ha conducido a una nueva forma de democracia paradójicamente bastante poco tolerante: la democracia patrimonialista.

El ideal transformador

Como explica David Horowitz, las formas institucionales de las democracias liberales (capitalistas) surgen como entornos liberadores que permiten a los individuos vivir libremente y perseguir sus aspiraciones, sin caer en la anarquía o el caos. Es el dilema hobbesiano resuelto: la libertad ordenada por el Estado de derecho y las restricciones del mercado. Sin embargo, para el ideal progresista, la democracia liberal es en realidad una forma particularmente insidiosa de tiranía, porque nos hace creer que somos libres cuando en realidad no lo somos. En palabras de Herbert Marcuse, la democracia liberal es un sistema de "tolerancia represiva". Así, la libertad ordenada de la democracia liberal no sería el resultado de una reflexión sobre la naturaleza humana, sus virtudes y limitaciones, es decir, la comprensión de que, como explicaba James Madison, los hombres no son ángeles y, por tanto, hacen falta mecanismos de control adicionales además del voto. En realidad, el orden democrático liberal sería un instrumento de opresión que debe ser desmantelado para dar paso a una democracia cuyo fin ya no es la salvaguarda de la libertad individual sino la búsqueda del bien. Por eso, para el ideal progresista aceptar la democracia liberal significa cooperar con la opresión. La integración en un sistema democrático o la igualdad de condiciones en un Estado democrático no es su objetivo. Ser uno entre muchos resulta incompatible con su visión transformadora y la búsqueda del bien.

El ideal progresista necesita que los sujetos renuncien a su individualidad y se segreguen en colectivos; esto es, necesita sustituir los derechos fundamentales por privilegios de grupo... y, por supuesto, necesita que las instituciones no sean neutrales ni impersonales, sino que sean herramientas al servicio de su visión transformadora.

22. El gran saqueo

El comercial de un destacado stand del Salón Internacional de la Movilidad Segura y Sostenible estaba estupefacto. Su empresa había desarrollado un sistema de seguridad vial para los peligrosos quitamiedos, esas estructuras metálicas donde año tras año pierden la vida muchos motoristas o sufren terribles amputaciones. Su dispositivo no sólo reduciría considerablemente el riesgo de lesiones por impacto, sino que, además, evitaría que el desafortunado motorista rebotara y fuera devuelto a la vía, donde podía ser atropellado. Confiaba en que sus potenciales clientes, concejales de ayuntamientos, consejeros de comunidades, miembros de diputaciones y altos cargos del ministerio, siempre tan preocupados por la seguridad de sus conciudadanos, se detuvieran en su stand y se mostraran francamente interesados, casi conmovidos, por un invento que salvaba vidas y evitaba centenares de lesiones irreversibles. Pero su sorpresa fue mayúscula al ver que todos los mandamases pasaban de largo en tropel, como búfalos en una estampida. Ninguno reparaba en su expositor, ni siquiera le dedicaban una mirada perdida. Raudos y veloces se arremolinaron frente a otro stand cercano.

¿Qué prodigioso artilugio ofrecía la otra empresa? ¿Quizá uno que salvaba muchas más vidas que el suyo? ¿O acaso regalaban jamones de pata negra? Nada de eso. El reclamo era muy distinto. Allí estaba lo último en radares y sofisticados dispositivos capaces de detectar si un vehículo no había pasado la preceptiva ITV, circulaba sin estar asegurado, si sus ocupantes no llevaban puesto el cinturón de seguridad e, incluso, si el conductor apartaba "imprudentemente" alguna mano del volante. En pocas palabras... vendía productos con una cualidad imbatible: incrementar sustancialmente la recaudación por multas de tráfico. Mientras que la implantación del sistema de protección para motoristas costaba unos 1.000 euros por kilómetro, cada radar de última generación implicaba un desembolso de 70.000. El primero salvaría vidas directamente. El segundo, siempre según la propaganda oficial, podría hacerlo de forma indirecta, disuadiendo a los conductores de asumir determinados riesgos... pero con toda certeza permitía freír al personal a multas. Que por el precio de un solo radar se pudieran convertir en inofensivos 70 kilómetros de temibles quitamiedos importaba poco. Los burócratas habían acudido a la feria con la decisión tomada: comprar radares por docenas, como quien acude a un mercadillo a adquirir calcetines para toda la familia.

Maximizando el presupuesto

Este tipo de decisiones administrativas, que priman la recaudación sobre la seguridad, el volumen del presupuesto disponible sobre los servicios prestados al ciudadano, son demasiado comunes. La idea de que los burócratas –y en España se incluyen los políticos– tienden a anteponer sus intereses a los del público fue expuesta por el economista norteamericano William A. Niskanen en su ya clásico *Bureaucrats and Politicians* (1975). En ausencia de controles externos eficaces, los burócratas muestran una fuerte inclinación a maximizar el presupuesto del que disponen, ingresos y gastos, pero no a mejorar la calidad del servicio público prestado.

Quienes dirigen los organismos públicos se interesan por su propio bienestar, que incluye el salario, otras gratificaciones y prerrogativas, la calidad de sus despachos e instalaciones, el número de subordinados, el poder del que gozan. Todo ello crece con el presupuesto disponible. También crecen, en ambientes corruptos, las comisiones por adquisición de materiales y

adjudicación de contratos. Los burócratas prefieren los radares a los innovadores quitamiedos porque los primeros permiten expandir su presupuesto, los segundos no.

Pero no es solo que burócratas y políticos tiendan a gastar demasiado, a prestar servicios a un coste excesivo. Su comportamiento conduce también a una marcada asimetría en la evolución de impuestos y gasto público. Ambos tienden a aumentar con facilidad pero muestran una enorme resistencia a disminuir. Según Alan Peacock y Jack Wiseman, se trata del “efecto trinquete”, en alusión a esos sistemas de engranajes que se mueven con soltura en una dirección pero se bloquean en la contraria.

En las épocas de recaudación muy elevada, los políticos expanden alegremente las estructuras estatales, convierten los ingresos excepcionales en gastos permanentes, añadiendo más personal, nuevas estructuras y organismos, que difícilmente desaparecerán cuando llegan las vacas flacas. Es fácil incrementar el dispendio, pero no tan sencillo reducirlo. En casos de necesidad, los políticos recortarán el gasto, pero siempre en una cuantía inferior a aquella en que lo incrementaron cuando pudieron. Por ello, los servicios no mejoran pero los presupuestos siempre crecen a largo plazo.

El efecto trinquete explica muy bien el comportamiento de la DGT y de las diferentes autoridades de tráfico de las demás administraciones. Una vez la gente ha escarmentado y se vuelve mucho más respetuosa con las normas, el burócrata compensa la menor recaudación por multas con otras argucias, por ejemplo, añadiendo nuevas señales, haciendo que las velocidades máximas permitidas varíen con mayor frecuencia, incluso en trayectos muy cortos. Induce así a que se produzca el error humano. Ya no será la reprobable imprudencia sino el inevitable despiste lo que servirá para hacer caja. Se sembrarán las carreteras y vías públicas de radares y surcarán el cielo sofisticados helicópteros, ahora también drones, capaces de detectar la más mínima negligencia. Si el conductor manipula la radio, se hurga la nariz, gira la cabeza para hablar con el copiloto, aparta la mano del volante para rascarse salva sea la parte, o realiza cualquier otra acción susceptible de ser tildada de "imprudencia"...multa al canto.

Aunque lo deseable es que las personas interioricen la necesidad de conducir con prudencia, instaurando así las convenciones correctas, la legislación sancionadora es necesaria para erradicar determinadas conductas que atentan contra la seguridad. Pero la sociedad no puede permitir que políticos y burócratas utilicen la legislación para abusar, para perseguir objetivos interesados, en absoluto bondadosos. Una regulación cada vez más compleja, arbitraria, retorcida, llena de excepciones –de trampas– es un cepo que atraparé prácticamente a todo el mundo. Pocos se librarán de la multa pues el objetivo no es ya promover la seguridad sino mantener a toda costa la recaudación, ese volumen de presupuesto al que algunos se han vuelto adictos. El círculo vicioso se cierra destinando millones de euros a campañas publicitarias para que los medios de información manipulen a la opinión pública, difundiendo de manera entusiasta las verdades oficiales que criminalizan al sufrido automovilista. ¿Es necesario recordar que la democracia funciona cuando la prensa actúa como contrapeso del Poder, no como su correa de transmisión?

No era esto, no

Mientras las diferentes Administraciones Públicas limitan el uso de helicópteros sanitarios para asistencia a víctimas de accidentes por el elevado coste por hora de vuelo, los helicópteros equipados con el sistema de radar Pegasus operan sin restricción (5.100 horas de vuelo y aumentando), sancionando a un vehículo cada tres minutos. Si lo primordial fuera la seguridad, el esfuerzo sería el inverso. Se reduciría el tiempo medio de espera desde que se produce el accidente en carretera hasta que llegan los servicios de emergencia, que en España oscila entre 25

y 38 minutos. En Alemania, por ley, es de 15 minutos. Sepa, querido lector, que reducirlo a 15 minutos implicaría un descenso de hasta un tercio en la mortalidad.

Por si esto no fuera suficiente, hay más de 200.000 señales de tráfico cuyas láminas reflectantes están caducadas, 20.000 kilómetros de trazado que necesitan ser repintados urgentemente y miles de desperfectos en los pavimentos (grietas, agujeros y badenes), todo esto representa una amenaza mayor para la seguridad que los socorridos excesos de velocidad, pero, lógicamente, “combatirlo” no genera ingresos adicionales. En resumen, a pesar de que la Administración recauda 25.000 millones de euros anuales del sector del automóvil, destina sólo 2.800 millones a garantizar la seguridad de nuestras carreteras. El resto, tal como apuntaba Niskanen, se pierde en una insaciable y creciente burocracia.

El sistema constitucional debe establecer reglas claras, mecanismos eficaces de control y contrapeso para contener tal desafuero y arbitrariedad. Para evitar que políticos y burócratas se sirvan a sí mismos, no a la sociedad. Para impedir, en definitiva, que abusen de todos nosotros, que apliquen el "trinque" y el "trinquete", con la excusa de que velan por nuestra seguridad.

23. Un Estado en la sombra

Diego de la Cruz, economista y profesor del IE Business School, facilitaba un dato: según le habían indicado funcionarios de la Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal (AIReF), el gasto anual en subvenciones en España estaría en torno a los 30.000 millones de euros y podría alcanzar incluso los 35.000 millones, porque no son cifras definitivas. Para hacerse una idea de la magnitud, lo gastado en subvenciones en el más prudente de los supuestos superaría en 6.000 millones todo lo recaudado mediante el Impuesto de Sociedades en 2018, cantidad que, según los Presupuestos Generales del Estado, ascendería a 24.258 millones de euros.

Lógicamente, dentro del concepto de subvenciones cabe de todo, desde las ayudas para obra civil, pasando por las subvenciones agrarias (el PAC por sí solo supone unos 5.000 millones de euros), hasta las concedidas a diarios y medios de información —quizá sea por esta razón que las subvenciones suelen quedarse en las tinieblas informativas— o, incluso, subvenciones para la conservación de la “gallina chulilla” o para impartir cursos donde aprender a masturbarse con maestría.

Aunque se supone que de oficio son las propias administraciones que conceden las subvenciones quienes deben auditarlas y evaluarlas, desde 2017 el organismo encargado de realizar lo que se conoce como “spending review” (revisión de gastos) es la AIReF, una entidad independiente creada a instancias de la Unión Europea —no siempre la UE es malvada—, al fin y al cabo, que fueran unas administraciones politizadas las que auditaran sus propias subvenciones era como poner al zorro a cuidar del gallinero.

En la orgía de las subvenciones participan con gran entusiasmo la Administración Central, las Comunidades Autónomas y los Ayuntamientos. Y su evaluación externa requiere de una recopilación de datos extraordinariamente complicada, máxime cuando las propias administraciones o bien facilitan datos incompletos o bien equivocados o bien, directamente, fantasmagóricos, como fue el caso de la Junta de Andalucía, donde en 2019 afloraron 2.000 millones de euros en subvenciones y otras ayudas de las que nadie tenía noticia.

El propósito de crear la AIReF no solo era evaluar la eficiencia del gasto de las administraciones y el cumplimiento de los límites de déficit, también se trataba de mejorar la transparencia, es decir, saber cómo y en qué exactamente gastan las administraciones el dinero de los contribuyentes. Lo cual, supuestamente, beneficiaría a la Ley de transparencia, que entró en vigor en 2013. Sin embargo, la Ley de transparencia, que fue creada para prevenir el derroche presupuestario aflorado con la Gran recesión, ha terminado siendo más una declaración de intenciones que una medida efectiva, algo habitual en entornos administrativos refractarios al buen gobierno. Al final, las administraciones, si bien cumplen a regañadientes con la letra de la ley, ponen gran empeño en sabotear su espíritu. Incluso el gobierno central, que es de todas las instancias la más cumplidora, no parece interesado en que el contribuyente sepa cómo se dilapidan sus dineros.

El caos intencionado

Para entender la viciada relación administraciones-contribuyentes sirve una metáfora cinematográfica. El típico argumento del abogado con principios que demanda a una gran corporación, y se enfrenta en solitario al todopoderoso equipo de abogados del bufete que

representa a la corporación demandada. En un acto de astucia, el modesto abogado logra que el juez dicte una orden para que la gran corporación le facilite todos los registros de sus operaciones, incluyendo valiosos memorándums internos. El demandante se las promete muy felices porque sabe que en esos documentos están las pruebas que necesita para ganar el caso. La empresa, obligada por el juez, cumple la orden... pero la cumple a su manera. A los pocos días, alguien llama a la puerta del pequeño despacho del esforzado abogado. Es un pasante del poderoso bufete que viene a traerle la documentación solicitada. Pero no se la entrega en un soporte informático, sino que le invita a salir a la calle. Ahí le aguarda un camión, en cuya plataforma hay apiladas cientos de cajas de cartón. Y dentro de ellas, centenares de miles de papeles desordenados. El esforzado abogado, estupefacto, se echa las manos a la cabeza. Toda la información, en efecto, le ha sido entregada. Se ha cumplido la ley. Pero necesitará varias vidas para hallar la verdad en esa montaña de papeles.

Este es poco más o menos el comportamiento de las administraciones. Cumplen la ley, sí, pero lo hacen como el malvado y poderoso bufete de la película: hacen todo lo posible para que el ciudadano común no pueda obtener una imagen nítida de en qué y cómo se derrochan sus impuestos.

¿Transparencia?

Como prueba, la Base de Datos Nacional de Subvenciones (BDNS), donde se recopilan todas las subvenciones gubernamentales, autonómicas y municipales, las concedidas y las que están por conceder. Bajo el título “Sistema Nacional de Publicidad de Subvenciones” y la palabra “transparencia”, lo que hay es un enorme camión con miles de cajas y cientos de miles de datos desagregados. Ni una sola gráfica orientativa, ni un esquema, ni una tabla con magnitudes principales, nada, absolutamente nada que ayude al ciudadano a hacerse una idea del gasto.

No hace falta llegar al nivel de virtuosismo de The New York Times, que pone enorme esmero en sus gráficos para que los lectores se hagan una idea cabal de los fenómenos más complejos con un simple vistazo. Basta comparar con un diario cualquiera que ponga interés en trasladar datos a gráficos para comprender la tomadura de pelo que es el portal del BDNS. Ni adrede puede crearse algo más mostrenco. ¿Quiere usted averiguar la verdadera dimensión del inaprensible universo de las subvenciones?, pues prepárese, porque, para dar información, la Administración es el trilerero número uno.

Parece evidente que lo que se pretende con herramientas tan pésimas es no infringir de forma flagrante la letra de la ley, pero, sobre todo, evitar a toda costa cumplir con su espíritu. No interesa que el ciudadano pueda hacerse una idea del gasto y su naturaleza de un vistazo; mucho menos que descubra subvenciones enloquecidas, como aquella mítica que fue otorgada para “el bienestar y salud de conejas reproductoras” o la del “estudio de la reproducción del lenguado senegalés”. O, en el colmo del surrealismo, las que se otorgan para... ¡pagar impuestos! ¿Qué le viene mal abonar el IBI? No se preocupe, una subvención y resuelto... siempre y cuando tenga el salvoconducto oportuno. Porque estas partidas no son para el común de los mortales, sino para echar una mano a los que corresponde.

Disparar con pólvora ajena... y fallar el tiro

¿A cuánto asciende la broma de las subvenciones en España?, ¿30.000, 32.000, 35.000 millones de euros? Ni siquiera la AIREF parece ser capaz de saberlo con certeza. Pero ¡será por dinero! El 13 de marzo de 2019, el presidente del gobierno anunciaba una medida estrella, el

subsidio para parados de larga duración mayores de 52 años. Una paga de 430,27 euros mensuales de la que, se supone, iban a beneficiarse 400.000 personas. La medida tenía un fuerte aroma a compra de votos masiva. Y de eso se trata demasiado a menudo. Después de todo, paga usted, querido lector. Pero es tal el despropósito en materia de subvenciones que la ley está tan pésimamente redactada que no hay manera de saber cuáles son los requisitos para obtener este subsidio, y su otorgación ha tenido que ser suspendida de manera indefinida.

La cuestión es, ¿redactaron mal la ley porque son un atajo de incompetentes? ¿O lo hicieron mal adrede porque la caja está vacía y lo que importaba era la propaganda? No se sabe. En cualquier caso, no parece muy probable que los abogados que dan forma jurídica a estos untamientos en masa sean tan necios. Tal vez lo que sucede es que, cuando lo que interesa es el desorden y el barullo, y que nadie se entere de nada, al final el que hace la ley no es que haga la trampa, es que cae en ella de bruces.

24. Humo en tres colores diferentes

Fue el 1 de enero de 1986 cuando el Impuesto sobre el Valor Añadido (IVA) se introdujo en España con un tipo general del 12%. Algunos años antes, Philips y SONY habían patentado el Compact Disc. Y el primer reproductor lo lanzaría al mercado la marca japonesa el 1 de octubre 1982, el CDP-101, que al cambio actual vino a costar 1.022 euros. El hito del Compact Disc viene a colación porque, en España, la marca Philips lanzó esta nueva tecnología casi simultáneamente a la implantación del IVA. Y la coincidencia da lugar a una estupenda metáfora que sintetiza nuestra historia reciente.

En 1986 no existía Internet, ni teléfonos móviles y mucho menos televisión a la carta o plataformas digitales. Un billete de Metro en Madrid costaba 50 pesetas (0,30 euros), y el abono de 10 viajes con precio reducido, 410 (2,5 euros). Un salario aceptable, si se tenía alguna cualificación, pero insuficiente, rondaba las 40.000 pesetas mensuales (240 euros). Si se era jefe de algo, podía llegar a las 60.000 pesetas (360 euros). Y el tótem de los salarios era 100.000 pesetas (601 euros). Más allá de esos sueldos, gente que ganara dinero de verdad trabajando, y no me refiero a ganar fortunas, era muy escasa. Con esos salarios, adquirir un reproductor de Compact Disc estuvo fuera del alcance de la mayoría. El “crédito fácil” no existía. De hecho, podías tener una nómina aceptable y un contrato indefinido, y aun así necesitar un aval para solicitar un pequeño préstamo bancario. Así que lo habitual era que muchos padres avalaran a sus hijos en los créditos al consumo, por más que los segundos tuvieran un trabajo estable y se hubieran emancipado. Financiar compras menores, como una nevera o un televisor, implicaba muchas veces poner como garantía alguna propiedad. Y quienes no pudieran recurrir a los padres para hacerlo sólo tenían dos alternativas: ahorrar o ajo y agua.

En los años 80, crisis económica era equivalente a crisis industrial. Esta crisis no era exclusivamente nuestra, sino general en Europa. Sin embargo, en España alcanzó una dimensión mucho más dramática. En menos de ocho años la producción industrial española se había desplomado y el número de puestos de trabajo perdidos en el sector sumó los 816.000, frente a 421.000 en Francia y 533.000 en Italia. Como consecuencia, la capacidad adquisitiva española sufrió un deterioro del 36 por ciento respecto al resto del mundo.

Siempre se ha dicho que la reconversión industrial se hizo mal, y que fue un peaje impuesto por la Unión Europea, y más concretamente, por nuestros competidores directos: Francia, Italia y Alemania. Pero lo cierto es que nuestra industria de entonces, fuertemente intervenida por el Estado, ni producía lo que el mercado demandaba, ni lo hacía a un precio y una calidad competitivos. De hecho, la tardía asunción de esta realidad supuso acumular una deuda de más de 500.000 millones de pesetas en la siderurgia, y de más de 240.000 millones de pesetas en la construcción naval. Por supuesto, reconvertir no tenía por fuerza que ser equivalente a desmantelar. Podría haberse acometido una modernización. Pero en un contexto de crisis internacional y de contracción del crédito, eso sólo podría haber sido posible mediante una fuerte inversión de capital propio. Y el Estado no estaba para grandes inversiones. Así que sólo quedaba la opción de que el capital privado español se animara. Pero, como todos sabemos, los grandes señores del dinero patrio siempre han tenido una fuerte aversión al riesgo. Sólo invierten si tienen todas las garantías, no ya del mercado, sino del poder político. Para ellos, todo tiene que ser beneficio, y rápido.

En efecto, no interesaban los retos, sólo conseguir a precio de saldo gallinas que pusieran

huevos de oro, como más tarde se comprobó con las privatizaciones de los oligopolios estatales que eran boyantes. O con el resurgimiento de los mitos empresariales vasco y catalán, en gran medida fruto del trato de favor que el poder político otorgó a unas oligarquías locales que miraban por encima del hombro a su involuntario valedor: el sufrido contribuyente y consumidor español.

La expansión fiscal

Esa era la España del recién estrenado IVA y del tardío lanzamiento del Compact Disc. Una España paradójica, porque mientras la modernización del Estado fue un hecho y, a colación, la fiesta de las oligarquías económicas, también, no fue así para el conjunto de la sociedad. Por más que el fraude fuera elevado, el IVA se convirtió en una realidad, la primera piedra de toque de una expansión fiscal que sanearía las arcas del Estado, animaría el gasto y la contratación pública y transformaría a los ventajistas en magnates; a los activistas, en informales subcontratistas del Estado; y a los partidos, en aparatos de poder. Pero la modernidad siguió siendo para la inmensa mayoría algo aspiracional más que real. Fue años más tarde, en un contexto de recuperación económica internacional y de expansión del crédito, cuando España crecería como nunca, pero lo haría sobre cuatro pilares fundamentales: la bicoca de las obras públicas, el ladrillo, las ayudas milmillonarias de la Unión Europea y el turismo. A partir de ahí, la separación entre lo público y lo privado prácticamente desapareció. Pero no importó, todos miramos para otro lado porque para entonces el crédito por fin alcanzó al común, y lo hizo a lo bestia. Casi sin darnos cuenta, pasamos de tener que poner la vivienda familiar como aval para financiar la compra de una lavadora, a obtener hipotecas de cientos de miles de euros usando como garantía una nómina de mierda o la dudosa fotocopia de la última declaración de la renta. Fueron los años de vino y rosas, del endeudamiento público y privado, del aumento enloquecido del gasto estructural de las administraciones, de los aeropuertos sin aviones, de los puertos sin barcos, de las autopistas sin coches, de las bibliotecas públicas sin lectores, de las universidades sin alumnos, de las operaciones corporativas a crédito, de las cajas de ahorro convertidas en pozos sin fondo, de las campañas institucionales a todo trapo, de los corresponsales de los grandes diarios hospedados en hoteles de cinco estrellas y tarjeta VISA de empresa... Lo que vino después es de todos conocido: la Gran recesión.

No quiero que se me mal interprete. Desde 1986 hasta el presente, España ha dado un salto enorme. Es innegable. Pero si descontamos el gran avance en infraestructuras públicas, en buena medida ese salto es mérito del emprendedor Juan Español, que ha creado riqueza aún a pesar de los políticos y los señores del dinero; también, a pesar de los separatistas y grupos de intereses travestidos de activistas altruistas, que hoy, gracias a la expansión de las administraciones públicas y su clientelismo, alcanzan la categoría de plaga. Una prueba de esto ha sido el boom exportador, cuya clave, además de una cultura empresarial renovada que surge al margen del poder económico tradicional gracias a la ventana de oportunidad de la crisis, está en el descubrimiento de que es más fácil y rentable vender fuera que dentro, entre otras razones, porque en el mercado exterior las regulaciones son mucho más asumibles que las que rigen en el mercado interior. Y también porque la inconsistencia temporal de los gobiernos de los países clientes es mucho más llevadera que la de los gobiernos españoles. En el mercado interior, para la mayoría el BOE sigue siendo un arma de destrucción masiva, mientras que para una minoría es el cuerno de la abundancia.

Oficialmente, la Gran recesión finalizó en 2014, tras encadenar España varios trimestres consecutivos de crecimiento de la economía. Sin embargo, todavía en 2019 no hemos recuperado

algunos valores previos a la crisis, especialmente el del empleo. Las reformas están pendientes, seguimos generando déficit y el endeudamiento del conjunto de las administraciones supera el 100 por ciento del PIB. En este contexto, y con nuevos nubarrones en el horizonte económico, se impone una visión “progresista”, cuya agenda se desglosa, por un lado, en un feminismo que privilegia a las mujeres en detrimento de los hombres, como si la vida real fuera un juego de suma cero, donde lo que unos pierden, otros lo ganan, cuando no es así. Por otro lado, la llamada “transición ecológica”, que traducido al lenguaje común significa más regulaciones, más impuestos y más clientelismo. Y, por último, la implantación de una “economía justa”, que es exactamente lo mismo que lo anterior, sólo que dándole un giro creativo. En resumen, los grandes ejes de la agenda política para los próximos años son feminismo, igualdad y ecologismo. Humo en tres colores diferentes para desviar la atención de lo importante.

Han transcurrido 34 años desde aquel lejano 1986, cuando estrenamos el IVA (entonces del 12%, hoy ya del 21%) y Philips lanzaba su Compact Disc en España, un invento que muchos no pudimos disfrutar hasta años después, aunque el IVA sí lo pagamos desde el primer minuto. Desde entonces, muchas cosas han cambiado. España es hoy en bastantes aspectos un país mucho mejor, a qué negarlo. Pero, desgraciadamente, en otros muy importantes seguimos exactamente donde estábamos y bastante más endeudados que en 1986.

La otra desigualdad

Sí, hay una desigualdad creciente, pero no la que señalan los expertos, sino otra que divide a la sociedad entre quienes están al amparo del Estado o trabajan para las empresas, o pertenecen a organizaciones, que parasitan el BOE, y quienes están al margen de este sistema de riqueza de acceso restringido, dominado por minorías, que ningún político se atreve a tocar. Para cambiar esto es para lo que es necesario el consenso y un nuevo espíritu de concordia. Un consenso entre quienes defienden que España está estupendamente, y sólo necesita pequeños ajustes, porque a ellos les va bien, y aquellos a los que les va peor y piensan que la solución es echarlo todo abajo. A los primeros ojalá que un rayo divino les ilumine y proporcione un poco de empatía. Y a los segundos, que la desesperación no les convierta en necios.

Nuestros problemas no son el machismo, el medio ambiente o la desigualdad entendida desde la estrechez de miras del experto. Nuestros problemas son otros muy viejos. Y pronto, me temo, van a volver a dar la cara. Va siendo hora de afrontarlos.

PARTE IV

Elitismo

25. El regreso de la sociedad estamental

La película *22 de julio*, del director Paul Greengrass, que reconstruye el atentado en Oslo cometido en 2011 por Anders Breivik, pasó sin pena ni gloria por los festivales de cine. Los críticos argumentaron que el film se limitaba a reconstruir los hechos, centrándose en las vivencias de las víctimas. Y eso no era lo esperado. “No es una película sobre el atentado, sino sobre lo que ocurrió en Noruega”, sentenciaron de forma unánime. Para la crítica, el pecado de Greengrass no fue hacer una mala película, sino desaprovechar la oportunidad que brindaba ese atentado para de lanzar, a través del cine, un discurso político. Dicho en otras palabras, esperaban que Greengrass mostrara a Breivik, no como un asesino solitario, sino como demostración de que una gran amenaza fascista acechaba en la sombra. Lamentablemente, el director británico prefirió compadecerse de las víctimas y reconstruir los hechos de manera minuciosa. Lo cierto es que, a pesar de que el propio Anders Breivik intentó convencer a la policía y al tribunal de que actuaba en nombre de una organización clandestina, quedó demostrado que era un lobo solitario. Detrás de la matanza no había ningún conciliábulo; mucho menos un amenazante ejército en la sombra, ni siquiera un estado de opinión oculto. Así que Greengrass, después de todo, había sido más honesto que sus críticos.

Sin embargo, la contribución más interesante de la película de Greengrass no fue su fidelidad narrativa, sino una revelación que pasó completamente desapercibida, probablemente también para el propio director. Con sólo un par de secuencias, Greengrass puso en evidencia la existencia de una élite enclavada dentro de la democracia noruega.

Antes de llegar al momento de la matanza, Paul Greengrass nos introduce en el campamento juvenil del partido laborista noruego en el islote de Utoya. Cuando el asesino Breivik hace explotar su furgoneta cargada de explosivos en el llamado “barrio del gobierno” —un conjunto de edificios y oficinas gubernamentales— y la noticia llega a Utoya, la directora del campamento reúne a los alevines del partido laborista y les dice: “Como habréis oído, ha habido una explosión en el barrio del gobierno en Oslo. Todavía no tenemos mucha información. Los padres de muchos de vosotros trabajan allí, ¿verdad? Creo que tendríais que llamarles, si no lo habéis hecho ya.”

“Los padres de muchos de vosotros trabajan allí, ¿verdad?” En efecto, en el campamento-escuela de Utoya se encuentran los hijos de los altos cargos y funcionarios del partido laborista preparándose para continuar el linaje. Previamente, en otra secuencia se muestra a los jóvenes discípulos debatiendo sobre futuras iniciativas de gobierno. Uno de ellos explica al resto que hará cuando sea primer ministro, porque está escrito que, si no él, alguno de ellos terminará siéndolo. Son los elegidos. Esta forma de selección ha sido asumida en Noruega, y en otras democracias liberales, con total normalidad. De hecho, Greengrass utiliza la secuencia, no para denunciar este problema, sino para contraponer a los jóvenes laboristas, que defienden la diversidad cultural, al xenófobo que, pocas horas después, los asesinará vilmente. Es, pues, un mensaje moralizante.

Élites

La existencia de una meritocracia que se perpetúa a sí misma no es una característica exclusiva de Noruega, se reproduce en numerosas democracias. Sobre este fenómeno ya alertaron reputados analistas, politólogos y sociólogos, como Robert Putnam, Charles Murray, Bill Bishop, Angelo Codevilla, Joel Kotkin, Leonard E. Read, Robert H. Frank o Daniel Bell, por citar

algunos. Por lo tanto, no hablamos de una teoría peregrina ni descabellada.

Lo que diferenciaba a las viejas sociedades estamentales de las democracias modernas es que, en estas últimas, para seleccionar a las personas que ocupaban las posiciones de poder, se sustituyó el sistema de selección aristocrático por otro de acreditación meritocrática. La idea era seleccionar una élite gobernante suficientemente preparada para dirigir el país. Este sistema de acreditación no estamental parecía bastante razonable, puesto que, al menos en teoría, proporcionaba ciertas garantías de que se escogería a los más cualificados sin atenerse a privilegios hereditarios o títulos nobiliarios.

Sin embargo, como explicaba Daniel Bell en *On Meritocracy and Equality* (1972), no puede haber una meritocracia pura, porque los padres que consiguen acceder a posiciones relevantes invariablemente tratan de transmitir estas posiciones a sus hijos, ya sea mediante su influencia o por las ventajas culturales que pueden proporcionarles. Después de una generación, la meritocracia tiende a transformarse en una clase enclavada. Así, con el paso del tiempo, la selección de la élite gobernante no se realizaría teniendo en cuenta al conjunto de la sociedad, sino que se restringiría a un grupo reducido, cuya principal característica sería la relación de parentesco. Esto supone en buena medida un regreso al viejo orden de la sociedad estamental, que es precisamente lo que el sistema meritocrático pretendía sustituir.

Los partidos como “espacios seguros”

Además del parentesco, existe otra clave que condiciona la naturaleza de la élite gobernante: la uniformidad. Los jóvenes de Utoya primero son seleccionados por su parentesco y después son adoctrinados para mantener una determinada tradición política. Así, el campamento de Utoya se constituye en espacio seguro, un entorno hermético que mantiene a los jóvenes herederos a salvo de influencias externas. Lo que da lugar a una incompatibilidad irresoluble entre la perpetuación del linaje y la utilidad política.

Greengrass nos muestra, aun sin pretenderlo, el hermético sistema de selección del partido laborista noruego. Pero, si hubiera sido pertinente, podría haber mostrado el de cualquier otro partido europeo con tradición de poder, porque son muchos los que han derivado en sistemas de acceso restringido y, en la práctica, funcionan como una gran familia. Son organizaciones a las que el político ingresa siendo muy joven para así desarrollar una fuerte dependencia, alcanzar una posición y finalmente, cerrando el círculo, transmitirla a sus herederos.

En los países occidentales hay una gran cantidad de partidos políticos, pero hasta hace poco la mayoría no obtenía representación. El poder tradicionalmente se dirimía entre dos grandes formaciones que, en teoría, ocupan posiciones contrarias: un partido progresista y otro conservador. El partido progresista promete más políticas sociales y limitar la libertad económica. El conservador, lo contrario. Ambos se alternarán en el poder, proporcionando consecutivamente más políticas sociales y más libertad económica.

Sin embargo, cuando el sistema democrático es capturado por élites enclavadas no sucede así. Después del turno progresista, se habrá favorecido a contadas minorías, con un coste muy bajo, pero no se habrá proporcionado al conjunto de los votantes las políticas sociales prometidas. La justificación para este incumplimiento suele ser una coyuntura adversa. Pero, con el fin de distraer a los votantes y conservar su lealtad, sí se disminuirán algunas libertades económicas. Con el turno conservador sucede lo mismo, pero al revés. La promesa de una mayor libertad económica no se cumplirá —de nuevo, la coyuntura adversa—, pero sí se limitarán las políticas sociales en alguna medida, y de forma arbitraria, con el mismo fin: no perder la lealtad de sus votantes de referencia. Así, la alternancia no supone una mejora significativa, ni en políticas sociales, ni en

libertad económica. Al contrario, lo que se produce es una disminución significativa de las expectativas de los electores, la perpetuación de unos partidos cada vez más inoperantes y la progresiva reducción de recursos y de libertad. La explicación es sencilla. Cuando los partidos políticos se institucionalizan y las élites meritocráticas evolucionan a élites enclavadas, los entornos de poder, antes abiertos, degeneran en sistemas de acceso restringido en los que tienden a prevalecer los intereses propios. Y cualquier iniciativa que sea beneficiosa para la sociedad, pero suponga un coste político, tenderá a ser desestimada.

El agotamiento de los partidos

Los votantes estarían descubriendo esta realidad. De hecho, han empezado a reclamar mayor atención, al alejarse de los partidos tradicionales y apostar por nuevas alternativas, en teoría, menos convencionales. Son los partidos populistas, uno de cuyos principales signos de autenticación es, precisamente, el antielitismo. Al público no le importan otras consideraciones, como la supuesta estabilidad; tan sólo quiere golpear donde más duele. Los partidos tradicionales advierten del peligro que suponen estas formaciones, cuyos líderes carecen de las acostumbradas acreditaciones. Y es posible que, a pesar del evidente conflicto de interés, estén en lo cierto. Pero el problema no es la emergencia de formaciones populistas: es la obstinada negativa a la apertura y a la renovación de los partidos tradicionales lo que está abocando a las democracias a un proceso de destrucción creativa de consecuencias imprevisibles.

Ante esta progresiva pérdida de apoyo, la solución de compromiso de los partidos tradicionales ha sido aunar en sus programas promesas de más políticas sociales y más libertad económica. Todo en uno. El bálsamo de Fierabrás. Sin embargo, lejos de reducirse la desafección, ésta ha seguido creciendo. Ocurre que, en la medida en que no se produce el necesario proceso de apertura y renovación de los partidos, se siguen imponiendo los intereses propios. Y la pérdida de confianza no mengua.

No hay atajos. La supervivencia de las democracias liberales, tal y como las conocemos, pasa en buena medida por un proceso de apertura en sus organizaciones representativas, los partidos, y, en consecuencia, por la renovación de las élites gobernantes, tanto de sus integrantes como de sus actitudes. En el futuro, llegado el caso, debería ser normal que surjan nuevas formaciones —o alianzas— para afrontar determinadas tareas, como grandes reformas, y que, una vez realizadas, se disuelvan... O que aquellas formaciones que no cumplan sus promesas directamente desaparezcan.

26. La trampa de la confrontación

Gonzalo tiene 21 años, lo que significa que ha pasado más de la mitad de su vida mediatizado por la crisis económica. Su generación, al contrario que su predecesora, los millennials, no percibe la certeza, todo es cuestionable, especialmente esas fórmulas mágicas que prometen la estabilidad en un mundo acelerado y en permanente cambio. Desde pequeño, aprendió, al igual que el griego Heráclito, que todo cambia, fluye, pero ahora a gran velocidad, sin que tenga que transcurrir una generación para que el mundo se dé la vuelta. Sabe que la crisis no fue un suceso temporal, pasajero, sino el entorno en el que deberá desenvolverse, un marco donde la prosperidad puede esfumarse al instante, escurrirse como el agua entre los dedos.

Gonzalo sabe que es necesario esforzarse, aprovechar el tiempo, contraponerse a los que continúan flotando a la deriva, aferrados a viejos estereotipos, como náufragos abrazados a los restos del Titanic. Ahora se trata de nadar con fuerza para alcanzar la orilla. Porque el viejo mundo que conocieron sus padres, y especialmente sus abuelos, aparentemente ordenado, con su centro de gravedad permanente, desapareció y no volverá, por mucho que los políticos prometan que es posible retroceder en el tiempo.

Gonzalo no gasta sus energías con polémicas porque ha visto a sus mayores discutir hasta la extenuación sin resultados. No confía demasiado en los gobernantes, ni en ninguna organización con pretensiones omniscientes, porque no cree que dispongan de la información y la inteligencia suficiente como para prever el futuro, menos aún –lleva años leyéndolo y escuchándolo en los medios de información– del altruismo para sacrificarse en beneficio de la comunidad. La suya es una generación independiente, crecida a la sombra de un mundo nuevo donde lo sólido se disolvió en un poderoso remolino que engulle al que se deja llevar por la corriente, pero ofrece nuevas oportunidades al que nada con energía.

Un nuevo “Espíritu de frontera”

Así contado, parecería que Gonzalo no cree en nada, pero tiene convicciones. Cree en sí mismo, un cambio sustancial respecto a sus predecesores, que eligieron diluirse en la colectividad sin comprender que el ideal de igualdad era un señuelo, un mecanismo en favor de grupos de intereses que desincentiva la iniciativa y la responsabilidad individual, precisamente los dos elementos que permiten prosperar a las personas y proyectar las sociedades hacia el futuro.

A pesar de su corta edad, ya ha vivido en el extranjero, ha conocido entornos donde uno es valorado por lo que es, por lo que hace, no por sus contactos o por la facción a la que se adscribe. Y ha decidido que, una vez finalizados sus estudios, se irá si no encuentra en su país oportunidades que compensen su esfuerzo. Su enfoque también es nuevo ahí porque dar ese salto no le causará ningún trauma; será una decisión natural, lógica, incluso gratificante. Si percibe que la mentalidad de esta sociedad, con sus barreras y tabúes, con su falsa y permanente confrontación entre rojos y azules, le impide desarrollar su potencial, no perderá el tiempo pataleando, no hará política; votará con los pies, tratará de encontrar su camino en otra parte. No está dispuesto a renunciar a sus legítimas aspiraciones por una visión del mundo que no comparte. Tampoco malgastará sus energías en defender estas nuevas ideas que pocos aceptan por culpa de un implante cerebral heredado. Mientras las fronteras sigan abiertas, las cruzará hasta encontrar su lugar.

Gonzalo todavía no lo sabe, pero se encuentra en medio de una gran confrontación entre dos visiones opuestas para asumir este nuevo mundo que no es que esté llegando, es que ya está aquí, aunque la mayoría no se dé por enterada. Pero la disyuntiva no consiste, tal como se ha venido contando a lo largo del siglo XX, en una contraposición entre izquierda y derecha, entre lo público y lo privado, entre el Estado y el Mercado. Ninguno de estos antagonismos tiene hoy día fundamento sólido, más allá de fanatismos, sectarismos, creencias, dogmas e intereses. La izquierda y la derecha no poseen en el mundo moderno planteamientos tan dispares. Tampoco el Estado y el Mercado, lo público y lo privado, son excluyentes hoy en día; sino complementarios. La disyuntiva es más profunda, más compleja, más ligada a la actitud vital.

Lo que se contrapone es una concepción paternalista y dirigista de la política frente a la libertad y la responsabilidad de cada persona. Un Estado intrusivo, que interfiere hasta en los más mínimos detalles de la vida privada, que impone innumerables trabas y restricciones, frente a un Estado posibilitador, que facilita la vida, que ofrece todas las ventajas y abre todos los espacios a la iniciativa privada. Un Estado clientelar que crea multitud de puestos para colocar a los partidarios frente a otro que provee servicios útiles a la sociedad, a las empresas. En definitiva, un sistema de acceso restringido, con trabas, privilegios y corrupción, que pregona la igualdad, cuando en realidad la discriminación es su esencia, frente a un sistema de libre acceso, que garantiza la igualdad de oportunidades.

El desbordamiento del Estado

Los gobiernos occidentales aprovecharon el final de la Segunda Guerra Mundial y la reconstrucción para proyectar Estados poderosos, que poco a poco fueron inmiscuyéndose en el ámbito privado de los individuos, hasta que en los años 80 y 90 surgieron visiones discrepantes que, en determinados lugares, lograron revertir la situación, dando lugar a un nuevo enfoque. Así, algunos países se adaptaron al cambio, mostrando con nitidez que no se trataba de un conflicto izquierda-derecha o Estado-Mercado.

Las profundas reformas económicas suecas en la década de 1990 son un ejemplo paradigmático. De un Estado de bienestar dirigista, paternalista, intrusivo, asfixiante y, sobre todo, insostenible, Suecia pasó a otro que primaba la responsabilidad individual, la libre elección del ciudadano, la orientación hacia la igualdad de oportunidades; en definitiva, los gobernantes suecos devolvieron a las personas numerosas competencias que tenían secuestradas. Hoy, Suecia sigue teniendo un sector público extenso e impuestos relativamente elevados y, lamentablemente, una enfermiza obsesión con la imposición de una “moral pública”, pero también un mercado competitivo y pujante, con pocas barreras. Lo que demuestra, al menos en gran parte, que el dilema no es más o menos Estado sino más o menos dirigismo, más o menos libertad y responsabilidad.

Suecia no es un caso aislado: otros países han seguido su estela, como Nueva Zelanda, que no sólo ha recuperado la prosperidad perdida durante la Gran recesión, sino que avanza a un ritmo increíble. Aunque el triunfo del laborismo ha puesto en riesgo este proceso transformador en Nueva Zelanda, y en Suecia la alianza socialdemócrata pretende retrotraerse al pasado y volver a la senda de una creciente presión fiscal, el nuevo camino quedó expuesto a la luz, a la vista de todos. Aquí, por el contrario, los demagogos de mayor o menor gradación ocultan la realidad, tras la niebla de esas soluciones mágicas, que van desde el vacío “sentido común”, hasta las expediciones a Ítaca, pasando por la vuelta a la comuna de París. Y es que, en España, como en otros países, los gobernantes se atribuyeron la facultad de cuidar, guiar y proteger al ciudadano, incluso de sí mismo. Fomentaron el infantilismo social, el miedo a la libertad, transformaron la

sociedad en un organismo blando, dependiente, quejica pero muy poco crítico, propenso a despotricar, a gritar, pero no a usar el cerebro. Laminaron la responsabilidad individual para crear rebaños, facciones, no ciudadanos. Una masa manipulable en interés de gobernantes que se llenaron la boca de falsos derechos sin mencionar los correspondientes deberes.

Pensar diferente

Más allá de intereses corporativos, en nuestro país carece de fundamento la contraposición entre público y privado, por mucho que los fundamentalistas de uno y otro lado lo pregonen de forma estentórea. Gran parte de las empresas privadas funciona con criterios muy alejados de la eficiencia, porque su supervivencia depende más de las relaciones con el poder político, del intercambio de favores, que del buen servicio al consumidor. Las barreras impiden la libre competencia, evitan que las corporaciones ineficientes desaparezcan y sean reemplazadas por otras más capaces.

Por eso, al contrario que en otros países, la privatización de servicios públicos ineficientes raramente es la solución porque tal proceso se enmarca en un perverso esquema de intercambio de favores, donde las contrataciones y los servicios se asignan a los amigos en condiciones ventajosas. En definitiva, importa poco que sea público o privado porque ninguno de los dos suele funcionar correctamente. Es más, tampoco existe una nítida frontera que los separe porque ambos responden a similares intereses corporativos, refractarios a la competencia, dominados por la picaresca y alejados de los intereses de la sociedad. Y lo que es peor, en España va desapareciendo el pensamiento crítico, la reflexión, el razonamiento, la apertura al debate de ideas, la disposición a cambiar de criterio cuando los datos refutan las creencias. En su lugar prolifera el sectarismo ideológico, los dogmas. Los que atribuyen la culpa a la escuela, o a la universidad, tienen razón, pero solo en parte. El problema es mucho más complejo y profundo: nuestra organización socioeconómica desincentiva la excelencia académica y profesional pues el mérito y el esfuerzo no resultan suficientes para ascender en la escala social. Como régimen de acceso restringido, nuestro sistema prima menos el talento o la eficiencia que la pertenencia al grupo, los contactos, las relaciones personales. ¿Para qué esforzarse si la buena formación, el cultivo del pensamiento tienen poca utilidad en un mundo de amiguismo y enchufe? Mucho más rentable es conectarse a la red oportuna, afiliarse al partido apropiado, introducirse en la camarilla, adular al capo y, en las antípodas de la objetividad, descalificar sistemáticamente a la facción rival, tenga o no razón.

En ese bucle sigue España, gira y gira sin parar, ofuscando, aturdiendo a las mentes que cayeron en la trampa. Pero mucho menos a quienes vienen detrás de nosotros, a esos que se criaron en la constante incertidumbre. Para ellos, el futuro no está escrito en los dogmas, ni en los posos del té: puede y debe construirse cada día. Quizá por ello, y a pesar de la traición de sus mayores, que les han legado un país institucionalmente destartado, se encuentran libres de resentimiento, no pierden el tiempo adjudicando culpas a unos o a otros. Viajan veloces, sin equipaje; en palabras de Steve Jobs, siempre hambrientos, siempre alocados... aunque estén mucho más cuerdos que el resto. En nuestra mano está retenerlos y aprovecharlos como merecen, porque son el futuro. Pero para lograrlo necesitamos más generosidad, intentar cambiar nuestra forma de pensar; ser más libres, desde luego, pero también más responsables.

27. Por una nueva aristocracia

Cuando decidí fundar el diario de análisis y opinión *Disidentia* no fue empujado por las fuerzas que habitualmente nos animan. No me interesaba el reconocimiento. Afortunadamente ya tenía una edad más o menos suficiente —quizá sería más correcto decir una experiencia, porque el paso del tiempo no supone ninguna garantía por sí mismo— como para saber que el reconocimiento suele ser incompatible con la independencia. Tampoco me interesaba el éxito comercial. Sabía que, si se trataba de crear un producto de gran consumo, la cuestión era tan simple como hacer un *Disidentia* para masas, atractivo al gran público y de fácil asimilación para cualquiera, lo que por definición resultaría incompatible con el esfuerzo que requiere leer contenidos que por lo general superan las mil palabras. Así pues, la llamada que aparece en la cabecera “Pensar está de moda” siempre fue más una declaración de principios que una afirmación ingenua. Es absurdo demandar la atención del gran público prometiéndole que va a dedicar su tiempo libre, que es limitado, a pensar, a esforzarse, a alimentar sus dudas, en lugar de a obtener un merecido y reconfortante esparcimiento. Para el esparcimiento existe Netflix y para fingir que uno piensa están los diarios de masas, que hasta en lo de pensar hacen trampas, porque la simple reafirmación de nuestras creencias se puede vender como un ejercicio intelectual. Lo podemos comprobar en los sesgos editoriales que sirven de reclamo para que el público acuda regularmente a consumir contenidos que no pongan en duda sus convicciones, sino que las refuercen. Pero pensar no consiste en luchar contra la oscuridad sino en arrojar luz sobre ella, no consiste en vencer sino en convencer. Evidentemente, todos caemos en el error de luchar contra la oscuridad a menudo. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. Pero el mérito no está en no caer en el error, lo que es irremediable, sino en intentar abrir nuestro pensamiento, aunque sintamos que hay una fuerza que lo mantiene firmemente anclado a determinadas querencias. Por eso resulta gratificante que un lector declare que, pese a no compartir las ideas de determinados contenidos, en *Disidentia* se respira libertad.

Los silencios del saber

Cuando era joven, y expresaba esa vehemencia típica de la juventud, con la que crees que la verdad te pertenece, un profesor me dijo con toda intención: “Envidio mucho a las personas que lo tienen todo muy claro. Yo, sin embargo, estoy siempre lleno de dudas”. No supe qué responderle. Sin embargo, sus palabras no pretendían dar pie a una discusión, tan sólo obligarme a detenerme, a hacer una pausa para pensar. Él a esas pausas las llamaba “los silencios del saber”. Aquella respuesta cortante supuso un punto de inflexión para mí. Aunque, como es lógico, la vehemencia no me abandonó, a partir de ese momento tuvo que compartir el espacio con los silencios del saber, lo cual fue un gran cambio.

Esta anécdota tiene que ver con lo que cada contenido puede aportarnos más allá de sus tesis. Porque no se trata tanto de compartir esas tesis, en especial cuando nos reafirman y nos tranquilizan, como de observar si en el fondo, en el ánimo del autor, prevalece una cierta devoción por la libertad. Si esa devoción por la libertad está presente, entonces deberíamos ser indulgentes con él, aun cuando estemos en desacuerdo o, incluso, su tono pueda resultar molesto. Debemos preguntarnos, por ejemplo, si lo que dice tendría cabida en otros medios. O si será compartido y difundido no ya por intelectuales oficiales, sino por esa inteligencia media tan atenta a mostrarse

en público de forma conveniente y aseada.

Demasiado a menudo tendemos a ignorar públicamente propuestas interesantes simplemente para evitar el riesgo de que se nos asocie con ellas o con su autor: nos importa demasiado si es Agamenón o su porquero quien las firma. Se impone el cálculo coste-beneficio a la hora de significarnos en público. Esta forma de proceder, que puede parecernos normal y comprensible, quizá porque nos hemos acostumbrado a ella, es sin embargo una señal muy potente de que, aun siendo formalmente libres, no lo somos tanto como creemos. La idea de que nuestra prosperidad y proyección personal depende de cómo nos vean los otros y que, por lo tanto, hemos no ya de gritar con los demás, como dijo George Orwell, sino pensar con los demás, es una forma de esclavitud que, sorprendentemente, se propaga con fuerza en las sociedades más liberales del mundo. Puede parecer anacrónico hablar de esclavitud en sociedades democráticas y avanzadas, donde la libertad está salvaguardada por las leyes. Pero yendo más allá del estereotipo del esclavo que todos tenemos en la cabeza, Herbert Spencer reflexionaba

“¿Qué es esencial para la idea de un esclavo? Principalmente pensamos en él como alguien que pertenece a otro. Lo que distingue fundamentalmente al esclavo es que trabaja bajo coacción para satisfacer los deseos de otros. ¿Qué nos lleva a calificar nuestra concepción de esclavitud como más o menos severa? Evidentemente, la mayor o menor medida en que nuestro esfuerzo se dedica obligatoriamente a satisfacer a otros en lugar de a nosotros mismos.”

Esa renuncia a nosotros mismos y a la libertad de la que habla Spencer no solo se expresa hoy en la obligación de tener que entregar al Estado buena parte lo que producimos, también consiste, de un tiempo a esta parte, en la obligación de pensar con los demás y, en consecuencia, evitar el disenso.

Los "lectores aristócratas"

Aquí es donde cobra significado Disidencia. Como ya he dicho, que fuera un producto de gran consumo, como un diario al uso, donde se registran decenas de millones de usuarios cada mes, estaba fuera del horizonte del proyecto por su propia naturaleza, lo que no quita que tenga muchos más de lo que cabría esperar. Lo importante era llegar al público correcto. Y ese público correcto es lo que yo llamo “público aristocrático”.

Pero la idea de aristocracia a la que me refiero está muy alejada de esa aristocracia hereditaria, según la cual la elevada posición de un sujeto no depende de sus logros en la vida sino del accidente de su nacimiento. O de esa otra concepción más moderna, donde las acreditaciones burocráticas, los títulos académicos han establecido una nueva jerarquía donde se juzga a cada cual por sus potencialidades y no por sus logros.

El significado del término aristocracia ha cambiado bastante con el tiempo. Para Jefferson: "hay una aristocracia natural entre los hombres. Sus fundamentos son la virtud y los talentos". Y José Ortega y Gasset se refirió a estos aristócratas naturales como nobles. Pero es Hanford Henderson quien, a mi juicio, dotó de un significado pleno y profundo al término y reveló quiénes son los aristócratas y cuáles son sus cualidades

“Puede ser un jornalero, un artesano, un comerciante, un profesional, un escritor, un estadista. No es una cuestión de nacimiento, ocupación o educación. Es una actitud mental trasladada a la acción diaria. [El espíritu aristocrático] es el amor desinteresado y

apasionado por la excelencia... en todas partes y en todo; el aristócrata, para merecer el nombre, debe amarlo en sí mismo, en su propia mente alerta, en su propio espíritu iluminado, y debe amarlo en los demás; Hay que amarlo en todas las relaciones humanas y ocupaciones y actividades; en todas las cosas en tierra o mar o cielo."

Así pues, del mismo modo que el hecho de que las universidades produzcan masas de individuos titulados no está implicando que las sociedades mejoren notablemente —lo estamos comprobando—, cambiar esta cultura coercitiva, que nos empuja a renunciar al pensamiento crítico para pensar con los demás, no depende del número de lectores que los grandes medios aglutinen, más bien al contrario: depende de la calidad de los lectores. Y la calidad suele ser inversamente proporcional a la cantidad. De hecho, estos medios nos imbuyen la idea de hay que vencer, no convencer, que luchar contra la oscuridad... pero sin arrojar luz. Que una sociedad mejore depende de que en ella puedan eclosionar los aristócratas. La clave nos la dio el filósofo griego Heráclito: "El hombre está en la tierra como en un huevo. Ahora, no puedes seguir siendo un buen huevo para siempre; debes eclosionar o pudrirte". Poco más o menos en eso se ha basado el progreso hasta ahora. No en la uniformidad.

28. Cuando las élites se vuelven estúpidas

Una de las acepciones del verbo conspirar es “Dicho de dos o más cosas: Concurrir a un mismo fin.” Esta posiblemente sea la definición que mejor se ajusta a la realidad de un mundo complejo. Sin embargo, muchas personas suelen entender conspirar como la acción concertada de fuerzas muy poderosas y unívocas, capaces no sólo de decidir lo que sucederá en el futuro, sino de planificarlo con antelación. Esta idea genera dos pensamientos que son complementarios. El primero, que lo que sucede no depende de nuestras decisiones porque fuerzas ocultas decidirían por nosotros. Y el segundo, que el mundo puede ser conspirado y, por lo tanto, no es tan complejo como parece.

La idea de la gran conspiración puede resultar inquietante, pero en realidad es liberadora. Si el futuro ya está escrito, nuestros actos son irrelevantes. Podemos desprendernos de la pesada carga de la responsabilidad; y también abstraernos de la complejidad del mundo, ya que detrás de cada suceso hay una conspiración, un plan concebido por terceros que escapa a nuestro control.

La teoría de la gran conspiración tendría dos grupos diferentes de creyentes: los fatalistas y los activistas. Los fatalistas son de la opinión de que, si todo está escrito, lo mejor es mirar por uno mismo y tratar de mejorar tu situación mientras llega lo inevitable. Si no lo consigues, siempre podrás culpar de tus males a quienes supuestamente planifican el futuro. Los fatalistas son individualistas, desorganizados y espectadores. Los activistas, por el contrario, utilizan la amenaza de la gran conspiración como palanca de poder, son colectivistas, organizados y actores. Ambos grupos, sin embargo, tienen un denominador común: identifican la manipulación de la opinión pública como el principal motor de la gran conspiración. Pero, curiosamente, ambos también se consideran inmunes a esa misma manipulación. Ellos pueden ver lo que los demás no ven. Son los otros los que están ciegos. Unos parecen despreciar a la sociedad, a la que identifican con un rebaño de mansos que al tiempo temen, porque saben que el rebaño es propenso a las estampidas. Los otros, sin embargo, asían la estampida, quieren provocarla mediante el miedo, para luego dirigirla como diestros pastores. Pero tanto unos como otros comparten el desprecio hacia una sociedad de la que se consideran ajenos. Al margen de unos y otros están las personas racionales que se centran en los hechos y tratan de encontrar explicaciones lógicas a los fenómenos complejos. Y de entre estas se supone que cada sociedad selecciona a sus élites. Pero a veces hasta las élites se vuelven conspiranoicas.

Atrapados en un bucle

La idea de la gran conspiración se encuentra implícita en el juicio que en su día se hizo, y que prevalece todavía, a propósito de la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de 2016. Ese suceso “inesperado” no podía ser más que fruto de una manipulación masiva, a la altura del suceso. Las élites ni siquiera contemplaron la posibilidad de que, para un elevado número de votantes, simplemente pesó más la promesa de mejores oportunidades que la garantía de una globalización subsidiada llena de buenos deseos. Puede que esta elección fuera errónea, pero no por ello dejó de ser racional.

Lo mismo podría decirse de muchos electores que votaron a favor del Brexit. Quizá para ellos los beneficios de permanecer en la Unión Europea llevaban aparejadas concesiones que racionalmente no quisieron asumir. Y tal vez prefirieron apoyar a quienes les prometieron que

conservarían algún control, en vez de apostar por un experimento europeo sobre el que pensaban que no tenían control alguno. Podemos disentir de su criterio, por supuesto, pero ni eran idiotas ni fueron manipulados: hicieron un cálculo racional que, como todo cálculo, podía errar respecto de los costes y los beneficios, pero quizá no desde el punto de vista de determinadas preferencias. Porque no todo son aseadas sumas y restas en las elecciones humanas. Sin embargo, el disgusto y la incomprensión de estos sucesos, y otros posteriores, parecen haber empujado a personas presuntamente ilustradas y racionales hacia la resbaladiza pendiente de la gran conspiración, esto es, que las nuevas tecnologías habrían permitido que fuerzas poderosas concertaran sus esfuerzos para manipular a la opinión pública. A este respecto, hay una frase formidable en el documental *The Great Hack* (El gran hackeo) que refleja un estado de opinión muy extendido entre la élite: “Hay 2.100 millones de personas [en Facebook], cada una con su propia realidad. Y una vez que todos tienen su propia realidad, es relativamente fácil manipularlos.”

Esta afirmación, más propia de una película de ciencia ficción que de un documental basado en los hechos, no nace y muere en la película, sino que alcanza instituciones políticas, expertos, intelectuales y medios de información supuestamente solventes, incluso un personaje reflexivo como Jonathan Haidt identifica a las redes sociales como una amenaza para la democracia mediante discutibles argumentos psicológicos. Es como si de pronto, ante la incapacidad de entender lo que sucede o, peor, la imposibilidad de sobreponer su voz a la de la masa, muchas mentes brillantes se hubieran alistado en las filas de los activistas de la gran conspiración. Sin embargo, si de verdad somos racionales, comprobaremos que la afirmación hecha en *The Great Hack* es completamente falsa. La mejor evidencia nos la proporcionan Joshua Kalla y David E. Broockman en un estupendo estudio publicado en 2018 en *American Political Science Review*. Sus conclusiones no pueden ser más elocuentes: la mejor estimación de los efectos del impacto de las campañas y la publicidad en las elecciones generales es cero. Es decir, un metaanálisis sistemático de 40 experimentos de campo estima un efecto promedio de cero en las elecciones generales. Por si no fuera suficiente, Kalla y Broockman añaden nueve experimentos de campo de su cosecha que aumentan la evidencia estadística 10 veces... y el efecto promedio de estos experimentos también es cero.

Pero ¿tal vez la estrategia de micro-focalización de Facebook podría haber esquivado esta evidencia? Tampoco. Eitan D. Hersh y Brian F. Schaffner han demostrado que los mensajes selectivos no son más eficaces; al contrario, lo son todavía menos en tanto que además pueden generar rechazo. Las personas prefieren mensajes generales sobre creencias compartidas. Y no mensajes micro-focalizados y persuasivos. Estos últimos son percibidos como violentos por los sujetos y resultan contraproducentes. Por si esto no fuera suficiente, el propio Alex Kogan, protagonista del escándalo del mercadeo de datos de Cambridge Analytica, reconoció que su tristemente célebre test “Big 5” sólo había identificado correctamente la personalidad del 1% de los sujetos de la muestra. Así que, en el mejor de los casos, y sólo si se cree en la magia negra, podría haber manipulado a 2.500 individuos.

El Santo Grial de los conspiranoicos

No es necesario ser politólogo, cualquiera que haya tenido alguna relación con el marketing podría haberlo sospechado, sabría por experiencia que no es posible manipular a la gente. Puedes contactar con quien esté dispuesto a comprar lo que vendes o a asumir una nueva necesidad que has ideado, pero no puedes vender lo que se te antoje a quien te dé la gana. Las personas, aunque a veces se equivocan, escogen por sí mismas y son más resistentes a la manipulación de lo que las élites reconocen. Aunque más de uno posiblemente se llevará un disgusto, lo cierto es que no

existe el Santo Grial de la manipulación. Lo que sí existen son métodos de coerción masiva, pero estos son monopolio del Estado, no de Facebook. Los sucesos sociológicos que consideramos inesperados o, incluso, indeseables obedecen a razones de fondo, a causas complejas que quizá nunca consigamos desentrañar. Pero no por ello debemos sucumbir a la frustración ni perder la cabeza. La ilustración y la racionalidad son incompatibles con la idea de la gran conspiración.

La opinión de que el público es demasiado estúpido para elegir por sí mismo y que son otros los que eligen en su nombre, manipulándole, no sólo expresa un profundo desprecio hacia la humanidad y una arrogancia ridícula, también sugiere que los estúpidos son quienes, sin llegar a ser activistas interesados, se abrazan a la idea de la gran conspiración para superar su desazón y su propia ignorancia.

29. El penúltimo espejismo de la libertad

Quizá usted, querido lector, no use las llamadas redes sociales. Lo cual no es bueno ni malo. Se puede vivir perfectamente sin ellas. Sin embargo, soy de la opinión de que las redes sociales han aportado más cosas positivas que negativas, pese a la mala prensa que la Prensa —y perdón por la redundancia— les regala. En realidad, la prensa siempre vio en las redes sociales una amenaza a su posición de dominio. Bueno, decir siempre es mucho decir, porque al principio los que más ignoraron su potencial fueron quienes más debieron sospecharlo: los magnates de la prensa. Por lo general, los jefes de las profesiones clásicas que, en la práctica, actúan como gremios medievales, detestan las transformaciones porque implican cambios sustanciales que primero amenazan su rutina y después, cuando ya es demasiado tarde, su medio de vida. Esta es la razón de fondo por la que las empresas periodísticas no han desperdiciado ocasión para exagerar los supuestos peligros de las redes sociales, alimentando en el público la desconfianza e incluso el miedo.

El monopolio de la mentira

Antes los grandes medios tenían el Monopolio —con mayúsculas— de la mentira y, mucho más ocasionalmente, de los hechos. Ahora, sin embargo, ya no es así. Y están instalando la idea de que las redes sociales podrían colapsar las democracias, porque la mentira puede circular sin control y no sólo alcanzar a cualquiera, sino que cualquiera puede producirla y difundirla a su vez. De lo cual se colige que la mentira fabricada y difundida por unos pocos sería mejor que la mentira fabricada y compartida por todos. De esta forma los medios han establecido una especie de ética de la mentira, que diferencia entre mentira colegiada y la mentira amateur, donde el periodista certificado sería, por decirlo así, un mentiroso legítimo, y el ciudadano común, un intruso, un invitado no deseado.

A pesar de que los gestores de las redes sociales han tratado de que los grandes medios no alimentaran esta leyenda negra, proporcionándoles a ellos y a sus periodistas de referencia un trato preferente, los magnates de la prensa han seguido con las hostilidades. Para inclinar a su favor esta contienda las redes cuentan con el volumen de usuarios y el control en buena medida del pastel publicitario, que antes pertenecía en exclusiva a los medios de información tradicionales. Por su parte, los segundos tienen de su lado a la clase política y, en general, a los tecnócratas, porque el monopolio de la información es un interés que comparten políticos y magnates de la prensa. No es poca cosa tener como aliado al legislador, porque es quien determina las reglas del juego. Muchas veces lo hace en contra de los deseos e intereses de los ciudadanos, argumentando que es por su bien, para protegerle de innumerables peligros que les acechan. Así que, con todas las prevenciones, estaríamos asistiendo a una guerra perdida de antemano, no ya para las redes sociales, sino para la libertad de expresión, comunicación e información en general.

¿Quién es el Gran Hermano?

Obviamente, las redes sociales no son monjitas de la caridad, son empresas con sus propios intereses. No siempre actúan correctamente. Pero eso no es una novedad, ocurre en todos los

sectores empresariales, especialmente en aquellos más cercanos al poder político, como los llamados sectores estratégicos. Sin embargo, la mayoría de las empresas de gran consumo están fiscalizadas por el más imprevisible y exigente de los jueces: el público. Suelen pagar caro los errores, como la falta de calidad, el mal servicio o la arbitrariedad en los contratos. También es verdad que las redes sociales son en buena medida un oligopolio, y eso les proporciona una posición de dominio. Pero no menos cierto es también que están en el punto de mira de los gobiernos y no pueden actuar con la opacidad que, por ejemplo, sí pueden operar las compañías eléctricas, que también son pocas pero que están “enchufadas” directamente al poder político-económico, y no al consumidor. En cualquier caso, lo lógico es que a estas alturas hubiera más competencia en redes sociales. Al principio sí la hubo, pero la selección natural fortaleció a unas y excluyó a otras. Pero que en la actualidad sean tan pocas, no es debido a la selección del mercado, ni a que las ya establecidas actúen como un cartel. Es el esfuerzo regulador y sancionador de los gobiernos lo que más ayuda al mantenimiento del actual statu quo al disuadir la puesta en marcha de nuevas iniciativas. Son los tecnócratas los que más interés tienen en restringir ese mercado mediante el abuso regulatorio para hacer que sea muy difícil la entrada de nuevos competidores y sólo operen en él los agentes ya establecidos. De esta forma resulta más fácil controlar el sector y gradualmente, mediante el palo y la zanahoria, convertir a los operadores existentes en aliados.

Si lo miramos en perspectiva, en sus comienzos las redes sociales tuvieron a su favor a la opinión pública, muy especialmente a la opinión pública progresista. Eran los tiempos de las campañas virales que ayudaron a Barack Obama a ser presidente utilizando curiosamente métodos muy similares a los del equipo de campaña de Donald Trump —como ha reconocido Betsy Hoover, la que fue su jefa de campaña en redes sociales—, y de la ilusión de la democratización global que, además de “Yes We Can”, simbolizó la “primavera árabe”, un suceso que, a pesar de terminar bastante mal, fue durante un tiempo el principal estandarte del poder libertador de Twitter. Pero este idilio entre progresismo y redes sociales duró poco. Terminó abruptamente cuando Donald Trump ganó las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, en Europa la opinión pública se revolvió contra el statu quo y en Gran Bretaña los partidarios de la salida de la Unión Europea ganaron el Brexit. Como es lógico, en todos estos sucesos las redes sociales jugaron su papel, pero no decidieron el resultado en ningún caso, porque las redes sociales no son ecosistemas monoteístas, aunque sus propios gerentes parezcan pretenderlo. Existen además otros elementos que influyen en la opinión pública, entre ellos la propia realidad, como, por ejemplo, que Hillary Clinton fuera una candidata turbia y antipática incluso para los votantes naturales del Partido Demócrata.

Pero la sentencia estaba ya dictada. Las redes sociales fueron declaradas culpables, dejaron de ser vistas como una herramienta democratizadora y pasaron a ser identificadas como una amenaza para la democracia. No liberaban la opinión pública sino que la manipulaban y, en algunos casos, de forma manifiestamente ilegal. Así, aunque ningún tribunal de los Estados Unidos haya dictado sentencia alguna en este sentido, los medios de información, erigidos en tribunales populares, sentenciaron que Donald Trump ganó las elecciones gracias a la combinación de la injerencia rusa y Facebook. Desde entonces, la publicidad negativa no ha cesado y se han explotado todos los puntos débiles de las redes sociales. El hecho de que las preferencias y gustos de los usuarios puedan ser recopilados y convertidos en una mercancía valiosa con la que comerciar ha servido para establecer la idea de que las redes sociales no son inocuas, sino el Gran Hermano que nos vigila, que lo sabe todo de nosotros y que, en consecuencia, puede manipularnos. La realidad es otra bien distinta y más preocupante. Quienes lo saben todo de nosotros no son las redes sino los

tecnócratas. Una cosa es que Facebook recopile nuestras preferencias para hacernos propuestas comerciales o incluso electorales —que en realidad funcionan mediante sesgos de confirmación—, y otra muy distinta que los burócratas, por ley, se arroguen el derecho a saberlo todo de nosotros sin necesitar consentimiento alguno por nuestra parte. Saben dónde hemos nacido, dónde residimos, si estamos solteros, casados o divorciados, si tenemos hijos o no, si conducimos un SUV o un scooter, si tenemos vivienda en propiedad o en alquiler, qué hemos estudiado, en qué trabajamos y en qué empresa, cuáles son nuestras cuentas bancarias, cuánto dinero tenemos en ellas, cuánto dinero ganamos, cuánto dinero gastamos y en qué lo gastamos... Así que, si quiere sentirse controlado, querido lector, olvídense de Facebook o Twitter y piense en un ministerio de Hacienda cualquiera.

Convertir las redes en una ventana a medida

Obviamente, cerrar las redes sociales no es posible sin que salten todas las alarmas, pero sí lo es convertirlas gradualmente en una ventana que encuadre la realidad con la perspectiva conveniente. Y en eso se está desde hace tiempo. Por lo pronto, están consiguiendo que en las redes sociales predominen determinados asuntos que no son precisamente de interés general. Esto ya sucede en España, donde, además de la omnipresente corrección política, la política ordinaria, con sus polémicas partidistas, copa los “time line”, mientras que los graves problemas de fondo que ponen en riesgo nuestro bienestar pasan prácticamente desapercibidos. También ocurre en los Estados Unidos, donde las discusiones sobre la legitimidad de Donald Trump generan cientos de millones de impactos, muy por encima del tratamiento de otros asuntos más apremiantes. Estos marcos de discusión no son los propuestos por el usuario común, tampoco por Vladímir Putin o las empresas que siguen la estela de Cambridge Analytica, sino por cuentas muy influyentes que, casualmente, pertenecen en su mayoría a partidos, políticos, personajes públicos —como las estrellas de Hollywood—, medios de información y periodistas. Por poner en contexto el balance real de poder de difusión dentro de las redes sociales bastan unos pocos datos. Por ejemplo, a fecha en que escribo estas líneas, la cuenta principal en Facebook de The New York Times tiene 16,6 millones de seguidores en Facebook, y la de Twitter, 46,9 millones; por su parte The Washington Post cuenta con 6,9 millones de seguidores en Facebook y 14 millones en Twitter; la CNN, 31,8 millones de seguidores en Facebook y 55,6 millones en Twitter... y así podemos seguir desglosando el peso de cientos de medios que acusan a las redes sociales de amenazar la democracia. Esto por supuesto es extrapolable a Europa y España. Aquí y en los Estados Unidos, además, los medios convencionales invierten grandes cantidades de dinero en campañas segmentadas... en las redes sociales; es decir, usan los datos recopilados por las propias redes sociales sobre los gustos y preferencias de los usuarios para desviarlos hacia sus contenidos y promocionar sus agendas. Así pues, la pregunta es: ¿quién influye en quién?

La lógica de Poder

El ataque a las redes sociales no es ninguna conspiración, es el resultado de una confluencia de intereses. A políticos, tecnócratas, magnates y medios de información no les interesa los ecosistemas de participación y difusión abiertos, donde cualquiera pueda compartir una idea, una opinión, una información o una simple inquietud que, potencialmente, puede llegar a millones de usuarios en tiempo real. Pero como no es posible impedir que usted, querido lector, o yo mismo, compartamos lo que consideremos oportuno, cada agente, en su terreno, trabaja para que las redes sean entornos cada vez más filtrados, dirigidos y controlados.

No se trata del viejo aserto “si no puedes con el enemigo, únete a él”. Es justamente al revés: lo que pretenden es que “el enemigo” se una a ellos, que las redes sean, no ya un aliado, sino su propia cámara de eco. Y lo están consiguiendo. Nada nuevo bajo el sol, por cierto. Ya sucedió en su día con los medios de información convencionales, las escuelas, las universidades, el mundo del espectáculo y la cultura. En todos estos entornos hoy el pluralismo es apenas una cínica declaración de principios. ¿Por qué las redes sociales iban a tener un final diferente?

PARTE V

La violencia

30. Camino a la violencia

El 9 de diciembre de 2013, con motivo del bicentenario de la muerte de Georg Büchner (Goddelau, 1813), en cierta universidad española tuvo lugar una mesa redonda titulada “¡Paz a las chozas! ¡Guerra a los palacios!”, en la que se proyectó el documental del mismo nombre y, a continuación, ponentes de diferentes universidades reivindicaron la vigencia del dramaturgo alemán. El texto que figuraba en la invitación al acto era una declaración de intenciones: "La vigencia del legado de este joven revolucionario, doctor en medicina y escritor debiera estar a la orden del día, puesto que nuestra situación de crisis en todos los ámbitos exigiría una respuesta como la que él puso en marcha en su época...". Este es en buena medida el ambiente de agitación que se respira en las universidades desde hace bastantes años gracias a un buen número de profesores y académicos. A priori conmemorar a Georg Büchner era obligado, ese era el pretexto, pero el enfoque, tal y como anticipaba el texto de la invitación, no era literario sino político. Pronto emergió la idea-fuerza que animaría la jornada: las democracias liberales capitalistas estaban ejerciendo sobre los ciudadanos altas dosis de violencia. Una violencia diversificada, cuyo espectro abarcaba desde la represión de quienes se manifestaban en la calle, hasta esa otra violencia soterrada que hoy muchos, no necesariamente izquierdistas radicales, apellidan "económica", y que tiene en la recurrente “desigualdad” y la “precariedad” sus principales referencias. Recordemos que 2013 fue el año más duro de la Gran recesión, un momento muy propicio para reideologizar a una sociedad que contemplaba atónita el abrupto fin de un largo periodo de prosperidad y estabilidad.

Establecida la violencia del Estado como una evidencia —en tanto que la forma de gobierno era la democracia liberal y el sistema económico, capitalista—, empezó a asentarse otra idea: para poner fin a las agresiones, los ciudadanos no sólo estarían legitimados para ejercer su propia violencia, sino que debían ser compelidos a proyectarla. Esta violencia sería, en cambio, una violencia moralmente justa y necesaria que serviría para construir un orden nuevo mucho más equitativo. La idea necesitaba ser apuntalada y para ello se recurrió a una cita de Büchner. Se escogió la siguiente, fruto de sus muchos momentos de agitación: "Si en nuestra época hay algo que puede ayudarnos, ese algo es la violencia". Así, idea a idea, cita a cita, los ponentes transformaban al atormentado dramaturgo alemán en el inspirador de la idea de la “legítima violencia”. Un ariete con el que embestir contra la democracia liberal y el Estado de derecho: los palacios a los que había que llevar la guerra.

Sin embargo, el propio Brüchner advierte de la incompatibilidad entre humanidad y revolución. En la obra *La muerte de Danton*, su protagonista, un revolucionario atormentado por la sangre derramada, se da cuenta de que, lejos de construir un orden nuevo, está contribuyendo a destruir todo cuanto le rodea y todo aquello que él ama, lo que le lleva a renegar de la utopía revolucionaria. El sensual Georges-Jacques Danton, con sus vicios y excesos, con su pasión por la vida, encarna la humanidad tal cual es, mientras que el virtuoso y puritano Maximilien Robespierre representa la utopía que se sirve a sí misma. Los remordimientos de Danton desembocarán en una actitud crítica que pronto será calificada de traición y terminará siendo guillotinado. Mientras, los ciudadanos del París de 1794 claman enfebrecidos

"Ustedes nos dijeron que matésemos a los aristócratas, porque eran lobos. Lo hicimos, los colgamos de la farola. Nos dijeron que Veto [Louis XVI] se comía nuestro pan, y lo

matamos. Ustedes nos dijeron que los girondinos nos hacían pasar hambre, y los guillotinamos. Pero ustedes han despojado a todos los muertos. Nosotros, en cambio, continuamos descalzos, como en el pasado. Queremos arrancarles la piel de los muslos para hacernos calzones; queremos sacarles la grasa para que nuestra sopa tenga mejor sabor. ¡Muerte a todo aquel que no tenga huecos en su ropa! ¡Muerte a todos los que saben leer y escribir! ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte a quien emigra! Miren, ahí va un aristócrata: tiene un pañuelo. ¡A la guillotina!"

El “homo sentimental”

Hasta hace poco, los nuevos büchnerianos se indignaban cuando se les calificaba de violentos. Aseguraban que, para oponerse a los abusos del sistema, ellos preferían la “resistencia pacífica” o “la revolución de las sonrisas”. Pero eso ha ido cambiando. Sus proclamas violentas son cada vez más inequívocas porque perciben que el orden constitucional de la democracia liberal se tambalea. Azuzan las emociones, los peores sentimientos, construyendo fábulas con las que agitar al *homo sentimental*. Promocionan la destrucción de las instituciones, como ha sucedido en Chile, para que de la nación quede en pie, si acaso, un Estado vacío de significado, huérfano de voluntad política: jueces y policías abandonados a su suerte, que actúan como un sistema nervioso periférico que reacciona instintivamente ante el peligro dentro de un organismo descabezado. Y hasta el ciudadano más templado empieza a impacientarse ante tanta desidia. Otros, llevados por las fábulas, parecen asumir la explicación de Victor Hugo a propósito de la Revolución francesa, que —como oportunamente señalaba Claudio Magris— si bien renegaba del Terror, lo aceptó como el aldabonazo final de esa violencia secular que, precisamente, lo había engendrado. Así, en uno de los poemas del escritor francés, la cabeza cortada de Luis XVI reprocha a sus antepasados que hayan sido ellos quienes han construido, con su recalcitrante latrocinio, la máquina que le ha decapitado. Sobre esta simbología deberían reflexionar seriamente los políticos, porque sólo parecen estar interesados en salvaguardar su patria chica: el partido.

El mito de la revolución

En las sociedades desarrolladas se ha establecido la idea de que disfrutar de una vida digna es un derecho que debe ser proporcionado y asegurado por la acción política, hasta el punto de que los programas electorales de todos los partidos han acabado por convertirse en interminables listas de regalos, gratificaciones y prebendas sin medida que chocan con la realidad de unos recursos que son finitos. La transformación de la democracia en una subasta permanente de bienestar ha hecho olvidar el bien máspreciado de todos: la libertad, por cuanto que sin libertad no puede haber ni prosperidad ni dignidad. Salvaguardar este valioso bien requería de un compromiso, y éste, a su vez, de una determinada mentalidad que parece haberse desvanecido. Ahora que las consecuencias de esta deriva se manifiestan, ¿huiremos de nuestra responsabilidad y nos deslizaremos hacia la violencia, empujados por un puñado de ideólogo que agitan hábilmente las emociones?

En contra de la creencia general, las revoluciones violentas no han hecho progresar a la humanidad, no alumbran repúblicas con ríos de leche y miel sino tiranías. Como dijo George Orwell, no se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura. La Francia revolucionaria vio la luz al final del túnel cuando, después de baños de sangre y décadas de guerras y dictaduras, el progreso tecnológico y

económico empezó a transformar el orden social de manera inexorable. Después vino el verdadero cambio político, fruto de la voluntad de unos ciudadanos, con mejores sentimientos que la envidia, y de liderazgos bastante más sensatos.

Cuando el futuro se llena de incógnitas y nuestro bienestar parece declinar, una plaza abarrotada donde ruedan las cabezas puede resultar una solución muy tentadora, incluso romántica. Sin embargo, cuando se lleva la guerra a los palacios, lo que llega a las chozas no es la paz precisamente. Da igual que se le imprima una pátina de erudición, la violencia es la más burda, torpe y primitiva de las herramientas. No sirve para construir nada, ni viejo ni nuevo. Es, a lo sumo, una medida desesperada, inseparable de la calamidad. No es la salida sino la entrada a la caverna. Y, por supuesto, no dignifica al ser humano sino que lo envilece.

31. La ira de los mansos

“El miedo a la muerte, en el cobarde, proviene en buena medida de su incapacidad de amar nada más que su propio cuerpo. Y es esa incapacidad de participar en las vidas de los otros lo que se interpone en el desarrollo de sus recursos interiores para superar el terror a la muerte.”

La cita es del filósofo y escritor J. Glenn Gary, autor de *The Warriors: Reflections on Men in Battle*, ensayo en el que recopila sus experiencias y reflexiones a lo largo de cuatro años en el frente durante la II Guerra Mundial. *The Warriors* es básicamente un compendio de memorias filosóficas en el que Glenn analiza la naturaleza humana, intentando dirimir qué es lo que empuja a algunos hombres a realizar actos de valor de una generosidad extraordinaria, mientras que otros, paralizados por el miedo, son incapaces de mover un dedo para defender al hombre que tienen a su lado. J. Glenn Gary, pese a ser un pacifista convencido, quedó hipnotizado por el poderoso influjo del caos de la guerra, donde, en palabras del corresponsal Jack Belden, “los millares de acciones entrelazadas arrojan millones de pequeñas fricciones, accidentes y azares de los que emana una niebla de incertidumbre que lo abarca todo”.

Lazos humanos

Según los combatientes veteranos, toda operación militar discurre invariablemente por tres fases consecutivas: el plan, el contra-plan y el caos. Y es que, cuando la niebla de la guerra se cierne, todo, absolutamente todo, hasta la propia existencia, se vuelve incierto. La muerte te puede alcanzar en cualquier momento, en cualquier lugar y de manera absurda e inesperada, sin sentido y sin épica. Esta incertidumbre, y el pensamiento angustioso y recurrente que anticipa una y otra vez lo peor, ese soliloquio “ahora estoy vivo, ahora ya no”, contribuye a crear un poderoso vínculo entre los integrantes de un mismo grupo.

Abundando en esta idea, Sebastian Junger, periodista que convivió durante un año con los soldados de una compañía desplegada en el Valle de Kunar, Afganistán, llegó a la conclusión de que la disposición a arriesgar la vida para salvar al compañero, al camarada, es una forma de amor que ni siquiera las religiones son capaces de inspirar, y que “quien vive esta experiencia se transforma en una persona completamente diferente”. Expertos que llevan décadas estudiando y analizando los factores que estimulan la valentía en el combate, han llegado a la misma conclusión expresada de manera intuitiva por Junger: el valor es amor. Un vínculo fraternal que surge entre quienes se enfrentan hombro con hombro a la abrumadora incertidumbre del combate. Cuanto más intensa es la angustia, más se fortalece el vínculo, y mayor es el desprendimiento y la solidaridad entre ellos. Como contrapartida, los grupos que cooperan y actúan valerosamente tienen mayores opciones de supervivencia. Por lo tanto, los miembros de una sección o una compañía bien cohesionada se entregarán sin reservas, pero no lo harán para defender elevados ideales ni fines políticos, sino para protegerse mutuamente.

El número mágico

Este vínculo fraternal tiene, sin embargo, un condicionante numérico. En la década de los

noventa, el antropólogo Robin Dunbar desarrolló la teoría de que el número máximo de primates que podían convivir en armonía dentro de un mismo grupo estaba determinado por el tamaño de su neocórtex. Y que cuanto mayor era el neocórtex, más amplio era el grupo. Dunbar extrapoló la teoría al ser humano y estableció en 147,8 el número máximo de individuos con los que una persona podía mantener una relación personal y directa. Esta cifra se redondeó a 150 y se conoce como Número de Dunbar.

Hay abundantes ejemplos a lo largo de la historia de agrupaciones humanas que se aproximan al Número de Dunbar. Por ejemplo, los grupos nómadas de cazadores-recolectores y los tamaños de las tribus y villas de la era neolítica giraban invariablemente en torno a los 150 miembros. También se aproximan mucho a ese número las unidades militares básicas, desde el manipulo de la antigua Roma (130), hasta la compañía de los ejércitos de la era moderna (150/160). Hay muchos ejemplos en los que el número calculado por Dunbar está más o menos presente. Pero lo relevante de la teoría de ese número “mágico” es que en estructuras sociales mucho más amplias y complejas los lazos entre individuos se diluyen, y los objetivos comunes se relativizan y se vuelven meramente teóricos. De hecho, en las grandes ciudades y los estados, las sociedades tienden a “desestructurarse” si en una escala menor no existen entornos cohesionados y, por así llamarlos, “tribales”, en los que los individuos compartan y transmitan de unos a otros los valores y las conductas correctas.

Cultivos de bacterias

Otra circunstancia que refuerza la relevancia del grupo como unidad de cohesión social es la “paradoja del valor suicida”. El valiente, al asumir mayores riesgos, tiene más probabilidades de morir. Y siguiendo las leyes de la selección natural, lo lógico es deducir que a medio plazo los sujetos valientes perderán la competición genética en beneficio de los que no lo son, por lo que el gen del valor debería extinguirse. Sin embargo, no sucede así. La razón está en que la valentía no es exclusivamente genética, sino que está relacionada con la educación dentro del grupo. Las historias de actos heroicos dentro del grupo se transmiten de forma verbal como actos ejemplares y valiosos, mientras que la cobardía es secularmente rechazada. Lo cual es un poderoso incentivo: mejor actuar valientemente que huir y ser despreciado por todos.

Pese a todas estas evidencias, es una creencia cada vez más extendida que el Estado puede establecer incentivos para que las personas actúen de manera conveniente, y así asegurar la convivencia y el orden. Sin embargo, como ente impersonal y meramente administrativo, el Estado no puede proporcionar por sí mismo ni las convenciones generales ni las convicciones personales que el ser humano necesita. Por poner un sencillo ejemplo, los burócratas pueden endurecer las sanciones para reducir las infracciones de tráfico, pero al hacerlo lo que obtendrán será conductores más obedientes, no conductores más hábiles capaces de salir airoso de situaciones inesperadas. La coacción administrativa no aumentará los reflejos ni las aptitudes al volante del conductor medio. Ni tampoco servirán para que éste desarrolle una mayor empatía hacia quienes comparten las vías públicas con él. Si se relajaran las sanciones administrativas, es muy probable que las infracciones aumentaran hasta volver a los niveles anteriores. Parece evidente que las convenciones y las convicciones, los valores y las cadenas de valores no pueden ser suministrados por expertos y tecnócratas como si fueran cápsulas mediante la planificación, los decretos, las leyes y los reglamentos, ni siquiera diseñando e imponiendo un monolítico modelo educativo (véase el caso de Suecia). Los valores como la valentía, la responsabilidad, la honradez, el amor al trabajo, el altruismo, la solidaridad, solo pueden ser inculcados, compartidos y ejemplarizados en un entorno humanizado, donde el individuo aspira —no solo por razones

materiales sino también anímicas— al reconocimiento de los demás. No es sólo que las sociedades se hayan masificado o que la tecnología nos deshumanice. Lamentablemente, el Estado moderno poco a poco ha ido arrogándose un papel que no le correspondía. Ha incentivado la independencia personal; alentado la cultura terapéutica, donde todo, incluso el lenguaje, debe ser regulado porque es potencialmente traumatizante; e identificado las costumbres y tradiciones sociales como peligrosas. En consecuencia, los valores y las cadenas de valores han ido desapareciendo en favor de reglas impersonales y estructuras de poder con las que el individuo mantiene a lo sumo un vínculo meramente formal. Nadie siente amor por el Estado.

Aisladas unas de otras y desprovistas de su interdependencia, las personas se vuelven cobardes, egoístas y, lo que es peor, gregarias. Pueden ser arrastradas por fábulas, ensoñaciones y delirios colectivos. Cuando la identidad personal y la capacidad de autosuperación desaparecen, queda un vacío que ningún sistema de incentivos y coerciones diseñado por ingenieros sociales puede llenar. La psicología humana es muy compleja, las personas no se comportan como cultivos de bacterias en la cubeta de un laboratorio. Una sociedad compuesta de sujetos alienados es imprevisible. Cualquier cosa puede suceder cuando la cobardía se convierte en el valor más extendido.

32. Chile nos muestra el futuro

Lo sucedido y lo que posiblemente va a suceder en Chile muestra el futuro de las democracias liberales. La estampa que difunden los medios de información es la de un pueblo descontento, donde jóvenes, adultos y mayores han puesto pie en pared. La “desigualdad”, concluyen los politólogos, es el catalizador de la revuelta. La BBC, junto con otros grandes medios, proyecta sobre los espectadores imágenes de la profundidad de este descontento, simbolizado por ancianos, con sus cabezas coronadas por el blanco venerable de las canas, golpeando cacerolas. Adultos agitados por la ola de descontento juvenil. Pero es una imagen artificial. Porque la revolución no surge de la espontaneidad del pueblo, sino de una vanguardia que tiene su base de operaciones en la universidad. Ese entorno infectado de ideología donde se refugiaron los que sostenían el Muro de Berlín cuando éste se desmoronó en 1989. El teórico sindicalista Georges Sorel lo reconoció cuando definió la violencia revolucionaria como "una doctrina intelectual, la voluntad de mentes poderosas que saben adónde van, la implacable decisión de alcanzar las metas finales del marxismo". Lenin nos suministró un ejemplo notable de esa violencia psicológica y su determinación.

Han transcurrido casi 30 años desde que la dictadura de Augusto Pinochet dio paso a la actual constitución democrática chilena. Casi los mismos que nos separan del desmoronamiento del imperio comunista soviético. Pura casualidad. Pero la agitación actual, no sólo en Chile sino en otros países, no es fortuita. Justo cuando había que celebrar los 30 años de la caída del Muro de Berlín, asistimos al regreso de los fantasmas del pasado. De pronto, la democracia chilena, que arrumbó la dictadura, no es democracia. La democracia es la revolución. Por eso, quienes salen a las calles al principio no son venerables abuelos, tampoco padres y madres cuyas numerosas obligaciones les mantienen alejados de la política. Son los activistas universitarios, que tienen mayor libertad que los adultos para decidir qué hacer con su tiempo. Y pueden, por ejemplo, decidir dedicar menos horas a asistir a clase y más a violentar la autoridad. En la universidad los jóvenes descubren que el mundo es un fraude. Pero no lo descubren por sí mismos, se lo enseñan quienes convierten los campus en núcleos de agitación, subversión... y violencia. Saben que para los jóvenes la revolución tiene muchos atractivos, pero uno de los más formidables es su instantaneidad. No es necesario alcanzar la madurez, ni cumplir las duras y tediosas etapas que conducen a ella. Puedes ahorrarte ese esfuerzo y hacer del mundo un lugar mejor en un instante, lo merezcas o no. Hasta hace poco, esta predisposición a atajar, a acortar los tiempos y eludir el esfuerzo, a reemplazar el compromiso por el nihilismo pirómano, que ve en el incendio la milagrosa purificación del mal, tenía su contrapeso en los adultos. Pero el culto a la juventud ha desbordado los campus, lo ha impregnado todo. En 1990 nadie que peinara canas aplaudiría el incendio y el saqueo de su ciudad, al menos no en Occidente. Los mayores no se dejarían arrastrar por una horda juvenil ni la respaldarían cacerola en mano. Al contrario, reprenderían a los exaltados y rechazarían el desafuero. Pero parece evidente que los tiempos han cambiado. Y la psique también. Si un puñado de activistas puede prender fuego a una ciudad y saquearla impunemente, nada es imposible. Esa es la idea. Ese es el mensaje. No te amedrentes ante la autoridad, debes desafiarla. “Sí se puede” cambiar todo en un instante. Los revolucionarios lo ponen fácil. Ni siquiera exigen que repliques sus métodos, se bastan solos. Lo que te piden es una cacerolada para envolver su violencia en el manto del pacifismo de un pueblo descontento.

La gente que golpea una sartén mientras la ciudad de Santiago es incendiada y saqueada puede

parecer pacífica, pero no lo es. Es tan pacífica como el público que brama ante el espectáculo de una pelea, embriagado con las salpicaduras de sangre que brotan del rostro del luchador que es golpeado sin piedad, y al que odian porque encarna todas sus frustraciones.

Violencia, fuego, saqueo y caos dan forma a la revolución. No es posible separarlos. La catarsis del pueblo, esa idílica estampa que tanto gusta difundir a los medios de información, no surge de la espontaneidad sino de una violencia organizada e hipnótica que proyecta la vanguardia. Con la violencia se hace visible la revolución, se arrastra al pueblo y se marca el rumbo.

El Metro de Santiago fue el objetivo de la vanguardia revolucionaria porque necesitaba una poderosa metáfora para construir el relato de una sociedad en la que las personas son "tratadas como animales". Y en hora punta, explica la politóloga Kathy Araujo, el Metro es un sitio donde las personas están obligadas a funcionar como en una guerra contra los otros, donde para subir al vagón hay que pelearse todos contra todos, donde queremos que no nos empujen, pero estamos obligados a empujar. Es la simbología perfecta con la que dar cuerpo al relato de la desigualdad. Sin embargo, lo cierto es que la economía chilena está a años luz de los demás países del continente americano. En apenas tres décadas, el número de personas que vive en la pobreza en Chile se ha reducido drásticamente, del 46 por ciento al 6 por ciento. Por el contrario, países antes ricos caminan decididamente hacia la pobreza. Algunos alcanzan ya la pobreza severa, como Venezuela. Su revolución bolivariana ha provocado un éxodo sin precedentes en Hispanoamérica: seis millones de refugiados. Una crisis humanitaria que supera a la de Siria, un país arrasado por la guerra. Pero el prisma de la desigualdad distorsiona esta realidad. No importa lo que uno tenga o pueda tener, el problema es lo que tengan o puedan tener los demás. Si el vecino acumula mucha más riqueza que yo, entonces soy pobre. No como hace 30 años, por supuesto, pero pobre, al fin y al cabo. Tampoco importa que las condiciones de vida mejoren, porque lo que cuenta es la calidad de vida, un concepto que admite cualquier interpretación.

Con todo, lo peor es que los revolucionarios no están solos. Tienen en los políticos y sus promesas electorales los mejores aliados. El pueblo se pregunta dónde está el paraíso que los candidatos prometieron en la campaña electoral, por qué hay que seguir madrugando para empujarse en un vagón. Y los revolucionarios le responden que, si esta democracia no satisface sus necesidades, entonces no les sirve. Hay que instaurar otra donde la justicia social esté por encima de cualquier derecho individual. Pero ¿qué democracia es aquella que vitupera al individuo? He ahí el peligro. Las democracias que tenemos son imperfectas y, en ocasiones, desesperantes. Hay muchas cosas en ellas que no terminan de funcionar ni medio bien. En todas hay corrupción, privilegios y clientelismo. La de Chile no es una excepción. Después de todo, es un invento del hombre y, por lo tanto, está condenado a replicar sus imperfecciones. Aun así, estas democracias sólo son el peor sistema de gobierno si excluimos todos los demás, también el que pretenden imponer en Chile. Cuando lo consigan, lo seguirán llamando democracia, pero ya no lo será.

33. La banalización del mal

El 25 de abril de 2007, David Finkel, redactor en The Washington Post y ganador de un Premio Pulitzer en 2006, escribía acerca de una de esas historias de la guerra que se antojan espléndidas metáforas de la ambivalente condición humana y, también, paradigmas de esa inquietud moral que, pese a la degradación del entorno, prevalece en las conciencias de algunos hombres buenos.

Durante la llamada Operación de Libertad Iraquí, el Decimosexto Regimiento de Infantería del Ejército de Estados Unidos (de forma abreviada 2-16) buscaba un emplazamiento en el área de Kamaliyah, en la ciudad de Bagdad, donde establecer un puesto avanzado. El lugar finalmente escogido fue una antigua fábrica de espagueti, cuya ubicación parecía idónea para realizar las tareas de control y contrainsurgencia. Desgraciadamente, durante la preceptiva inspección del lugar hallaron una fosa séptica cubierta por una trampilla metálica. Cuando la abrieron, descubrieron que, además de estar llena, en las aguas residuales sin depurar flotaba el cadáver de un iraquí, cuya cabeza decapitada, en el colmo del esperpento, a ratos flotaba en la superficie y a ratos se sumergía.

Contrariados por el hallazgo, pensaron condenar la fosa séptica y obviar su hediondo contenido y a su desgraciado inquilino. Al fin y al cabo, los soldados de la 2-16, cuya media de edad apenas llegaba a los diecinueve años, parecían asimilar con facilidad todo el horror y el surrealismo de aquella guerra. Y la solución de sellar el pozo con cemento, si bien no era muy decorosa, resultaba bastante razonable y, sobre todo, económica. ¿A quién le importaba que un puñado de jóvenes se instalaran sobre un depósito rebosante de porquería en el que flotaba un cadáver decapitado? ¿No consistía la guerra precisamente en eso: sobrevivir entre montones de mierda y cadáveres? Además, ¿quién estaría dispuesto a bajar a una fosa séptica para recuperar un cuerpo en avanzado estado de descomposición que nadie había reclamado? Desde luego ningún soldado norteamericano. Pero tampoco ningún iraquí. Sería muy difícil encontrar a alguien que quisiera hacer ese trabajo.

Sin embargo, Brent Cummings, oficial ejecutivo del batallón, sentía una perentoria necesidad de decencia y no dejaba de preguntarse quién querría vivir día y noche sobre un cadáver. Además, aquel cuerpo habría sido en vida el hijo de alguien, el hermano de alguien, el marido de alguien, el padre de alguien. Así que, de pronto, resolver de forma correcta el asunto del cadáver flotante se convirtió para Cummings en un imperativo moral. Ciertamente es que en aquel conflicto la muerte era cosa habitual y que se manifestaba de continuo en sus formas más pavorosas. Pero comer y dormir sabiendo que bajo tus pies hay un cadáver flotando en aguas residuales era excesivo, incluso para un lugar como Irak. De ahí que Cummings se tomara muy en serio ese asunto, y se dedicara en cuerpo y alma a buscar soluciones, debatir alternativas con sus compañeros de armas y tantear a numerosos contratistas. Afortunadamente para los 120 jóvenes soldados que iban a ser destacados a Kamaliyah, una noche la insurgencia voló la fábrica por los aires junto con varias casas colindantes. Y el problema moral quedó virtualmente sepultado bajo toneladas de escombros. Los oficiales del destacamento, los soldados y los contratistas iraquíes parecieron respirar aliviados. En cambio, para Cummings aquel macabro episodio había sido la gota que colmaba el vaso de su indiferencia. Súbitamente, se había sorprendido a sí mismo manteniéndose firme en sus convicciones, por absurdas o extemporáneas que pudieran parecer en aquel entorno donde la brutalidad y la degradación eran la norma. Había comprendido que cuando el horror dejaba de ser

algo excepcional y pasaba a ser lo cotidiano; es decir, cuando lo anormal era lo normal, aferrarse a la certeza moral, a los principios, era lo único que le permitiría conservar su humanidad. Daba igual que en esa guerra desquiciada la lluvia ácida del relativismo moral calara hasta los huesos y que el fin justificara cualquier medio: los hombres no podían vivir sobre los cadáveres y seguir siendo hombres. De hacerlo, se convertían en otra cosa.

Sociedades encanalladas

De igual forma, las sociedades que entierran su identidad en la fosa séptica del olvido, y aceptan vivir con normalidad sobre la negación de lo que son, se convierten en sociedades encanalladas que al final alguien termina haciendo volar por los aires, como aquella fábrica de espagueti abandonada en Kamaliyah.

Hoy existen en Occidente demasiadas aberraciones oficiales, demasiadas fosas sépticas sobre las que nos hemos instalado con total normalidad, pseudo ideologías ante las que muy pocos osan oponer el pensamiento crítico, discrepar; menos aún los intelectuales, degradados hoy a la categoría de “expertos”. La intromisión sin límites de políticos, ideólogos y tecnócratas en el ámbito privado de las personas, en su toma de decisiones, hasta en las más intrascendentes y cotidianas, está en el origen de esta anomalía.

Vivimos en sociedades dirigidas a las que les asusta la libertad individual, pero adoran a esa mala copia de sí mismas que es el Estado. Las teorías del fatalismo histórico o las que, al confundir la sociedad con una organización consciente, creen que el futuro puede ser planificado o conspirado no son sólo intelectualmente erróneas. Su peligro es que conducen al desarme moral de los pueblos al transferir a la Historia o a los planificadores, necesariamente autoritarios y presuntamente benévolos, la responsabilidad de decidir el futuro de todos. La referencia a Karl Popper es obligada. Su distinción entre la ingeniería social utópica y la ingeniería social gradual resulta imprescindible a la hora de explorar la transformación en que estamos incursos. Tener como referentes a las Angela Merkel en vez de a los Elon Musk, a los Pablo Iglesias en vez de a los Amancio Ortega pone de relieve que vivimos en comunidades dirigistas, asentadas sobre una fosa séptica en la que flotan las cabezas decapitadas del genio y el talento, del emprendimiento y la creatividad.

La insidiosa banalización

Sólo así se explica que hayamos cruzado determinadas líneas rojas en el avance de la corrección política, en la censura del lenguaje, en la creación artificial de grupos buenos y malos, víctimas y verdugos, en el fomento desde el poder y los medios de información de un sentimiento de culpa que resulta insuperable, tan sólo por ser miembro de una determinada raza, tener un determinado sexo o ser occidental. O la sutil pero implacable ingeniería social, casi siempre en favor de políticos, expertos y grupos de intereses, mucho menos de la población, que mediante la propaganda o el miedo intenta imponer al sujeto su forma de pensar, de relacionarse, de vivir. La pasividad de informadores y, peor, el colaboracionismo de intelectuales, políticos y buena parte del público en estas intromisiones y atropellos contribuye a la banalización del mal. El poderoso efecto que produce el ejercicio burocrático del poder, donde lo abyecto se convierte en rutinario, explica la escasa emergencia de héroes provenientes de las propias entrañas de la sociedad.

Muchos asuntos ponen en grave riesgo nuestro bienestar y, sin embargo, no son objeto del pensamiento crítico ni del debate. Sobre ellos ha caído un manto de silencio, han sido suplantados por verdades supremas, dogmas religiosos y tabúes. Desde el poder se promulga una selva de

leyes, se intenta teledirigir el comportamiento del buen ciudadano basándose en criterios técnicos o supuestamente científicos que, curiosamente, expresan siempre el mismo sesgo. Pero se sabe desde hace al menos dos siglos que es el poder del Estado el que debe ser contenido y controlado por el ciudadano, por las leyes. No al revés. En nuestro tiempo, la banalización del mal ha evolucionado, se ha vuelto más insidiosa y retorcida. Ya no sólo se presenta de manera descarnada, vociferante e histriónica, mediante la imagen de un rostro adulto coronado por un lacio flequillo y rematado por un bigote recortado y menudo. Puede fluir a través del razonable discurso de un político asesorado por mil y un expertos, o adoptar la forma de un fenómeno pop como el de Greta Thunberg, una preadolescente frágil y atormentada. Puede también adoptar la forma de una Naturaleza divinizada, con alma y sentimiento, antropomórfica. O diluirse en un bondadoso mensaje que denuncie la injusticia secular y universal, la desigualdad y la explotación del hombre por el hombre, o mejor, de la mujer por el hombre. La banalización del mal adopta formas benignas, piadosas, incluso desamparadas para apoderarse de nuestras emociones y manipularnos.

En el escabroso episodio de Irak que ilustra este capítulo, un solo hombre bastó para despertar la conciencia del resto. Desgraciadamente en demasiadas ocasiones no sucede así. Es hasta cierto punto comprensible que en la Alemania nazi, epitome de la burocratización y la banalización del mal, nadie se atreviera a levantar la voz: podía costar la vida. En la actualidad, aunque la degeneración todavía no es comparable, tampoco lo son las consecuencias de poner pie en pared, ejercer la crítica, desafiar la opresora e interesada corrección política. A lo sumo conlleva recibir insultos, ser vetado en determinados entornos y medios, ver truncada la progresión profesional o, en el peor de los casos, una merma sustancial de los ingresos económicos. Pero es un precio relativamente asequible comparado con las graves consecuencias de no hacerlo. Sin embargo, aunque Edmund Burke ya advirtió que para que triunfe el mal, basta con que los hombres buenos no hagan nada, muchos continúan negándose a pagar ese precio.

Es hora de drenar la fosa séptica del detritus acumulado durante al menos los últimos cien años. No se trata de retrotraerse a tiempos pretéritos, ni de caer en la complacencia o el esencialismo, sino de rechazar de forma tajante este agravio permanente, este “todo mal” que adjudica a cada uno su generosa ración de culpa. Los logros de Occidente no se compadecen con este discurso decadente que ve en cada hombre libre la certeza del Apocalipsis. No es cierto: el mundo no se va a acabar mañana, ni pasado mañana. Lo que sí puede desaparecer es el libre albedrío. Y con él, la esperanza de un futuro mejor.

PARTE VI

La speranza

34. Recuperar la libertad, recuperar la responsabilidad

Escribía Milan Kundera en *La inmortalidad* que, de todos los hombres de Estado de nuestra época, el más obsesionado por la inmortalidad fue François Mitterrand. El escritor checo recordaba la ceremonia del 21 de mayo de 1981 con motivo de su investidura como presidente de la República. Aquel día, pese a la persistente lluvia, la Plaza del Panteón estaba abarrotada por una multitud que, fascinada, contemplaba a un Mitterrand trascendente, distante, atravesar la plaza con paso deliberadamente lento, solemne, llevando dos rosas rojas en la mano mientras que, a través de una potente megafonía, sonaban los acordes del “Himno de la alegría” de la Novena de Beethoven. Mitterrand entró solo en el Panteón, paseó entre las tumbas de los muertos más ilustres de Francia, y depositó una rosa sobre las lápidas de dos mártires de la patria. Cuando volvió al exterior, la muchedumbre, que hasta entonces había permanecido en silencio, estalló de júbilo. Gabriel García Márquez, testigo del acontecimiento, dijo: “por primera vez desde el mayo de gloria de 1968, el torrente incontenible de la juventud estaba en la calle, pero esta vez no se había desbordado para repudiar el poder, sino embriagado por el delirio de que una época feliz había comenzado.” Sin embargo, añadió: “yo pensaba que semejante paroxismo de la esperanza era tan emocionante como peligroso.”

Desde 1981 hasta el presente, Francia ha cambiado mucho. Los alborozados jóvenes de entonces son hoy adultos recelosos que temen a la globalización y, en especial, a sus flujos migratorios. Con una población total de 66 millones, seis millones de franceses se declaran musulmanes y otros cuatro millones son de procedencia subsahariana. Durante las tres décadas de crecimiento que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, la inmigración aportó a Francia una mano de obra necesaria para la expansión económica, pero a lo largo de ese tiempo los *banlieues* se convirtieron en guetos cada vez más inaccesibles para la Gendarmerie, y la delincuencia común, la compraventa ilegal de armas, el tráfico de drogas y el proselitismo yihadista aumentaron de forma preocupante. Las políticas sociales para la integración fracasaron o generaron efectos adversos. Y Francia es hoy una sociedad fracturada, profundamente dividida. Aunque el gasto público se incrementó desde el 30 por ciento del PIB en 1975 al 57 por ciento en 2016 —durante la presidencia de Mitterrand pasó del 36 por ciento al 44 por ciento—, la sensación de precariedad económica e incertidumbre se ha extendido entre los franceses.

Existen quienes sostienen que en la actualidad es prácticamente imposible ser elegido presidente de Francia sin apelar al voto de subsaharianos y musulmanes, es decir, sin hacer gestos identitarios, salvo que todos los demás votantes se inclinen hacia el lado contrario y voten en bloque. Esa es la tendencia a largo plazo que parece mostrar la política francesa, empujada por una opinión pública cada vez más desencantada y nerviosa. Bastantes analistas piensan que, cuando Emmanuel Macron abandone la presidencia, *La grande France* acabará cayendo en el conservadurismo proteccionista, algo que vendría a ratificar, a su juicio, la percepción de que las democracias liberales están colapsando. De suceder, los días de vino y rosas a los que aludía García Márquez habrían terminado en devastadora resaca.

El caso de Francia es un caso extremo, porque allí el concepto de Estado se ha desarrollado en un sentido exclusivamente paternalista, contrario al del Estado facilitador, donde la responsabilidad y la iniciativa se ceden al ciudadano. La Francia política sigue en cierta forma

aferrada a la imagen de ese François Mitterrand solemne, distante, observado por un público embelesado que contiene la respiración. Pero el mundo ya no funciona en base a determinadas simbologías y esquemas. La gente ya no se embelesa ante las poses solemnes de los jefes de Estado. Las reglas han cambiado.

El Estado paternal es, en mayor o menor medida, una constante en muchos países europeos. Hoy “sentirse bien” se considera un estado de gracia que la Administración debe promover y asegurar. Como contrapartida, todos los estilos de vida, costumbres o tradiciones que lo impidan son cuestionadas desde el poder. Este desaforamiento de la política ha erosionado el contrato social del ciudadano como sujeto racional autónomo que es capaz de tomar sus propias decisiones y asumir su responsabilidad.

En *The Democratic Disconnect* Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk sostienen que la democracia está mucho menos consolidada de lo que hasta ayer se pensaba. Observan un inquietante descontento en todo Occidente con el sistema democrático y, lo que es más inquietante, un crecimiento en la tendencia a aceptar soluciones autoritarias. Aún más pesimista se muestra Tobias Stone que, ante el avance de movimientos “populistas” y “antisistema”, tiene la teoría de que las sociedades se suicidan cada cierto tiempo porque la mayoría de los sujetos solo es capaz de retener la información recibida de padres y abuelos; es decir, la memoria histórica queda limitada a 50-100 años a lo sumo. De acuerdo con esta teoría, Stone equipara la elección de Donald Trump o el Brexit con los sucesos que en su día antecedieron a la Primera Guerra Mundial. En definitiva, el ciudadano corriente, condicionado por su mala memoria, ignoraría a los expertos y se dejaría llevar por sus impulsos, empujando a los países al totalitarismo y a la guerra. Sin embargo, Stone deja sin formular la pregunta clave: ¿qué lleva a la gente a desarrollar esas emociones incontrolables, a mostrar un rechazo tan visceral al sistema como para poner en peligro su propio futuro?

Todo parece demasiado complejo

Hace más de 2.500 años, el ateniense Pericles hizo una importante advertencia. En su Oración Fúnebre expresó una idea sencilla pero fundamental para el correcto funcionamiento democrático: si bien no todo el mundo es apto para hacer política, todas las personas deben poder entender y juzgar la acción de los políticos. Dicho a la inversa, si la democracia degenera en una materia sólo comprensible para una élite de tecnócratas e intelectuales, ¿cómo van a legitimarla unos ciudadanos que ni siquiera la entienden?

En línea con esta idea de la expropiación de la política, la democracia habría sido tomada por grupos minoritarios, muy activos, en detrimento de una mayoría no organizada que inerme, y en ocasiones demasiado displicente y confiada, ha sufrido la imposición gradual de una moral nueva, la Corrección Política, con la que se señala y persigue a muchas personas por expresar opiniones legítimas. Se crean nuevas identidades y derechos diferenciales para cada una de ellas, y se censura y manipula el lenguaje hasta crear una jerigonza incomprensible. Así, el marco de entendimiento común se disuelve en el remolino de las nuevas identidades, los deseos y las ensoñaciones surgidas de “una nueva forma del Yo, no ya compacto y unitario sino constituido por una multiplicidad de núcleos psíquicos y pulsiones no apresadas ya dentro de la individualidad y la conciencia.

Esta mutación del Yo parece flotar en medio de un presente continuo, sin pasado ni futuro, sin trascendencia alguna. En la película *Gladiator*, antes de la batalla, el protagonista eleva el ánimo de los legionarios romanos insuflándoles un sentido de trascendencia. Les dice: “Lo que hacemos en el presente tiene su eco en la eternidad”. Podríamos pensar que el personaje está depositando

todo el peso del futuro en un único instante: el de la batalla que va a tener lugar. Pero no es así. La batalla se convierte en un presente decisivo porque es el colofón de una larga campaña, el hito de un propósito que hunde sus raíces en el pasado. Todo lo que han hecho hasta entonces tiene una finalidad: que su visión civilizatoria permanezca. El triunfo de ese propósito es lo que tendrá eco en la eternidad. Por eso hoy sabemos quiénes eran los romanos y lo que hicieron.

Sin embargo, el presentismo que domina nuestra época parece no tener propósito más allá de la satisfacción momentánea o alcanzar el poder por el poder mismo. Esta visión del poder como botín se ha vuelto omnipresente: los políticos de todos los partidos parecen compartirla. Los gobernantes sólo toman aquellas decisiones que no supongan un coste político, asumiendo como propia la opinión de los grupos más ruidosos y mejor organizados, con la esperanza de que así perdurarán.

Una excepcionalidad permanente

Vivimos atrapados en el umbral de la existencia. Sólo nos preocupa el momento presente, como si un solo instante pudiera decidir el ser o no ser, la salvación o el apocalipsis, el todo o la nada. Este estado de excepción permanente, además de a políticos y grupos de interés, beneficia a los medios de información, que amontonan a la audiencia entorno a la polémica del momento y pueden volver a pastorearla como solían, antes de que las redes sociales mostraran que el rey estaba desnudo. Pero al ciudadano común no le reporta ningún beneficio, le convierte primero en cómplice y después en víctima de una democracia patrimonialista desprovista de principios tan fundamentales como la igualdad ante la ley.

Tener alguna confianza en el futuro, aunque el futuro casi siempre sea imprevisible, requiere de una cierta perspectiva, de analizar los acontecimientos poniendo entre ellos y nosotros una prudencial distancia. Si lo hacemos, posiblemente descubramos que lo que ocurre en el presente no es consecuencia de un acontecimiento desafortunado, como el resultado de unas elecciones, una crisis económica, una supuesta conspiración o la manipulación de nuestras mentes mediante sofisticadas y novedosas herramientas tecnológicas: es el resultado de la inconsistencia temporal de unos políticos que tratan a los votantes como clientes. Pero también de unas sociedades infantilizadas, estancadas en la adolescencia, esa etapa intermedia que sólo existe en los países desarrollados. Hoy abundan los individuos que opinan sobre cualquier asunto, protestan y exigen privilegios, pero se muestran muy renuentes a la hora de asumir los deberes propios del adulto. Ciudadanos, en definitiva, que en todo ven una ofensa y comparten la peligrosa creencia de que el orden democrático consiste en identificar el Mal y aniquilarlo.

Dentro de esta dinámica no hay salida. El único final posible es la ruptura del marco de entendimiento común. Cuando la sociedad se divide en facciones irreconciliables y la política se convierte en un diálogo de sordos al albur de la polémica del día, de la gran causa del momento, la Corrección Política lleva siempre las de ganar, porque el presentismo es su medio natural: le permite desconectarnos del ayer y reinterpretar el presente en función de una idea del Bien que puede cambiar a voluntad. Por eso el totalitarismo ha podido sobreponerse a la caída del muro de Berlín y reemplazar la lucha contra la desigualdad de clases por la lucha contra la desigualdad de género o sustituir la conciencia de clase por la de la identidad.

Pero los totalitarios no son de un solo color. Surgen de todas partes, animados por un clima de incertidumbre y desvalimiento, de miedo al futuro que desde el final de la Gran Guerra no ha dejado de aumentar. Así se ha instalado la creencia de que la política puede y debe resolver todos los problemas, todos los conflictos. En consecuencia, se ha vuelto enrevesada, imposible de abarcar para la gente corriente: una materia cuya interpretación queda reservada a una élite de

expertos. Muchas personas sienten que han perdido su libre albedrío, su independencia, su condición de ciudadanos en igualdad de derechos y responsabilidades con otros, y cualquier capacidad de control sobre la política, que es la esencia de la democracia. Estas personas, hartas de reproches morales, han reaccionado contra el statu quo y, sobre todo, contra la Corrección Política, que no es una verdad revelada, como se pretende hacer creer, sino una opinión discutible e incompatible con la lógica y los principios de igualdad de derechos que forjaron el Occidente Moderno.

El mundo cambia, es inevitable. Y lo que ayer parecía sólido hoy ya no lo es. Pero precisamente por ello, la política debe ser un medio para llegar a acuerdos y afrontar el futuro con un mínimo de confianza, no un subterfugio para legitimar la arbitrariedad del poder. De lo contrario, la desafección irá en aumento y el colapso de las democracias, que vaticinan Roberto Stefan Foa, Yascha Mounk y Tobias Stone, podría no ser una profecía descabellada. De nosotros depende que no se cumpla.

Referencias

- Andrews, Helen, «The New Ruling Class», *The Hedgehog Review*, Charlottesville, 2016. Disponible en: <<https://hedgehogreview.com/issues/meritocracy-and-its-discontents/articles/the-new-ruling-class>>
- Arden, Rosalind, «Linda Gottfredson's Scientific Keynote Cancelled: Why?», *Quillette*, Sydney, 2018. Disponible en: <<https://quillette.com/2018/10/12/linda-gottfredsons-scientific-keynote-cancelled-why>>
- Arendt, Hannah, *Entre el pasado y el futuro*, Península, Barcelona, 1954. Bawn, Kathleen *et al.*, «A Theory of Political Parties: Groups, Policy Demands and Nominations in American Politics», Cambridge University Press, Cambridge, 2012. Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/259424891_A_Theory_of_Political_Parties_Groups_P>
- Beck, Ulrich y Elisabeth Beck-Gernsheim, *The Normal Chaos of Love*, Polity Press, Oxford, 1995.
- Beck-Gernsheim, Elisabeth, *Reinventing the Family: In Search of New Lifestyles*, Polity Press, Oxford, 2002.
- Bell, Daniel. «On Meritocracy and Equality, The Public Interest», Washington, D.C., 1972. Disponible en: <<https://www.nationalaffairs.com/storage/app/uploads/public/58e/1a4b60/58e1a4b603517781616>>
- Blanco, Juan M., «Auge y caída de las absurdas ideologías posmodernas», *Disidentia*, Madrid, 2018. Disponible en: <<https://disidentia.com/auge-y-caida-absurdas-ideologias-posmodernas>>
- Bowden, Mark, *Hué 1968: El punto de inflexión en la guerra de Vietnam*, Planeta, Barcelona, 2018.
- Büchner, Georg. *La muerte de Danton*, Alianza Editorial, Madrid, 1902.
- Carlson, Marcia J. y Mary E. Corcoran, «Family Structure and Children's Behavioral and Cognitive Outcomes», *Wiley Online Library*, Hoboken, 2001. Disponible en: <<https://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1741-3737.2001.00779.x>>
- Childs, Marquis, *Sweden, The Middle Way*, Yale University Press, New Haven, 1947.
- Cohen, Stanley, *Folk Devils and Moral Panics: The Creation of the Mods and Rockers*, MacGibbon and Kee, Londres, 1972.
- Dikötter, Frank, *La gran hambruna en la China de Mao: Historia de la catástrofe más devastadora de China (1958-1962)*, Acantilado, Barcelona, 2010.
- D'Onofrio, Brian M. *et al.*, «A genetically informed study of marital instability and its association with offspring psychopathology», *Journal of Abnormal Psychology*, Washington, D.C., 2005. Disponible en: <<https://psycnet.apa.org/record/2005-15138-010>>
- Downs, Anthony, *An Economic Theory of Democracy*, Harper, Nueva York, 1957.
- Echenoz, Jean. *14*, Anagrama, Barcelona, 2013.
- Enzensberger, Hans Magnus, «Swedish Autumn», *Dagens Nyheter*, Estocolmo, 1982. Disponible en: <<https://docplayer.es/81206066-Otono-sueco-hans-magnus-enzensberger-traducciondeida-vitale-14.html>>
- Etzemüller, Thomas, *Alva and Gunnar Myrdal: Social Engineering in the Modern World*, Lexington Books, Washington D.C., 2014.
- Farina, Mario, *Adorno: Teoría crítica y pensamiento negativo*, Akal, Madrid, 2016. Finkel, David, *Los buenos soldados*, Crítica, Barcelona, 2009.

- Foreman, Dave, *Man Swarm: How Overpopulation is Killing the Wild World*, LifeTrue Books, Washington, D.C., 2014.
- Fromm, Erich, *Del tener al ser*, Paidós, Barcelona, 1989.
- Frum, David, *How We Got Here: The 70's: The Decade that Brought You Modern Life (For Better or Worse)*, Basic Books, Nueva York, 2000.
- Furedi, Frank, *First World War: Still No End in Sight*, Bloomsbury Publishing, Londres, 2014.
- Gary, J. Glenn, *The Warriors: Reflections on Men in Battle*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1958.
- Golombok, Susan. *Modern Families: Parents and Children in New Family Forms*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.
- González Quirós, José L., «¿Fue Colón un genocida?», Disidentia, Madrid, 2018. Disponible en: <<https://disidentia.com/fue-colon-un-genocida/>>
- Gramsci, Antonio, *Antología: Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Akal, Madrid, 2013.
- Haidt, Jonathan, «The Age of Outrage», City Journal, Nueva York, 2017. Disponible en: <<https://www.city-journal.org/html/age-outrage-15608.html>>
- Halberstam, David, *La guerra olvidada: Historia de la guerra de Corea*, Crítica, Barcelona, 2006.
- Hao, Lingxin y Guihua Xie, «The Complexity and Endogeneity of Family Structure in Explaining Children's Misbehavior», ScienceDirect, Ámsterdam. 2002. Disponible en: <<https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0049089x0190715x>>
- Hastings, Max, *1914: El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013.
- Horowitz, David, *The Great Betrayal*, Second Thoughts Books, Los Angeles, 2013.
- Johnson, Paul, *Tiempos modernos*, Homo Legens, Madrid, 1983.
- Jünger, Ernst, *Tempestades de acero*, Tusquets, Barcelona, 1920.
- Junger, Sebastian, *War*, Twelve Books, Nueva York, 2010.
- Kalla, Joshua y David E. Broockman, «The Minimal Persuasive Effects of Campaign Contact in General Elections: Evidence from 49 Field Experiments», Cambridge University Press, Cambridge, 2018. Disponible en: <http://stanford.edu/~dbroock/published%20paper%20PDFs/kalla_broockman_minimal_persuasiv>
- Khullar, Dhruv, «How Social Isolation Is Killing Us», The New York Times, Nueva York, 2016. Disponible en: <<https://www.nytimes.com/2016/12/22/upshot/how-social-isolation-is-killing-us.html>>
- King Merton, Robert, «The Unanticipated Consequences of Purposive Social Action», American Sociological Review, Chicago, 1936. Disponible en: <<https://www.jstor.org/stable/2084615?seq=1>>
- Knowlton, Charles, *Fruits of Philosophy: A Treatise on the Population Question*, Forgotten Books, Charleston, 1877.
- Lasch, Christopher, *The Revolt of the Elites and the Betrayal of Democracy*, W. W. Norton Company, Nueva York, 1994.
- Lennard, Natasha, «The El Paso Shooter Embraced Eco-Fascism. We Can't Let the Far Right Co-Opt the Environmental Struggle», The Intercept, Nueva York, 2019. Disponible en: <<https://theintercept.com/2019/08/05/el-paso-shooting-eco-fascism-migration>>
- Magris, Claudio, *Utopía y desencanto*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, Austral, Barcelona, 1964.
- Mars, Amanda, «António Guterres: “La naturaleza está enfadada y te devuelve el golpe”», El

País, Madrid, 2019. Disponible en: https://elpais.com/sociedad/2019/09/18/actualidad/1568787715_166210.html

McClay, Wilfred M., *A Distant Elite: How Meritocracy Went Wrong*, The Hedgehog Review, Charlottesville, 2016.

Neroth, Pelle. *The Life and Death of Olof Palme: A biography*, Two Raven Books, Skara, 2019.

Niskanen, William A., *Bureaucrats and Politicians*, The University of Chicago Press, Chicago, 1975.

Olson, Mancur, *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*, Harvard University Press, Cambridge, 1965.

Pateman, Carole, *The Sexual Contract*, Polity Press, Cambridge, 1988.

Peacock, Alan T. y Jack Wiseman, «The Growth of Public Expenditure in the United Kingdom», Princeton University Press, Princeton, 1961. Disponible en: <https://www.nber.org/books/peac61-1>

Popenoe, David, *Disturbing the Nest: Family Change and Decline in Modern Societies*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1988.

Read, Leonard E., «The Coming Aristocracy», The Foundation for Economic Education, Nueva York, 1969. Disponible en: https://fee.org/media/15073/20130723_thecomingaristocracy.pdf

Redden, Elizabeth, «Gender Trouble», Inside Higher Ed, Washington, D.C., 2017. Disponible en: <https://www.insidehighered.com/news/2017/12/20/professor-resists-departmental-attempt-add-female-author-class-reading-list-sake>

Rogin, Richard, «Why the construction workers holler, ‘U. S. A., all the way!’», The New York Times, Nueva York, 1970. Disponible en: <https://www.nytimes.com/1970/06/28/archives/why-the-construction-workers-hollerusa-all-the-way-joe-kelly-has.html>

Rosin, Hanna, *The End of Men and the Rise of Women*, Penguin Books, Londres, 2012.

Rubin, Erin, «Will the Media Find Its Voice in Our World’s Climate Disaster?», Non Profit Quarterly, Boston, 2019. Disponible en: <https://nonprofitquarterly.org/will-the-media-find-its-voice-in-our-worlds-climate-disaster>

Runciman, David, «Democracy Is the Planet's Biggest Enemy», Foreign Policy, Washington, D.C., 2019. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2019/07/20/democracy-is-the-planets-biggest-enemy-climate-change>

Sánchez Baena, Guadalupe, *Populismo punitivo: Un análisis acerca de los peligros de aupar la voluntad popular por encima de leyes e instituciones*, Deusto, Barcelona, 2020.

Sartre, Jean-Paul, *Los caminos de la libertad. I La edad de la razón*, Losada, Buenos Aires, 1945.

Smith, Helen, *Men on Strike*, Encounter Books, Nueva York, 2013.

Sontag, Susan. «A Letter from Sweden», Ramparts, San Francisco, 1969. Disponible en: <http://www.unz.org/Pub/Ramparts-1969jul-00023?View=PDF>

Spencer, Jane, «Guardian joins major global news collaboration Covering Climate Now», The Guardian, Londres, 2019. Disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/2019/sep/15/guardian-leads-global-news-collaboration-covering-climate-now>

Stark, Rodney, *The Victory of Reason: How Christianity, Freedom, and Capitalism Led to Western Success*, Random House, Nueva York, 2005.

Stefan Foa, Roberto y Yascha Mounk, «The Danger of Deconsolidation: The Democratic Disconnect», *Journal of Democracy*, Washington, D.C., 2016. Disponible en: <<https://www.journalofdemocracy.org/articles/the-danger-of-deconsolidation-the-democratic-disconnect>>

Thatcher, Margaret, «What's wrong with politics?», Margaret Thatcher Foundation, Washington, D.C., 1968. Disponible en: <<https://www.margaretthatcher.org/document/101632>>

Van Brunnersum, Melissa, «Swedish schoolgirl who refused to take part in one of campaigner Greta Thunberg's 'climate strikes' is 'bullied by her own teacher' and labelled a 'climate denier'», *Daily Mail*, Londres, 2019. Disponible en: <<https://www.dailymail.co.uk/news/article-7062517/Swedish-girl-bullied-not-participating-Greta-Thunberg-climate-strike.html>>

White, James E., *Meet Generation Z: Understanding and Reaching the New Post-Christian World*, Baker Books, Grand Rapids, 2017.

Wiggershaus, Rolf, *La escuela de Fráncfort*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1986.

Woodward, C. Vann, *The Comparative Approach to American History*, Oxford University Press, Nueva York, 1997.

Yerkey, Gary G., *Still Time to Live: A Biography of Jack Belden*, GK Press, Washington, D.C. 2008.

Zweig, Stefan, *El mundo de ayer*, Acantilado, Barcelona, 1942.

Índice onomástico

Adorno, Theodor W., 19, 20
Andrews, Helen, 88
Araujo, Kathya, 171
Arendt, Hannah, 75
Arpi, Ivar, 24
Bawn, Kathleen, 38, 39
Beethoven, Ludwig van, 178
Belden, Jack, 116, 165, 187
Bell, Daniel, 88, 138, 139
Bercow, John, 53
Besant, Annie, 67
Bishop, Bill, 138
Bradlaugh, Charles, 67
Breivik, Anders, 137, 138
Broockman, David E., 153
Büchner, Georg, 161, 162
Burke, Edmund, 177
Butler, Judith, 23
Calvo Poyato, Carmen, 70
Carlson, Marcia J., 29
Childs, Marquis, 26
Clinton, Hillary, 157
Codevilla, Angelo, 138
Cohen, Stanley, 96
Colón, Cristóbal, 70, 71
Corbyn, Jeremy, 53
Corcoran, Mary E., 29
Cummings, Brent, 174
Danton, Georges-Jacques, 162
de la Cruz, Diego, 128
de Magallanes, Fernando, 70
de Montaigne, Michel, 37
Delano Roosevelt, Franklin, 26
Dierssen, Mara, 98, 99, 100
Dikötter, Frank, 50, 51
D'Onofrio, Brian M., 29
Downs, Anthony, 39
Dunbar, Robin, 166, 167
Echenoz, Jean, 17
Farina, Mario, 19
Fernández de la Mora, Gonzalo, 37

Finkel, David, 173
Foreman, Dave, 54
Frank, Robert H., 138
Fromm, Erich, 19, 20
Frum, David, 41, 42, 48, 88
Fukuyama, Francis, 87
García Márquez, Gabriel, 178, 179
Gary, J. Glenn, 165
Golombok, Susan, 28, 29
González Quirós, José Luis, 45
Gottfredson, Linda, 24
Gove, Michael, 53
Gramsci, Antonio, 18, 19, 20
Greengrass, Paul, 137, 138, 139
Guterres, Antonio, 55, 56
Haidt, Jonathan, 84, 85, 86, 87, 89,
Hanks, Tom, 41
Hao, Lingxin, 29
Hastnings, Max, 14
Hayek, Friedrich, 75
Henderson, Hanford, 150
Heráclito, 142, 150
Hernando, Antonio, 90
Hersh, Eitan D., 153
Hoover, Betsy, 157
Horkheimer, Max, 19, 20
Horowitz, David, 42, 122
Hugo, Victor, 163
Iglesias, Pablo, 175
Jefferson, Thomas, 71, 84, 87, 150
Jobs, Steve, 146
Jofee, Emily, 110
Johnson, Paul, 18, 42
Junger, Sebastian, 166
Kalla, Joshua, 153
Khullar, Dhruv, 30
King Merton, Robert, 117
Knowlton, Charles, 67
Kogan, Alex, 154
Kotkin, Joel, 138
Kundera, Milan, 7, 178
Lasch, Christopher, 74
López Obrador, Andrés Manuel, 70, 71
Luis XVI, 163
Lysenko, Trofim Denísovich, 112, 113, 114
Macron, Emmanuel, 179

Madison, James, 71, 84, 87, 123
Magnus Enzensberger, Hans, 59
Magris, Claudio, 87, 163
Marcuse, Herbert, 19, 20, 111, 122
Marx, Groucho, 117
Merkel, Angela, 56, 175
Mitterrand, François, 178, 179
Mounk, Yascha, 73, 74, 180, 181
Müller, John, 58
Murray, Charles, 138
Musk, Elon, 175
Myrdal, Alva y Gunnar, 25, 26
Niskanen, William, 125, 127
Obama, Barack, 157
Olson, Mancur, 40, 83
Ortega y Gasset, José, 150
Ortega, Amancio, 175
Orwell, George, 149, 164
Overton, Joseph, 82
Paglia, Camille, 107
Palme, Olof, 26
Pateman, Carole, 111, 114
Peacock, Alan, 126
Pericles, 180
Pinochet, Augusto, 169
Platón, 85
Popper, Karl, 175
Putin, Vladímir, 159
Putnam, Robert, 138
Queralt, Argelia, 111
Read, Leonard E., 138
Revel, Jean-François, 114
Ringmar, Erik, 23, 24
Robespierre, Maximilien, 162
Rosin, Hanna, 105, 106
Runciman, David, 52, 53, 54
Sájarov, Andréi, 114
Sánchez Baena, Guadalupe, 111, 112
Sartre, Jean-Paul, 37
Schaffner, Brian F., 153
Schulman, Bruce, 42
Sebastián Elcano, Juan, 70
Smith, Helen, 105, 106
Sontag, Susan, 29
Sorel, Georges, 169
Spencer, Herbert, 149

Spielberg, Steven, 41
Stalin, Iósif, 113
Stark, Rodney, 11
Stefan Foa, Roberto, 73, 74, 180, 183
Stone, Lyman, 67
Stone, Tobias, 180, 181
Thatcher, Margaret, 61, 62
Thunberg, Greta, 52, 53, 60, 176
Trump, Donald, 152, 157, 158, 159, 180
Lenin, Vladimir Ilyich, 18
Washington, George, 71
Weber, Max, 114
Wiseman, Jack, 126
Xie, Guihua, 29
Zedong, Mao, 51
Zweig, Stefan, 15

Acerca del autor

Javier Benegas (1965) es un escritor y periodista español precursor del llamado “periodismo lento”, cuyos artículos y análisis son muy celebrados por el público. Es autor de “Sociedad terminal: la comunicación como arma de destrucción masiva” (2007) y coautor de “Catarsis. Se vislumbra el final del régimen” (2013). Cofundador del diario Vozpópuli, del que fue jefe de opinión, en la actualidad dirige el diario de análisis y opinión Disidencia, del que también es fundador. Es conocido en las redes sociales por su activismo en defensa de la libertad y los valores de la civilización occidental.

[@BenegasJ](#)

www.disidencia.com